

EI

Increíble

Potencial

Humano

por Herbert W. Armstrong

¡Es positivamente sorprendente y nunca ha sido descubierto por la ciencia! ¡Ninguna religión lo ha revelado! ¡Ninguna institución educativa lo ha enseñado! ¿Es acaso posible que todo el mundo haya sido engañado con respecto al increíble potencial de la vida humana — acerca del CAMINO que conduce a la paz mundial y la forma en que ésta vendrá? ¿Y acaso puede ser cierto que el verdadero mensaje evangélico que Cristo trajo del cielo reveló esta dimensión ausente — pero que fue suprimido? Esta es la sorprendente revelación que abrirá los ojos a muchos acerca del mensaje de Jesucristo — de cómo esta dimensión vital fue ocultada de la humanidad, lo cual resultó en que el mundo entero fuera engañado.

Tabla de Contenido

Capítulo 1	01
— El evangelio de Cristo fue suprimido no escuchado desde el primer siglo hasta la actualidad	
Capítulo 2	05
— La sorprendente revelación del evangelio de Cristo	
Capítulo 3	11
— Se revela el increíble potencial humano	
Capítulo 4	18
— Preexistencia antes del universo físico	
Capítulo 5	27
— ¿Qué condujo a la creación del HOMBRE?	
Capítulo 6	32
— Cómo Dios planeó reproducirse a sí mismo	
Capítulo 7	36
— Tendiendo el puente entre los seres humanos y los hijos inmortales de Dios	
Capítulo 8	47
— ¿Por qué existen las perversidades del mundo?	
Capítulo 9	54
— ¿Por qué la Iglesia?	
Capítulo 10	66
— ¿Qué significa la conversión?	
Capítulo 11	76
— La naturaleza humana, y cómo el mundo entero está engañado sobre su origen	
Capítulo 12	86
— ¿Hay vida después de la muerte?	
Capítulo 13	97
— La paz mundial —cómo se establecer	

1

El Evangelio de Cristo fue suprimido no escuchado desde el primer siglo hasta la actualidad

PREPÁRECE para la revelación más asombrosa de su vida! ¿Acaso nos afecta como el impacto de una sacudida sorprendente descubrir que la dimensión más importante en todo el conocimiento humano fue enviada de Dios por medio de Jesucristo — pero que ese mensaje fue suprimido durante el mismísimo primer siglo? ¿Que Jesús fue matado por revelarlo? ¿Que sus apóstoles, con posiblemente una excepción, fueron también martirizados por proclamarlo?

Sin embargo, este mensaje habría librado al mundo de casi todos sus sufrimientos y males, si la humanidad lo hubiera recibido y puesto en práctica.

La palabra «evangelio» significa «buena noticia». Ese mensaje, cuando es íntegramente comprendido, revela un potencial humano tan estupendo — tan majestuoso — que a primera vista parece totalmente increíble.

Ese mensaje revela hechos acerca de la humanidad: qué es el hombre, para qué propósito fue puesta la humanidad sobre la Tierra, cuál es nuestro destino, cuál es la ruta que conduce a la paz mundial, a la felicidad y a la prosperidad universal, cuáles son los verdaderos valores, cuál es el asombroso potencial humano, y cómo podemos alcanzarlo.

Las respuestas a estas preguntas forman el caudal de conocimientos más importantes que jamás hayan sido hechos accesibles al hombre. El hombre, sin embargo, los ha despreciado y rechazado.

El mensaje evangélico de Cristo, cuando se capta en su totalidad, nos revela lo que la ciencia nunca ha podido descubrir. Nos enseña cosas acerca de las cuales las religiones de este mundo no saben nada. Nos ayuda a comprender lo que el sistema educativo de este mundo nunca ha sabido o enseñado.

Ese mensaje nos revela la más maravillosa verdad que la mente humana es capaz de comprender. Nos revela la dimensión perdida en el conocimiento, el conocimiento más esencial para el hombre.

¡Es la más monumental buena nueva que nuestro Hacedor ha revelado a los hombres! ¿Por qué la rechazó la humanidad y consintió en dar muerte al mensajero quien la trajo?

La respuesta es que la humanidad fue engañada, y que todas las naciones en la actualidad también lo están.

El propósito de este libro es revelar cómo la humanidad fue engañada y esclarecer lo que fue y es la buena nueva.

Incluso hoy, todavía la mayor parte de la humanidad nunca ha oído la gloriosa verdad del evangelio. Y los millones de hombres que sí la han escuchado están tan confusos y adormecidos por las falsas religiones y los falsos «evangelios», que no aciertan a distinguir la verdad. La verdad, de hecho, es más extraña que cualquier ficción.

El supremo maestro del engaño

Intelectualmente, hoy en día, no está bien visto creer en el diablo. La revelación bíblica explica este fenómeno. Las profecías de la Biblia se encargan de advertirnos que en nuestros tiempos el mundo entero será engañado (Apocalipsis 12:9). Este versículo nos dice: «Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero».

Satanás nos es mostrado como el supremo maestro de todo engaño, el que ha confundido a todo el mundo. Pero, ¿cómo se las ha ingeniado para lograr esto?

En el tercer capítulo del Génesis, se nos muestra a Satanás como el engañador de nuestra madre Eva. Por medio de ella, Satanás logró que Adán incurriera en el primer pecado cometido por un humano.

Cuando Jesús nació en Belén, Satanás todavía estaba en la Tierra como el dios de este mundo (2 Corintios 4:4). Y es también «príncipe de la potestad del aire» (Efesios 2:2), ejerciendo su influencia sobre toda la humanidad.

El mensaje de Cristo reveló la noticia anticipada de la completa abolición del poder diabólico sobre este mundo y del destierro de Satanás. Reveló también que Cristo vendría a vencerlo y que se haría cargo del gobierno de todas las naciones. Para Satanás, desde luego, era esencial evitar que ese mensaje fuera transmitido al mundo.

Pero, ¿cómo ingeniárselas para lograrlo?

Primero, trató de destruir al niño Cristo, para impedir que se hiciera adulto y proclamara su importantísimo mensaje. Influyó en el sadístico y sangriento rey Herodes, gobernador provincial de la tierra de Israel bajo la dominación romana. Herodes decretó la muerte de todos los niños menores de dos años, nacidos en Belén y sus alrededores. Dios, sin embargo, advirtió a José y María que escaparan a Egipto con su hijo.

Cuando Jesús fue adulto y alcanzó la edad de 30 años, Satanás procuró destruirlo espiritualmente, antes de que tuviera oportunidad de dar inicio a su predicación pública. Pero la tentación suprema con la cual Satanás planeó engañar a Cristo se convirtió, precisamente, en la prueba que calificó a Cristo para deponer a Satanás y convertirse en gobernante de todas las naciones. Así Jesús calificó para restaurar el gobierno de Dios sobre la Tierra. Sin embargo, en el plan divino, Jesús no habría de comenzar a ejercer su gobierno hasta el final de los primeros seis mil años de la humanidad.

Jesús, no obstante, prosiguió con su misión, por la cual vino a la Tierra en el tiempo en que lo hizo. Proclamó su mensaje y lo enseñó a sus discípulos.

Satanás, a pesar de todo, aún retenía su poder para influir en el mundo. Y aunque muchos judíos que oyeron la predicación de Cristo creyeron en Él, aceptándolo como el Mesías prometido, fueron influidos para no creer su mensaje, es decir, su evangelio.

¿Cómo es que Satanás engaña, mueve e influye a la humanidad? La sorprendente respuesta a esta pregunta será dada más tarde.

El evangelio rechazado

Veamos cómo ocurrieron las cosas.

En el capítulo 8 del Evangelio de Juan, desde el versículo 30 hasta el 46, leemos lo siguiente: «Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él. Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra [su mensaje], seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres . . . Pero procuráis matarme, porque mi palabra [mi evangelio] no halla cabida en vosotros . . . pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios . . . porque yo de Dios he salido y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió . . . Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis . . . Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis?»

A su debido tiempo, los romanos crucificaron a Jesús, pero resucitó de entre los muertos y subió al cielo, y desde ahí envió el Espíritu Santo de Dios a sus discípulos.

Los apóstoles de Cristo, como Él les había ordenado que hicieran, se lanzaron a predicar su evangelio. La Iglesia de Dios se estableció en el año 31 E.C. para respaldar la proclamación del mensaje, y la Iglesia empezó a crecer.

Pero Satanás escogió a un poderoso líder religioso gentil con una falsa religión — la antigua religión de los misterios babilónicos. El tramó un «evangelio» falso y hasta se apoderó del nombre de Cristo, llamando a esa

religión «cristianismo». Estoy consciente de que hoy, 1900 años más tarde, ésta es una revelación muy difícil de creer, pero no por ello deja de ser la verdad.

El «evangelio» falso

En Samaria, al norte de Jerusalén, vivía un pueblo de gentiles, a quienes los judíos de la época de Cristo habían despreciado, llamándoles «perros». Salmanasar de Asiria (2 Reyes 17:18, 21-24) les había llevado allí, procedentes del Imperio Babilónico, aproximadamente en el año 700 a.C. Y esos hombres llevaron a Samaria su antigua religión de los misterios babilónicos. En el capítulo 8 de los Hechos de los Apóstoles, podemos leer acerca del jefe religioso que tenían en los tiempos de Cristo: Simón el mago.

Cristo fundó la Iglesia de Dios para respaldar la proclamación de su evangelio por los apóstoles, en el año 31 E.C. En el año 33, después de un sorprendente crecimiento inicial, una gran persecución se desató contra la Iglesia de Dios (Hechos 8:1). En esa época, Simón el mago se hizo bautizar, junto con una multitud de personas. Trató entonces de comprar con dinero un apostolado en la Iglesia de Dios, pero fue, desde luego, rechazado.

Simón el mago se apropió entonces del nombre de Cristo, llamando cristianismo a su religión babilónica. Satanás influyó en este hombre y lo usó como instrumento suyo para perseguir y casi destruir a la verdadera Iglesia de Dios. Y antes de la terminación del primer siglo de la era cristiana, probablemente alrededor del año 70 E.C., Simón se las ingenió para suprimir el mensaje que Cristo había traído de Dios.

A esto sigue el «siglo perdido» en la historia de la verdadera Iglesia de Dios. Hubo una conspiración bien organizada para borrar toda constancia de la historia de la Iglesia durante ese período. Cien años más tarde, la historia nos pone de manifiesto un cristianismo completamente distinto — totalmente cambiado — de la Iglesia que Cristo había establecido.

Esa iglesia se apoderó del nombre de Cristo y lo aplicó a las antiguas creencias babilónicas. Estas reemplazaron así el mensaje que Jesús había traído de Dios, sustituyéndolo con un «evangelio» acerca de la persona de Cristo. El Mensajero fue proclamado y ensalzado, pero se suprimió completamente el mensaje, y éste es, por tanto, la dimensión ausente del conocimiento.

Y por espacio de unos dieciocho siglos y medio, el verdadero evangelio no fue proclamado al mundo.

Otro «evangelio» se hace popular

Alrededor del año 58, cuando el apóstol Pablo escribió su Epístola a los Gálatas, ya muchos se habían dejado atraer por el nuevo «evangelio». Estas son palabras de Pablo: «Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No es que haya otro [porque tal «evangelio» en realidad no era «la buena nueva»], sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo» (Gálatas 1:6-7).

A los tesalonicenses, alrededor del año 54, Pablo escribió: «Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad ...» (2 Tesalonicenses 2:7). Se refería a la religión de los misterios babilónicos, iniciada por Simón el mago (Hechos 8:9), una religión de iniquidad — de ilicitud — que rechazaba la ley de Dios. Sobre esto, volveremos luego.

La iglesia falsa y la verdadera

En el Apocalipsis, se nos habla de dos iglesias, ambas con el nombre de Cristo. Una, descrita en el capítulo 12, representa a la verdadera Iglesia de Dios, pequeña en número de fieles, reducida a causa de la persecución y el martirio, pero obediente a la ley de Dios y odiada por Satanás. La otra, en el capítulo 17, es llamada «MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA» (versículo 5). En otras palabras, la religión de los misterios babilónicos que se ha dedicado a la iniquidad y a la abolición de la ley de Dios.

En la misma época en que Pablo ejercía su apostolado, los ministros de Simón el mago perturbaban a los Corintios. A éstos Pablo les escribió: «Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo [la verdadera Iglesia, en la resurrección, está destinada a desposarse espiritualmente con Cristo]. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros

sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno [un ministro de Simón el mago] predicando a otro Jesús que el que os hemos enseñado, o si recibís otro espíritu [el espíritu de rebelión y desobediencia] que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado . . .» (2 Corintios 11:2-4). (Más adelante daremos mayor explicación sobre la conexión de todo esto con el engaño de Eva, la primera mujer.)

Note el lector que esos ministros estaban predicando otro Jesús — así como también otro evangelio — y seguían otro espíritu, de rebelión, no de obediencia. Ese engaño ha continuado a través de los siglos, y ése es el estado que tenemos hoy. Tomaron el nombre de Cristo y lo aplicaron a la religión babilónica de ellos. Pero no se limitaron a ofrecer un evangelio falso, sino también un falso espíritu, un espíritu de egoísmo, y un falso Cristo.

Acerca de estos falsos ministros, Pablo también dijo a los corintios: «Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia . . .» (2 Corintios 11:13-15).

Pedro, Juan y Judas los desenmascararon

El apóstol Pedro asimismo escribió acerca de estos engañadores: «Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras . . . Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas . . . (2 Pedro 2:1-3). Juan escribió acerca de estos mismos ministros corruptores del verdadero evangelio, que se negaban a seguir los caminos de Dios. «El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él» (1 Juan 2:4). «Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros ...» (1 Juan 2:19).

Y Judas nos advirtió que deberíamos contender «ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje [licencia para la desobediencia] la gracia de nuestro Dios . . . No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores . . . ¡Ay de ellos! porque han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron en la contradicción de Coré. Estos son manchas en vuestros ágapes . . . nubes sin agua, llevadas de acá para allá . . . dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas» (Judas 3-13).

La palabra «evangelio», hoy, resulta confusa

Aun la palabra «evangelio» hoy se presta a confusión, especialmente en la forma en que la usan algunos religiosos. El mundo ha estado, y está, lleno de «programas evangélicos» por la radio, la televisión, la imprenta y la predicación personal.

Dígale a casi cualquier persona: «El evangelio no ha sido proclamado por espacio de dieciocho siglos», y pensará que usted no está en sus cabales. Es así porque un falso «evangelio» ha sido fuertemente proclamado. Pero se trata de un «evangelio» que menciona al mensajero e ignora su mensaje.

Se basa en la idea de que es durante este tiempo — y únicamente ahora — que Dios está tratando de «salvar al mundo entero», pero aquellos que predicán semejante mensaje no saben qué es la salvación ni cómo es obtenida.

¿Cómo pudo el mundo entero ser engañado? ¿Qué contiene el mensaje del evangelio que impulsó a un poderoso e invisible diablo a firmemente luchar por suprimirlo y falsificarlo?

Espere algunas sorpresas sensacionales.

2

La sorprendente revelación del evangelio de Cristo

HEMOS VISTO como el más importante conocimiento de todos los tiempos, que fue enviado por el Creador de todas las razas, fue suprimido y otro «evangelio» introducido clandestinamente a un muy engañado e ignorante mundo, el cual oyó hablar del mensajero, pero no del mensaje que trajo. El tiempo ha llegado cuando ese impresionante mensaje debe ser revelado al mundo.

¿En qué consiste, pues, el verdadero evangelio?

El evangelio auténtico es la buena nueva que Dios, desde los cielos, envió por medio de Jesucristo. Ese mensaje, una vez que es plenamente comprendido, revela un potencial humano tan estupendo, que al principio parece imposible creer. Ese mensaje contiene las increíbles buenas nuevas reveladas por el Creador. El mensaje divino nos revela la más asombrosa verdad que la mente humana puede conocer.

Pone de manifiesto lo que yo llamo la dimensión perdida en el conocimiento: el conocimiento más necesario y vital.

Ese mensaje nos dice por qué la humanidad fue puesta sobre la faz de la Tierra y éste es, precisamente, el conocimiento que la ciencia no ha descubierto, la religión no ha revelado y las escuelas no han sido capaces de enseñar.

¿Por qué? ¿Estamos aquí para cumplir algún propósito? ¿Cuál es ese propósito?

¿Existe, después del todo, un propósito y significado para la vida humana? ¿Un propósito y significado suprimidos de la diseminación humana? ¿Ese es el conocimiento vital que está fuera del alcance de la ciencia, la religión o educación de la actualidad!

La dimensión perdida en el conocimiento

Si existe un propósito, ¿De qué se trata? ¿Por qué nació usted?

¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Cuál es el máximo trascendental potencial del hombre? ¿Cuál es el camino? ¿Cómo podemos alcanzar ese destino?

¿Cuál es el sendero que conduce a la paz — entre naciones, individuos y grupos?

¿Por qué hay perversidades en este mundo? ¿A qué se debe que no podemos solucionar los problemas humanos? ¿La respuesta se encuentra en el verdadero evangelio! Se trata de una ley básica que obra con una inexorable e implacable potencia.

¿Qué es la naturaleza humana? ¿Acaso la creó Dios y la puso en los seres humanos con el fin de perturbarlos? ¿Es hereditaria? ¿Cómo obra? Ni la ciencia moderna, ni las religiones, ni el sistema educativo de este mundo pueden decírselo.

¿Qué es la mente humana, y en qué modo es distinta al cerebro de un animal? ¿Cuál es la razón por la que la mente humana puede inventar la computadora y aprender cómo enviar hombres a la Luna y regresarlos a

la Tierra, pero al mismo tiempo no tiene la capacidad de resolver los problemas que aquí en este planeta se padecen, ni de vivir en paz con sus semejantes?

¿Qué es el hombre? ¿Qué somos todos nosotros, a fin de cuentas? La ciencia no puede descubrir ese secreto. Las religiones nunca lo han explicado correctamente. Pero el verdadero evangelio, cuando llega a ser enteramente comprendido, sí nos revela la verdad sin engaños.

¿Cuáles son los verdaderos valores? ¿Qué es importante y qué no lo es? La humanidad disipa sus energías persiguiendo falsos valores. Invierte su trabajo y su capacidad mental en metas carentes de valor que, una vez alcanzadas, demuestran su inutilidad.

El verdadero evangelio, plenamente comprendido, nos explica el origen del diablo. ¿Lo creó Dios para confundir y azotar a la humanidad? El evangelio nos dice cómo Satanás llegó a tener el vasto poder, si bien invisible y oculto, de que actualmente dispone para regir al mundo. Nos explica por qué Satanás luchó con todas sus argucias y sutilezas, por medio de los humanos en quienes influyó, para suprimir el vital mensaje evangélico que Dios envió a los hombres mediante Jesucristo.

El verdadero evangelio, de haber sido escuchado por los hombres, le habría librado a la humanidad de casi todas sus angustias, dificultades, sufrimientos y males.

Me es imposible, en unas pocas palabras, aclarar esta verdad lo suficiente para transmitir el grandioso y supremo significado e importancia del verdadero mensaje evangélico.

Aun hoy, cuando es escuchado, casi nunca es comprendido en todo su colosal significado, precisamente porque Satanás ha sido responsable por la presente existencia de tantas falsas religiones, «evangelios» y enseñanzas, los cuales hacen que el oidor o lector dude o no crea — o quede en un estado de indiferencia a los valores más importantes de la vida.

No obstante, justamente antes de la terminación de esta era, el Dios Todopoderoso ha decretado que sea predicado «este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mateo 24:14). Este es el mensaje que el Eterno Dios está comunicando ahora, utilizándome a mí como su vocero, a los jefes de gobierno en las distintas capitales de este mundo.

El verdadero evangelio, cuando se aprecian todas sus implicaciones, se convierte en el tema más significativo que puede penetrar en la mente del hombre. Esas implicaciones incluyen la razón misma de la existencia del auténtico evangelio, la verdad prehistórica acerca de los primeros pobladores de la Tierra, la razón por la que fueron creados los humanos y puestos sobre la faz de este planeta, la causa de todos los males y sufrimientos de la humanidad, la naturaleza de la mente humana, la necesidad de la salvación espiritual, la definición de ésta, el anuncio del pacífico mundo del mañana, lo que hay en el más allá, y el increíble y final potencial del hombre. Ante tan vasto mensaje, cualquiera otra cosa se reduce a la insignificancia. Es infinitamente superior a cualquier relato que haya podido escribir el hombre.

¿Cuál fue el evangelio de Cristo?

Dios el Padre había prometido enviar, desde los cielos, un mensajero al mundo. Y el mensaje divino que éste traería sería para toda la humanidad. Esta promesa está claramente registrada en la Biblia: «He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí [y ese mensajero, como se explica en Marcos 1:2, fue Juan el Bautista]; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros . . .» (Malaquías 3:1). En este contexto, «el Señor», desde luego, se refiere a Jesucristo.

Esa fue la profecía, y el relato de su cumplimiento está registrado en el primer capítulo del Evangelio de Marcos: «Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios». Sigue entonces la historia de Juan el Bautista, que preparó el camino para su venida. Los versículos 12 y 13 registran la tentación presentada a Cristo por Satanás, por la cual éste trató de destruir espiritualmente a Cristo, antes de que pudiera comenzar a proclamar el mensaje que Dios Padre le había encomendado. (Sobre esta tentación y prueba suprema, volveremos más tarde.)

Y a continuación leemos, en los versículos 14 y 15: «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio . . .» ¿Qué evangelio? «. . . el evangelio del reino de Dios . . .» Ese es el evangelio que Cristo proclamó. El mensaje que Él trajo fue el mensaje acerca del Reino de Dios.

Ese es el mensaje que Dios deseaba que se proclamara como un testimonio a todas las naciones. Pero, desde el siglo primero, el mundo nada ha sabido del Reino de Dios, ya que ese mensaje no fue proclamado al mundo después del siglo primero.

Ese mensaje, cuando es explicado y plenamente entendido, abarca una muy extensa esfera de conocimiento espiritual. Revela lo que la ciencia ha sido totalmente incapaz de descubrir — lo que las religiones nunca han revelado — lo que el sistema educativo de este mundo nunca ha sabido ni enseñado.

Puntos de especial significación

Hay un número de puntos significativos que deben ser especialmente notados.

Uno de ellos se encuentra en la profecía de Malaquías, donde a Cristo se le llama mensajero, y donde igualmente se le llama «ángel [mensajero o enviado] del pacto», lo que encierra una importantísima significación que explicaremos después.

Nótese también el versículo 15 del capítulo 1 del Evangelio de Marcos. Jesús fue a Galilea «predicando el evangelio del reino de Dios» y diciendo: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio».

¿Qué quería decir Cristo con la frase «El tiempo se ha cumplido»? ¿Por qué, en aquella época, se había acercado el Reino de Dios? Estos puntos revisten un significado especialísimo.

Pero, antes de que proceda a explicar más detalladamente qué es el Reino de Dios, notemos que éste es, definitivamente, el mensaje mismo del evangelio, el mensaje que Cristo trajo de Dios Padre, el mismo que proclamaron los apóstoles originales, el mismo que el apóstol Pablo predicó a los gentiles.

Cristo no trajo ningún otro evangelio

Jesucristo dijo: «Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado» (Lucas 4:43).

Jesús comisionó a sus discípulos para que predicaran el Reino de Dios: «Habiendo reunido a sus doce discípulos ... los envió a predicar el reino de Dios» (Lucas 9:1-2).

«Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres» (Hechos 8:12).

«Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino . . . » (Mateo 4:23). Las parábolas de Jesús asimismo se referían al Reino de Dios.

En la del sembrador, por ejemplo dijo: «A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios . . . » (Lucas 8:10). En la del grano de mostaza: «¿A qué es semejante el reino de Dios, y con qué lo compararé?» (Lucas 13:18). Y en la de la levadura: «Y volvió a decir: ¿A qué compararé el reino de Dios? Es semejante a la levadura . . . » (Lucas 13:20-21).

Una de las parábolas más importantes está registrada en el Evangelio de Lucas: «. . . prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente» (Lucas 19:11). Y en esta oportunidad contó a sus discípulos la parábola del hombre de noble nacimiento que fue a un país lejano para recibir un reino y regresar: la imagen de su propia ascensión a los cielos, donde habría de tener lugar la ceremonia de la coronación, y de su regreso a la Tierra para gobernar a todas las naciones, como Rey de reyes y Señor de señores, en todo el esplendor de su gran gloria y suprema majestad.

¿Qué evangelio proclamaron Pablo y los apóstoles?

¿Predicaron Pablo y los otros apóstoles un evangelio diferente?

Después de la resurrección de Cristo, los apóstoles estuvieron con El por espacio de 40 días. ¿Hablaron entre ellos de algún otro evangelio, distinto del evangelio del Reino de Dios? Lucas había registrado todas las cosas hechas y dichas por Jesús «hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios . . . » (Hechos 1:2-3).

Vemos que, después de su resurrección, Cristo hablaba a sus discípulos «acerca del reino de Dios». Y ellos, justamente antes de que El ascendiera a los cielos, le preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» (Hechos 1:6). Los apóstoles, al parecer, nunca pudieron entender que el Reino de Dios no iba a ser

establecido sobre la Tierra durante la época de ellos, a pesar de que Jesús en sus enseñanzas (sobre todo en la parábola de las diez minas) se lo había explicado en forma bastante clara.

Dos años después del inicio de la Iglesia de Dios en el día de Pentecostés, año 31 E.C., el movimiento falsificador comenzó, encabezado por Simón el mago. El libro histórico de los Hechos de los Apóstoles así lo registra: «En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles . . . Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio». ¿Qué evangelio? Continuemos la lectura: «Entonces Felipe descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba . . . Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres» (Hechos 8:1-12).

El apóstol Pablo audazmente predicó en Efeso por espacio de tres meses: «Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios» (Hechos 19:8). En un viaje posterior, estando en Mileto, Pablo convocó a los ancianos de la Iglesia en Efeso y, despidiéndose de ellos, les dijo: «Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de todos vosotros, entre quienes he pasado predicando el Reino de Dios, verá más mi rostro» (Hechos 20:25).

Y estando Pablo en Roma, «. . . vinieron a él muchos a la posada, a los cuales les declaraba y les testificaba el reino de Dios . . .» (Hechos 28:23). También en Roma: «Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios . . .» (Hechos 28:30-31).

¿Predicó Pablo algún otro evangelio? A los gálatas, les escribió lo siguiente: «Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema» (Gálatas 1:8-9).

Pero los versículos 6 y 7 nos demuestran que ya los gálatas habían estado haciendo caso de otro evangelio.

Jesucristo se refirió a su mensaje — el del Reino del Dios — como la «palabra» que El habló. Y los apóstoles, como comprobamos con la lectura del libro de los Hechos, fueron a todos los lugares predicando esta misma «palabra», es decir, el evangelio del Reino de Dios.

La vasta extensión de un pleno conocimiento

Debo llamar nuevamente a la atención del lector que un pleno y completo entendimiento del mensaje enviado por Dios a toda la humanidad por medio de su mensajero divino, Jesucristo, abarca una vasta comprensión del gran propósito de Dios, y de sucesos prehistóricos e históricos, como también de presentes y futuros acontecimientos.

Debo añadir que incluye una completa comprensión de todo. ¡Una vez entendido el mensaje del verdadero evangelio, la supuestamente estupenda reserva de conocimiento en las grandes universidades puede considerarse infantil! ¡Tal parece que el hombre casi nada sabe, ya que la dimensión perdida en el conocimiento es precisamente el todo importante conocimiento!

Por consiguiente, le pido al lector que espere la revelación de grandes cosas en éste y en los próximos capítulos.

Los «evangelios» que se están predicando en la actualidad

He dicho que hoy se escuchan muchos programas de radio que presuntamente hablan del «evangelio». Dicen que predicán a Cristo a las naciones. Alguien quizás diga: «Bueno, ¿Qué hay de malo en predicar a Cristo?» O, «¿Por qué no debe predicarse un evangelio de gracia?» O, «No veo nada malo en que se predique un mensaje sobre la salvación». Le he mostrado a usted las Escrituras que demuestran cómo se empezó — aun en el siglo primero — la predicación de un Jesús diferente — un Cristo que supuestamente abolió los mandamientos de su Padre — que convirtió la «gracia» en libertinaje para desobedecer (2 Corintios 11:4, 13-15; y Judas 4). Hoy no se predica al verdadero Jesús, quien dijo, «Yo he guardado los mandamientos de mi Padre», dejándonos ejemplo de que nosotros también debemos cumplirlos.

Si aquellos que proclaman un evangelio de salvación comprendieran y proclamaran lo que es en realidad la salvación — si es una cuestión de ir a un determinado lugar o ser cambiado a una forma diferente — y cómo puede ser obtenida, quizás entonces puede considerarse como parte del verdadero evangelio. Sin embargo, los

programas que hablan del «evangelio» no enseñan de lo que de veras se trata la salvación y cómo se recibe. Cuando los ciegos guían a los ciegos, entonces todos caen en el hoyo.

¿Qué exactamente es el Reino de Dios?

Es ya tiempo de que comprendamos qué exactamente es el Reino de Dios.

¿Qué es un reino? En la Biblia se mencionan varios reinos. El primer imperio mundial — el Imperio Caldeo, a menudo llamado «Babilonia» — fue un reino. Dios inspiró al profeta Daniel para que le hablara al rey de dicho imperio, Nabucodonosor: «Tú, oh rey, eres rey de reyes, porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad» (Daniel 2:37).

También se habla en la Biblia del reino de Israel — de la familia del linaje de Israel, que se convirtió en una de las naciones o gobiernos de la Tierra.

El reino de Israel fue un anticipo del Reino de Dios. Este estará compuesto de los hijos de Dios, nacidos por el Espíritu; es decir, estará formado por la Familia de Dios, organizada en forma de reino.

El Reino de Dios, por consiguiente, será dual:

(1) UN GOBIERNO. Un gobierno — o reino — está compuesto de cuatro elementos: (a) un rey, que gobierna a (b) un pueblo, formado por súbditos o ciudadanos dentro de (c) una jurisdicción territorial definida, con (d) leyes y un sistema administrativo organizado.

(2) UNA FAMILIA. (como el reino de Israel era la familia formada por los miembros del linaje o stirpe de Israel). En este caso, será la Familia de Dios — una familia dentro de la cual los humanos pueden nacer. Y ésta será una familia que gobernará y tendrá jurisdicción sobre todas las naciones, es decir, sobre toda la Tierra y, posteriormente, sobre el universo entero.

El Reino: un gobierno

Cristo ha de ser el Rey del Reino de Dios. El es el Hijo de Dios, Aquel a quien El llama Padre. Cuando la Iglesia — ya sea por una resurrección o por un cambio instantáneo de mortal a inmortal (de composición física a composición espiritual) — sea transformada en un grupo de hijos de Dios compuestos de espíritu, Cristo se desposará con la Iglesia, que así se convertirá en su esposa. Tenemos, pues, al Padre, al Hijo, a la esposa y a los hijos del Padre: una relación familiar, la Familia de Dios.

Veamos ahora algunas de las profecías:

«Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» [que significa «Dios con nosotros»] (Isaías 7:14).

«Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo del Eterno de los ejércitos hará esto» (Isaías 9:6-7).

El ángel Gabriel es un superarcángel — un querubín — uno de los únicos tres que menciona la Biblia. Y está escrito: «Al sexto mes [del embarazo de Elisabet] el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada [comprometida] con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres . . . Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lucas 1:26-33).

Cuando Jesús era juzgado ante Pilato, éste le preguntó si El era rey, y Cristo respondió: «Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad» (Juan 18:37).

Sin embargo, Jesús también explicó a Pilato que su reino su gobierno — no era de este mundo, de este tiempo, de esta era presente. «. . . Mi reino no es de este mundo . . . mi reino no es de aquí . . .» (Juan 18:36).

¿De qué se trata el evangelio de Cristo?

El evangelio de Cristo — el mensaje de Dios que El nos trajo fue la buena nueva anticipada del establecimiento del Reino de Dios. Pero, ¿qué es exactamente lo que ese Reino incluye? Y, sobre todo, ¿Por qué es necesario que el Reino de Dios se establezca sobre la Tierra?

¿Cómo se relaciona ese mensaje con nuestra vida individual y personal? ¿En qué forma nos afecta?

El mensaje de Cristo acerca del futuro Reino de Dios se relaciona directamente con las condiciones mundiales tales y como lo son la naturaleza humana (inclusive su fuente y orígenes), los males, los sufrimientos y la infelicidad del mundo, y la paz universal. Se relaciona con el gobierno, con las razones por las cuales los actuales gobiernos humanos no llegan a ser benefactores de sus pueblos, como se supone que deberían ser.

El mensaje divino afecta directamente las raíces mismas de la felicidad individual y personal, y el trascendente y maravilloso potencial que hay en cada ser humano. Se relaciona con las causas de las actuales condiciones en que se encuentra el mundo, que inevitablemente afectan a todos y cada uno de los hombres, y se relaciona también con el camino que conducirá a la solución de todos los problemas.

Pero abarca mucho, muchísimo más.

Se relaciona con el increíble y grandioso propósito de Dios como Creador de todo el universo. Se relaciona con la vastedad del universo entero, con todas sus galaxias, nebulosas, soles, estrellas y planetas, y con el plan de Dios para todos y cada uno de esos astros. Se relaciona también con los ángeles, y con el hecho de que un tercio de todos los ángeles creados por Dios escogieron el camino errado, el del pecado para el cual no hay redención. Y el mensaje divino igualmente se relaciona con el designio de Dios para salvar a los ángeles restantes de una catástrofe igual.

La mayoría de estas cosas ni aun levemente se toman en cuenta en las enseñanzas religiosas de este mundo. Pero el mensaje de Dios abarca toda la verdad.

Lo que hasta ahora hemos expuesto se debe considerar solamente como la introducción a la historia del evangelio de Cristo.

3

El evangelio de Cristo fue suprimido no escuchado desde el primer siglo hasta la actualidad

POR VENTURA parece lógico que, habiendo sido dotada la humanidad de poderes mentales tan asombrosos, más de la mitad de los pobladores del planeta sean analfabetos y estén viviendo en la más abyecta pobreza, desnutridos y en condiciones higiénicas subhumanas?

¿Tiene sentido que exista un país de 26 millones de personas donde únicamente un tres por ciento de sus habitantes pueden leer y escribir, y donde el ingreso anual promedio es de 69 dólares por año?

¿Acaso no es un contrasentido que la civilización humana haya desarrollado la ciencia moderna, el sistema educativo, las distintas religiones que se profesan en el mundo, los grandes gobiernos, y que, a pesar de todo ello, ignore por completo cuál es el camino que conduce a la paz mundial? Ni la ciencia, ni la cultura, ni la religión, ni el gobierno puede decirnos qué es el Hombre, para qué fue puesto sobre la Tierra, cuál es el propósito de la creación, o cuál será nuestro destino final y la forma en que vamos a alcanzarlo.

¿Hay alguna explicación razonable para que la humanidad, capaz de hazañas casi increíbles, tenga que soportar tantos sufrimientos, problemas y males? ¿Fue acaso el Creador, Dios Todopoderoso, quien decidió que las cosas fueran así?

Es posible que le echemos la culpa a la naturaleza humana, ¿Pero acaso creó Dios al hombre con tal perversa naturaleza para que fuera atormentado?

Ya es hora de que aclaremos este misterio. Es tiempo de que comprendamos y sepamos las respuestas a estas supuestamente incontestables preguntas que parecen desconcertar al pensamiento humano.

El hombre ha rechazado el verdadero conocimiento

¿Cuál es el conocimiento más necesario?

Es el conocimiento de lo que el hombre es, del propósito para el cual fue puesto sobre la Tierra y de la forma de cumplir ese propósito.

Es el conocimiento del camino que lleva a la paz mundial, a la paz entre individuos, grupos y naciones; el conocimiento de las causas de todos los problemas y males que afligen al mundo y de las soluciones a esos problemas. Es el conocimiento de los verdaderos valores, de lo que es importante y de lo que no lo es.

Esa es la dimensión que falta en el conocimiento humano.

Fíjese en la situación tal y como se encuentra en la actualidad — en nuestro presente dinámico siglo veinte. Se supone que ésta es la época del intelectualismo y del descubrimiento en masa del conocimiento. Pero tanto la ciencia moderna como el sistema educativo de nuestra sociedad han rechazado la única fuente — la revelación divina — de este conocimiento básico, y ninguna religión nos ha proporcionado este tan necesario conocimiento, aunque lo contiene el Libro que generalmente se supone que es la fuente de las creencias de por lo menos tres de las grandes religiones del mundo.

Note cuál era la situación hace más de 1900 años. Jesucristo vino del cielo con un mensaje de Dios conteniendo este conocimiento. Pero aun la mayoría de aquellos que creyeron en Él descreyeron el mensaje. Por declararlo, Jesús fue crucificado. Sus apóstoles lo propagaron, y ellos también fueron martirizados, con la posible excepción de uno de ellos. Antes del fin del siglo primero, el mensaje del evangelio de Cristo fue suprimido y un «evangelio» falso proclamado.

Ahora retrocedamos al principio de la existencia de la humanidad en la Tierra. Nuestros primeros padres rechazaron este mismo conocimiento revelado que les fue impartido en persona por el Creador mismo. No creyeron lo que Dios les dijo, pero sí aceptaron las mentiras de Satanás. Desobedecieron a Dios al robar el fruto prohibido. Tomaron para sí mismos el conocimiento del bien y del mal. Desde entonces, toda la humanidad ha seguido el ejemplo de ellos.

Pero el Eterno Dios no ha querido dejarnos sin ese conocimiento. Por el contrario, lo ha revelado y ha hecho que la verdad sea accesible para cualquier ser humano que esté dispuesto a creer lo que Él dijo. Esa verdad está en la Sagrada Biblia, el Libro de los libros, el Libro inspirado por Dios.

Y este libro se ha convertido en el de mayor venta en el mundo entero, pero ha sido mal interpretado y erróneamente comprendido.

Los hombres han escrito incontables millones de libros, y la gente, por lo general, cree en lo que esos libros dicen, aunque su contenido pueda ser total o parcialmente erróneo. A pesar de todo, el texto de esos libros es aceptado literalmente. Se admite que puede comprenderse lo que dicen. Con la Biblia, sin embargo, la actitud es distinta, y se nos dice que no debemos aceptarla literalmente. Los hombres, pues, no creen que este libro realmente quiera decir lo que sus palabras nos están diciendo. Se trata de la mismísima Palabra de Dios, pero se niegan a creerla.

Y así, la humanidad incrédula continúa su peregrinación tropezando, creando para sí un sinnúmero de problemas, así como descontento, infelicidad, dolor, llanto y muerte. Mientras tanto, y afortunadamente, el mensaje del Dios verdadero y misericordioso — ese conocimiento vital ausente del saber humano — sigue estando al alcance de quienes quieran creer las palabras divinas y obedecerlas.

Hace unos cincuenta y un años, basado en prueba, que yo empecé a creer y obedecer.

Y en su Palabra, el Dios viviente me abrió el entendimiento al sorprendente potencial humano — a la dimensión perdida en el conocimiento; a los resultados de los males que sufre la humanidad, al camino que conduce a la paz mundial, como también a la manera en que ésta vendrá. Y el mismo Dios de toda la creación está ahora abriéndome las puertas de tal modo que estoy encontrando favor en los ojos de los jefes de Estado alrededor del mundo como un embajador sin cartera para la paz mundial y como un mediador en favor de los lazos de comprensión entre las naciones.

El hombre ante la vastedad del universo

En la Biblia, Dios se nos revela como Creador de todo, no sólo de la Tierra y del hombre, sino del vasto e ilimitado universo. En una noche clara y sin nubes, podemos admirar el firmamento constelado de estrellas. El Hacedor de la humanidad es también el Creador de esa gran maravilla. ¿Es acaso posible que haya una relación, que los hombres no hemos aprehendido, entre las galaxias, con sus soles y planetas, y nosotros mismos?

En esta exposición verdadera de la dimensión perdida en el conocimiento y del increíble potencial humano, me parece justificado que primero nos fijemos en la magnitud del propósito general del Creador. Prepárese para descubrir un conocimiento estimulante y nuevo, para comprender el increíble y estupendo potencial para el cual la humanidad fue creada y puesta sobre la Tierra.

Winston Churchill, ante el Congreso de los Estados Unidos, dijo que existía un propósito que estaba cumpliéndose o realizándose aquí en la Tierra. Pocos, sin embargo, saben cuál es ese propósito, a pesar de que nos ha sido explícitamente revelado. Y ese propósito contiene la más sorprendente y maravillosa verdad, fuente de esperanzas, que Dios pudiera comunicar al hombre.

Dios, Creador del universo

¿Nunca le han intrigado los incontables millones de estrellas que iluminaban el cielo, en medio de una noche que, salvo por la luz de esos astros, se nos presentaría totalmente oscura? Algunas veces, nos dan la impresión de que son los desprendimientos o fragmentaciones de un enorme cohete que se ha desintegrado en una resplandeciente lluvia de luz.

Muchas de esas estrellas son soles inmensos, mucho mayores que el nuestro. Probablemente, la mayoría de ellas están circundadas por planetas, al igual que nuestro Sol está rodeado por Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Saturno y los demás cuerpos planetarios de nuestro sistema solar.

¿Nunca se ha puesto a pensar acerca de esos astros? ¿Estará habitado alguno de ellos? ¿Son cuerpos celestes que han evolucionado, según teorizan astrónomos, geólogos y biólogos? ¿Fueron hechos por un Creador Omnisciente y Todopoderoso? ¿Fueron creados y puestos en el espacio para cumplir algún propósito? ¿Contiene alguno de los planetas alguna forma de vida, o son como nuestra Luna, inertes, vacíos, inhabitables? Y si efectivamente se encuentran en ese estado de inercia y decadencia, ¿Por qué un Creador inteligente los creó así? ¿O acaso no los creó Él?

Estas son en realidad preguntas intrigantes. Los científicos están sumamente interesados en saber más sobre estos innumerables y enormes cuerpos celestes allá en el espacio. Los científicos no saben mucho sobre el origen de estos cuerpos cósmicos extraordinarios. Existen muchas teorías muchas hipótesis — en cuanto a cómo fueron formados — pero no basadas en auténticos hechos revelados.

La ciencia generalmente rechaza la revelación como fuente básica del conocimiento. Los astrónomos, durante centenares de años, se han intrigado por los cuerpos siderales, y muchos han dedicado sus vidas a estudiarlos con el auxilio de telescopios que cada día se perfeccionan más y más. Sin embargo, nada han aprendido acerca del propósito que cumple la existencia de esos cuerpos astrales. Ni siquiera saben con certeza si hay o no un propósito.

En Pasadena, California, a corta distancia del centro universitario Ambassador, está el mundialmente famoso Laboratorio de Retropropulsión (conocido en lengua inglesa por las siglas JPL: Jet Propulsion Laboratory), operado por el Instituto de Tecnología de California, y dedicado principalmente a proyectos espaciales auspiciados por el Gobierno norteamericano. Allí se diseñan y producen naves espaciales no tripuladas, para ser enviadas al espacio exterior, donde tomarán fotografías de otros planetas de nuestro sistema solar, que luego remitirán a la Tierra. En diciembre de 1974, se recibieron varias, tomadas a una distancia relativamente cerca del planeta Júpiter (a 41 mil kilómetros). Esas fotografías proporcionaron a los científicos conocimiento adicional acerca del mayor de los planetas de nuestro sistema, pero no ofrecieron prueba alguna de que allí existiera vida o de que hubiera condiciones físicas capaces de sostener alguna forma de vida.

Después, el 9 de febrero los astrónomos de la Universidad de Arizona alegaron haber descubierto, por medio de un telescopio, indicios de la existencia de agua en Júpiter. Esto es algo que yo considero muy improbable.

Naturalmente, el planeta Marte ha captado la mayor atención. ¿No se ha preguntado alguna vez si Marte es habitado — ¿Qué clase de vida existe allí? Esta es la pregunta que ha proporcionado el tema de tantas películas de ciencia - ficción y aun una serie de televisión vista por millones de personas en los Estados Unidos.

Pero, ¿Existe alguna forma de vida en Marte u otro planeta, ya sea muy inferior o muy superior a la vida humana? La ciencia no tiene una respuesta concluyente que ofrecernos, pero las fotografías recopiladas hasta ahora, de Marte, Venus, Júpiter, y Saturno, a distancias mucho menores que las que hay entre la Tierra y esos planetas, indican una total ausencia de vida y de condiciones físicas capaces de sostenerla.

Se había planeado que la no tripulada nave espacial Viking llegara a Marte para el 200 aniversario de los Estados Unidos como una nación. Dicha nave espacial, en apariencia semejante a un enorme juguete construido de diversas partes, había sido creada por el Laboratorio de Retropropulsión en Pasadena, California. El Viking fue equipado para enviar fotografías desde la mismísima superficie del planeta Marte.

En realidad el Viking llegó a Marte el 20 de julio de 1976. El Laboratorio de Retropropulsión, operado como un proyecto gubernamental, pero una división del Instituto de Tecnología de California, se encuentra a corta distancia de nuestro Auditorio Ambassador en Pasadena. Los científicos de dicho instituto habían convenido en transmitir las primerísimas fotografías que llegaran de Marte a la pantalla del Auditorio Ambassador para que un público no relacionado con ellos pudieran ver estas fotos pioneras.

Naturalmente que estas transmisiones de las primeras verdaderas fotografías de un planeta más lejos que nuestra Luna fueron de un interés muy especial para mí — no solamente por la importancia de ser las primeras fotos, sino porque el Auditorio Ambassador había sido diseñado y construido bajo mi dirección personal.

Varias personas se pasaron la noche sentadas en el Auditorio. Yo, personalmente en comunicación con los científicos del Laboratorio de Retropropulsión, llegué al Auditorio a eso de las 4:50 a.m. Las primeras fotos empezaron a aparecer en la gran pantalla como a las 5:10 a.m.

Las fotos nos mostraron claramente lo que precisamente es revelado en la Palabra de Dios — Romanos 8:19-23. Marte es toda desolación y deterioración. No hay evidencia alguna de vida, o de condiciones que puedan sustentar vida alguna.

Todo indica, hasta ahora, que nuestro planeta es el único donde existen condiciones materiales propicias a la vida. Otros, como nuestra Luna, parecen ser cuerpos celestes muertos, inertes, vacíos. Nuestra Tierra es parte del sistema solar, que a su vez es parte de la galaxia conocida como Vía Láctea. Hay muchas otras galaxias más allá de nuestra Vía Láctea. Se extienden a distancias espaciales tan vastas que la mente humana no puede concebirlas en términos del sistema métrico decimal o del sistema inglés de medidas de longitud, sino solamente en años - luz.

Sin embargo, a pesar de lo poco que la ciencia sabe acerca del universo ilimitado, la revelación sí nos da la más sorprendente información acerca del mismo.

El primer versículo en la Palabra escrita de Dios dice: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra». Y el rey David del antiguo Israel, cavilando acerca de las estrellas, fue inspirado para decirnos que Dios las había creado.

Creadas, pero . . . ¿Para qué?

David fue inspirado a escribir estas palabras: «¡Oh Eterno, Señor nuestro, cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra! Has puesto tu gloria sobre los cielos . . . Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?» (Salmos 8:1, 3-4).

Es posible, sin embargo, que a David no se le reveló la verdadera relación entre el hombre y los astros espaciales, ya que continúa diciendo: «Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar . . . ¡Oh Eterno, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!» (Salmos 8:5-9).

En el pasaje que acabamos de citar, David está limitando el dominio del hombre al presente — el dominio que Dios dio a la humanidad en el momento de la creación del hombre: La Tierra en sus partes sólidas, la atmósfera de la Tierra, y las aguas y los mares (Génesis 1:26-28).

Esos son los dominios que el hombre tiene ahora.

Pero en el Nuevo Testamento, escrito mucho después, se nos revela mucho más.

Se revela el increíble potencial humano

En la Epístola de Pablo a los Hebreos, leemos: «Por que no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando» (Hebreos 2:5). El tema del contexto es el «mundo venidero». Hay sólo una Tierra, pero la Biblia nos habla de tres mundos, edades o civilizaciones sobre la Tierra: «el mundo antiguo» (el mundo antediluviano que comprende de Adán hasta Noé); el «presente siglo (mundo) malo», que va desde el diluvio hasta la segunda venida de Cristo — aún por ocurrir — y el «mundo venidero» (que comenzará con la segunda venida de Cristo y el establecimiento del Reino de Dios).

Este versículo menciona a los ángeles como si el mundo hubiera sido puesto bajo ellos. De hecho, en el comienzo mismo de la Epístola a los Hebreos, se nos habla de Cristo y de los ángeles, y de la relación de los ángeles con los humanos. Esto será explicado más adelante.

Pero nótese el tema general de que aquí nos habla Pablo: «el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando» — es decir, no la era presente que ahora está acercándose rápidamente a su final. Y en el versículo 6 leemos: «Pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo . . .» Y entonces Pablo cita solamente los primeros seis versículos del Salmo 8 de David.

En este Salmo, David continúa mostrándonos específicamente que Dios ha colocado ahora, bajo el dominio del hombre, la Tierra sólida, la atmósfera de la Tierra (es decir, el aire) y el mar. Mucho más tarde, sin embargo, Pablo es inspirado a continuar sobre algo radicalmente diferente, sobre algo que ha de ocurrir en el mundo venidero.

Este conocimiento revelado del propósito de Dios para la humanidad — del increíble y sorprendente potencial humano deja perpleja a la imaginación. La ciencia nada sabe al respecto que yo sepa, ninguna religión lo revela — e indudablemente el sistema educativo de este mundo lo ignora por completo.

Sin embargo, es lo que Dios dice que ha preparado para aquellos que le aman (1 Corintios 2:9-10).

Ya he dicho que Dios reveló conocimiento indispensable a nuestros primeros padres, pero ellos no creyeron lo que Él dijo. Unos 4000 años más tarde, Jesucristo se encontraba en la Tierra con un mensaje directo

de Dios el Padre, revelando el mismo indispensable conocimiento, pero solamente un puñado — ciento veinte — de personas creyeron lo que Él dijo, aunque muchos profesaron que creían en su persona (Juan 8:30-31, 37-38, 40, 45-46).

En la actualidad, la ciencia, la religión, y el sistema educativo de este mundo aún no creen lo que dijo Jesús.

Explicaré esto — y él por qué — un poco más adelante. Pero muchos de estos correlacionados puntos no pueden ser explicados al mismo tiempo.

Veamos qué dijo Pablo a los hebreos, inmediatamente después de haberles citado el Salmo 8 de David: «Todo lo sujetaste bajo sus pies [los pies del hombre]. Porque en cuanto [Dios] le sujetó todas las cosas [al hombre], nada dejó que no sea sujeto a él» (Hebreos 2:8).

¿Es posible que Dios haya querido incluir todas las cosas, nada excluido?

En otras palabras, para aquellos que están prestos a creer lo que Dios dice, el mismo Creador nos está señalando que El ha decretado que el universo entero — con todas sus galaxias, con sus innumerables soles y planetas, todo — sea puesto bajo dominio del hombre.

¡Pero espere un momento! Antes de que usted rechace esa verdad, lea las palabras que siguen en el mismo versículo: «Pero todavía no vemos que todas las cosas [el universo ilimitado] le sean sujetas [al hombre]». Recuerde que ya antes vimos, en el versículo 5, que Pablo está hablando del «mundo venidero», no del mundo presente. Y en éste, ¿Qué es lo que vemos? «Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte». Ningún otro hombre, con excepción de Cristo, ha sido aun «coronado de gloria y de honra».

Pero vemos que Cristo sí ha sido coronado ya. Y, continuando la lectura, vemos: «Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas [el universo entero], y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos . . . Por lo cual [Cristo] no se avergüenza de llamarlos hermanos» (versículos 10-11).

En otras palabras, los cristianos que tienen el Espíritu de Dios son coherederos con Cristo para heredar todo lo que Jesús ya ha heredado. ¡Jesucristo está ya en la gloria! Ha heredado ya el universo entero. Lo sostiene con su poder. El hombre, si sé convierte, si tiene el Espíritu Santo de Dios (Romanos 8:9), es ahora tan sólo heredero — no todavía poseedor.

Pero Cristo, que ya ha sido coronado con gloria y honor, sí es ya un poseedor. Es decir, ya ha heredado. Veamos el comienzo mismo de la Epístola a los Hebreos: «Dios . . . En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo [del universo entero], y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas [el universo entero] con la palabra de su poder...» (versículos 1-3).

El Cristo viviente ya está sosteniendo el universo entero con su divino e ilimitado poder. El mismo pasaje continúa mostrando su superioridad sobre los ángeles, ya que Cristo es el Hijo de Dios, engendrado y nacido. Los ángeles sólo son seres individualmente creados. Los ángeles son ahora espíritus (invisibles para nosotros), que nos sirven — a nosotros, que ahora tenemos un rango inferior al de ellos, pero que somos herederos de la salvación cuando, como Cristo, nos convirtamos en hijos nacidos de Dios (Hebreos 1:4-14).

Espacio sideral planetas que ahora no tienen vida

Relacionemos ahora todo lo anterior con lo que se nos revela en el capítulo 8 de la Epístola a los Romanos, capítulo en el cual Pablo nos habla de Cristo como Hijo de Dios: «. . . Para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (8:29). Los hombres que tienen el Espíritu Santo de Dios son herederos de Dios y coherederos con Jesucristo, que es el único, entre todos los seres humanos, que ya ha nacido de Dios por medio de una resurrección de entre los muertos (1:4). Él es el primer miembro de la familia humana que ya ha nacido dentro de la Familia de Dios, dentro del Reino de Dios.

Es nuestro pionero, nuestro predecesor. Lo seguiremos cuando llegue la resurrección de los justos, al retornar Cristo a la Tierra con todo poder y suprema majestad. En Romanos 8:9-11 se nos dice que, si tenemos dentro de nosotros el Espíritu Santo de Dios, somos sus hijos engendrados. Pero si no lo tenemos adentro, entonces nada somos de El. No somos cristianos en lo absoluto. Pero si tenemos el Espíritu de Dios que crece dentro de nosotros y nos dirige, entonces seremos levantados de la muerte por su Espíritu (o sí estamos vivos al tiempo de la segunda venida de Cristo seremos cambiados de mortales a inmortales).

Y continúa diciéndonos Pablo: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios . . . El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y sí hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos [en esta vida] juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:14-18).

Continuemos con el siguiente pasaje, también del mismo capítulo: «Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación [todos los soles, planetas, estrellas y lunas] fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación [estrellas, soles y lunas, ahora en decadencia y vacuidad] gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos [humanos espiritualmente concebidos], que tenemos las primicias del Espíritu [los pocos que ahora están siendo llamados a la salvación — los primeros frutos] nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción... » (versículos 19-23).

¡Qué maravillosa y sorprendente revelación! Es imposible encontrar un pasaje más revelador. Uno no puede captar en toda su dimensión y profundidad el contenido si lo lee rápidamente, sin fijarse muy bien en lo que se nos está revelando.

Primero cité el versículo 29 de ese capítulo 8, en el cual se nos dice que Cristo fue el primogénito entre muchos hermanos.

En el capítulo 1 de la Epístola a los Hebreos, vemos que Cristo, el primer humano nacido por una resurrección de entre los muertos, ha sido glorificado y sostiene ahora el universo entero. Es el pionero que nos ha precedido. A la segunda venida de Cristo a la Tierra, en toda su gloria y majestad, los que se hayan convertido y hayan recibido el Espíritu Santo de Dios, nacerán por una resurrección dentro de la Familia de Dios. Y entonces el universo entero será puesto bajo sujeción del hombre.

Y en Romanos 8, se nos ha dicho que, si poseemos el Espíritu de Dios y somos dirigidos por él, seremos elevados al nivel de composición espiritual e inmortalidad dentro de la Familia de Dios, al igual que ocurrió con Cristo, después de su resurrección, en el año 31 E.C.

Ahora, retrocedamos al versículo 19: «Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios».

Esta manifestación se producirá al momento de la resurrección, cuando los que actualmente somos humanos nos convirtamos, ya sea por una resurrección o por un cambio instantáneo de carne mortal a inmortalidad espiritual, en hijos de Dios.

Tratemos ahora de comprender todo esto. ¿Por qué habría de estar toda la creación aguardando con anhelo ardiente la manifestación de los hijos de Dios? Los versículos que siguen nos describen un universo lleno de planetas en decadencia y vacuidad, como si ahora estuviesen en ese estado de inercia y muerte, pero en esperanza de algo distinto. «Porque también la creación misma [el universo entero incapaz ahora de sostener vida] será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios».

¿Cómo cayeron todos esos planetas en la esclavitud de la corrupción? ¡Seguramente Dios no los creó así!

¿Cuál pudo haber sido la causa de esa esclavitud?

¿Fue éste el estado en que Dios creó esos cuerpos celestes? Según leemos en la Palabra de Dios acerca de la creación divina, vemos que tiene que haber sido una creación perfecta. La Tierra fue creada como una perfección de gloriosa belleza. Los hechos relativos a esto último se expondrán en el capítulo 4.

Veremos cómo los ángeles poblaron la Tierra antes de la creación del hombre. Los ángeles, quienes fueron perfectos desde la creación hasta que en ellos surgió el desgobierno y la iniquidad, provocaron que toda la superficie de la Tierra cayera en un estado de corrupción, confusión y vacuidad, como veremos más adelante.

¿Podría el universo entero haber sido creado con la capacidad de sostener vida? No se nos dice específicamente por revelación en la Palabra de Dios si fue así o no, pero lo que sí se nos dice nos ayuda a ver más claramente la razón por la que Dios decidió crear al hombre.

Veamos este otro pasaje en Romanos 8:22: «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora». Considere que la creación está siendo comparada con una madre que está a punto de dar a luz un hijo. Es como si la creación fuera la madre y Dios, el padre. De todos modos, la médula misma de todo el pasaje es ésta. Cuando nosotros (seres humanos convertidos a la verdad) nazcamos de Dios —

y tengamos entonces el poder y la gloria del Creador — vamos a hacer lo mismo que hizo Dios cuando la Tierra estaba «desordenada» y «vacía» (Génesis 1:2) — de las palabras hebreas tohu y bohu. Cristo, que renovó «la faz de la tierra» (Salmo 104:30), estaba renovando lo que había sido destruido por la rebelión de los ángeles pecadores.

Lo que estos pasajes maravillosos implican e indican va mucho más allá de lo específicamente revelado.

Pero para captar plenamente el mensaje del Reino de Dios se requieren muchos capítulos más como éste, pues se trata de un tema que lo abarca todo.

Este pasaje indica precisamente lo que los astrónomos y la evidencia científica señalan: los soles son bolas de fuego que emiten luz y calor, pero los planetas, con excepción de la Tierra, se encuentran en un estado de muerte, corrupción y vacuidad. Pero no para siempre, sino en espera de que los humanos, convertidos a la verdad divina, nazcan como hijos de Dios, dentro de la Familia de Dios, que es la que forma el Reino de Dios.

El evangelio de Cristo fue el anuncio del Reino de Dios. Y lo que ahora estoy mostrándole es que ese evangelio — el evangelio del Reino de Dios — realmente incluye todo este conocimiento. Inclusive el universo entero va a ser gobernado por nosotros, quienes — con Dios el Padre y con Cristo — formaremos el Reino de Dios.

Dios es, ante todo, Creador, pero también es Gobernante. Y también es Educador o maestro, que revela el conocimiento que está más allá de los límites de la naturaleza humana. Ponga en relación todos los textos bíblicos que he citado en este capítulo y comenzará a darse cuenta de cuál es el increíble potencial humano. ¡Nuestro potencial es nacer dentro de la Familia de Dios, y recibir el poder total! ¡Se nos ha de dar jurisdicción sobre el universo entero!

Pero, ¿Qué haremos entonces? Estas escrituras indican que impartiremos vida a miles de millones de planetas muertos. Seremos creadores, bajo la dirección y las instrucciones de Dios. Seremos gobernantes por toda la eternidad. En Apocalipsis 21 y 22 leemos que no habrá dolor, ni sufrimiento, ni mal, porque habremos aprendido a escoger los caminos de Dios. Será una vida eterna de logros y realizaciones, en la que constantemente estaremos anticipando con inmensa alegría nuevos proyectos creativos y celebrando aquéllos ya logrados, con la felicidad que nos dará el contemplar lo que ya hemos hecho.

Nunca nos vencerá la fatiga, y estaremos siempre llenos de vitalidad, dinamismo, vigor, poder y fuerza exuberante.

¡Qué maravilloso potencial! Pero, ¿Por qué Dios ha querido proponerse todas estas cosas?

Todavía queda mucho por revelar. Con este capítulo, unido a los dos anteriores, apenas hemos iniciado la explicación del verdadero evangelio.

¿Por qué este evangelio fue combatido? ¿Cuál es la causa de toda la miseria y el sufrimiento humanos? ¿Cuál es, a fin de cuentas, el origen del mal?

¿Cuál es el origen y la fuente de la naturaleza humana, y cómo podrán los humanos deshacerse de ella?

¿Por qué fue el hombre hecho mortal, de sustancia material procedente de la tierra? ¿Cuál es la razón por la que el hombre, que es compuesto de materia como los animales, tiene una mente miles de veces más grande en capacidad productiva mental que los animales, cuyos cerebros son virtualmente iguales al cerebro humano, tan cuantitativa como cualitativamente? ¿Por qué la mente humana, que pudo inventar la computadora y cohetes que llevaron al hombre a la Luna y lo regresaron a la Tierra, se encuentra incapacitada para enfrentarse a sus propios problemas y relaciones con otros seres humanos aquí en la Tierra?

Todas estas cosas serán explicadas.

La ciencia no tiene las contestaciones; las religiones han fallado en hacerlas saber; el sistema educativo ignora las respuestas a estos interrogantes.

Pero, para comprender la pura verdad, siga leyendo.

4

Preexistencia antes del universo físico

LE HE EXPLICADO el sorprendente potencial del hombre. Pero cabe ahora que nos preguntemos cuál es su razón de ser. ¿Por qué el Creador trazó semejante propósito? ¿Por qué Dios decidió crear al hombre y ponerlo sobre la Tierra? Dios no hace las cosas sin que tenga buenas razones para ello.

Para entender — para comprender el pleno significado en el orden de la sucesión del tiempo — debemos retroceder a la prehistoria. La dimensión ausente en el conocimiento también es revelada en la Palabra de Dios — el mensaje y la revelación del conocimiento por parte de Dios a la humanidad.

Lo mismo ocurre en cuanto a poder comprender lo que Dios ha preparado para la humanidad — el máximo potencial humano.

La verdadera comprensión solamente es posible cuando se comienza al principio de la historia.

Si alguien preguntara dónde en la Biblia en realidad se encuentran los verdaderos acontecimientos iniciales, la mayoría de aquellos que poseen por lo menos un conocimiento superficial del libro de más éxito de venta en todo el mundo contestarían:

«Pues, en el primer capítulo del Génesis, por supuesto».

No es así.

El verdadero principio, en el orden de sucesión del tiempo, se encuentra en el Nuevo Testamento — en el primer versículo del capítulo uno del Evangelio de Juan. Los acontecimientos que se relatan en el Génesis ocurrieron más tarde — probablemente hasta millones de años más tarde.

Pero el suceso registrado en Juan 1:1 revela una existencia de quizás muchos años antes de que Dios creara la Tierra y el universo físico.

Nótelo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». Continúa, «Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho».

El término «todas las cosas» pudiera ser traducido como «el universo». Todo el universo fue creado por Él.

El decimocuarto versículo del primer capítulo de Juan dice: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad».

El Personaje llamado el Verbo fue el que finalmente — hace más de 1900 años — nació y fue nombrado Jesucristo.

El término «el Verbo» es traducido del texto original griego, y literalmente significa «el Portavoz». Sin embargo, «en el principio» Él aún no era el Hijo de Dios. No obstante, las Escrituras revelan que El siempre ha existido y existirá —«desde la eternidad hasta la eternidad». «Sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida . . .» (Hebreos 7:3). Así que piense en esto.

Originalmente, sólo existían estos dos Personajes espirituales — ellos eran la vida misma.

Tenían poderes creativos — contaban con supremas mentes perfectas — poseían carácter perfecto, santo y justo.

Pero, no existía nadie más — nada en lo absoluto. Aún no existía la materia — todavía no había un universo físico. No existía ningún otro ser viviente o cosa alguna.

Únicamente estos dos, iguales en mente y poder, excepto que Dios era supremo en autoridad, y el Verbo estaba en perfecta armonía bajo esa autoridad. Eran de una misma mente — de un mismo sentir — y estaban en completo acuerdo.

Pero todas las cosas — el universo y todo lo que en él existe fueron hechas por el Personaje llamado el Verbo. Como leemos en Colosenses 1 :16: «. . . todo fue creado por medio de él [Jesucristo] y para él». Y antes de convertirse en Jesucristo, Él era el Verbo. Durante su existencia humana, Jesús también dijo que Él hablaba aquellas cosas que el Padre le mandaba decir.

¡Sí, piense en ello!

En la eternidad aun antes de la «prehistoria» existían estos dos Seres Supremos. Solos. En la vacuidad del espacio. Ninguna otra forma de vida — ningunos otros seres vivientes. Nada más.

Pero poseían mentes de suprema capacidad. Y, muchísimo más tarde, crearon a los seres humanos conforme a la semejanza e imagen de ellos mismos. Dotaron al hombre con el poder mental. Es lógico pensar que las mentes humanas fueron creadas para que funcionaran de la misma manera que la del Creador, aunque de un modo inferior a la de Él.

Pero, ¿Cómo es que nosotros los humanos usamos nuestras mentes? Somos dotados de algo semejante a los poderes creativos de Dios. El hombre ha construido edificios de materia ya en existencia. Ha inventado máquinas complicadas. ¿Pero cómo? El hombre piensa en lo que va a hacer — traza planes — antes de empezar a construir o producir lo que desea.

Como ejemplo: Después de orar mucho con el fin de saber cuál era la voluntad de Dios, fui permitido construir el más excelente auditorio moderno sobre la Tierra — el Auditorio Ambassador en Pasadena, California. Sin embargo, lo pensé y planeé mucho — contraté a los mejores arquitectos e ingenieros del mundo para trazar completamente mi idea de semejante edificio en planos. Tomó doce años para planear, diseñar y trazar los planos — mucho tiempo antes de comenzar a construir el Auditorio. Cada pulgada cúbica del Auditorio fue diseñada en papel antes de que se empezara la construcción de cualquier parte del edificio.

¿Cuánto más, entonces, habrán planificado y diseñado el gran Dios y el Verbo en sus mentes, antes de crear lo que deseaban?

Ellos no crearon la materia o lo físico primero. Las leyes y los hechos de la radiactividad nos dicen con certeza que hubo un tiempo en que la esencia física no existía.

Pero el gran Dios, por medio del Verbo, primero diseñó y creó seres compuestos de espíritu — ángeles, cada uno individualmente creado — millones o quizás hasta miles de millones de ellos. Eran compuestos totalmente de espíritu. A ellos se les otorgó vida en sí mismos — vida inherente — inmortalidad. Pero Dios creó mentes en ellos — con poder para pensar, razonar, escoger y hacer decisiones.

La realización de la suprema creación

Pero había una sumamente importante cualidad que ni los mismos poderes creativos de Dios podían crear inmediatamente por mandato — el mismo perfecto, santo y justo carácter inherente en Dios y en el Verbo.

Esta clase de carácter divino tiene que desarrollarse, por la decisión de aquél en el cual ya ha empezado a existir.

Así que mantenga bien en mente este extraordinario y vital truísmo — ese perfecto, santo y justo carácter es el reto supremo de la máxima realización para el Omnipotente Dios Creador —es además el medio para realizar su máximo propósito supremo. Su objetivo final.

¿Pero cómo se logrará?

Repito, el carácter perfecto tiene que ser desarrollado. Requiere libre albedrío y la decisión del ente autónomo en el que dicho carácter ha de ser creado. Pero aun así, tiene que proceder y ser inculcado por Dios, pues únicamente Él cuenta con semejante carácter justo para dárselo a otros.

El perfecto, santo y justo carácter en una independiente entidad es la habilidad de discernir el verdadero y correcto camino del falso sendero, de voluntariamente entregarse plena e incondicionalmente a Dios y a su camino perfecto — de entregarse a Dios para que pueda ser conquistada por Dios — para determinar, ante la tentación y el impulso, a vivir y hacer lo correcto. Y aun entonces, tal carácter santo es el don de Dios. Se produce cuando alguien se sujeta a Dios porque quiere ser inculcado con su ley, la cual constituye el camino de vida correcto que procede de Dios.

En realidad, este carácter perfecto solamente viene de Dios, al ser inculcado dentro de un ente de su creación, por consentimiento voluntario, aun después de severas pruebas y tribulaciones.

He dedicado unos cuantos párrafos a este punto porque se trata del pináculo supremo en el propósito completo de Dios. Ahora, en cuanto a los ángeles prehistóricos: Dios 1) los creó con mentes capaces de pensar, razonar, hacer decisiones y escoger libremente por sí mismos, y 2) les reveló claramente su verdadero y justo camino. Pero Dios tuvo que concederles libre albedrío para que pudieran voluntariamente decidir entre aceptar el sendero justo de Dios o andar por sus propios caminos.

¿Cuál fue el objetivo máximo para los ángeles? Sin duda alguna, fue el que ahora, por la rebelión de los ángeles, se ha convertido en el potencial trascendental de los humanos.

Como lugar para experimentar, y donde se tendría la oportunidad para realizar positivos y activos proyectos, Dios creó trajo en existencia — todo el vasto universo.

Dios ahora había creado no tan sólo la materia, sino con y dentro de ella la energía y aquellas leyes como las que el hombre ha descubierto en los campos de la física y la química. Dios formó la materia para que estuviera presente tanto en el estado inorgánico como en el orgánico.

Y por lo tanto, ahora llegamos a lo que es revelado en Génesis 1:1: «En el principio [del universo físico] creó Dios los cielos y la tierra». Fíjese que dice cielos — plural —, los cuales incluyen no tan sólo el cielo de esta Tierra, sino del universo entero.

Por consiguiente, se indica que en ese entonces — después de la creación de los ángeles — tanto el universo como la Tierra fueron creados durante el mismo tiempo. Encuentro fuertes indicaciones de esto en otras evidencias internas de la Biblia.

La creación perfecta

Las palabras hebreas (las que originalmente fueron escritas por Moisés) implican una creación perfecta. Dios se revela a sí mismo como Creador de perfección, luz y belleza. Cada referencia en la Biblia describe el estado de cualquier fase terminada de la creación de Dios como buena «en gran manera» — perfecta.

Este primer versículo de la Biblia en realidad habla de la creación física original: la creación del universo, que incluye a la Tierra, hace quizás millones de años. Y ésta fue una creación espectacular, hermosísima y perfectísima. ¡Dios es un perfeccionista!

En Job 38:4, 7, nos encontramos con que Dios habla específicamente de la creación de esta Tierra. Nos cuenta que los ángeles (creados con la dignidad de «hijos de Dios») exultaron de alegría cuando la Tierra fue creada, lo que nos está poniendo de manifiesto que ellos fueron creados antes que la Tierra, probablemente antes que el universo material. Los soles, los planetas y los cuerpos celestes son de sustancia material. Los ángeles son seres espirituales individualmente creados, compuestos exclusivamente de espíritu.

A muchos les sorprenderá que yo les diga que los ángeles poblaron la Tierra antes de la creación del hombre, pero el pasaje a que me referí, del libro de Job, así lo implica.

Los ángeles, pobladores de la Tierra, pecaron

Otros pasajes bíblicos señalan que los ángeles habitaban la Tierra antes que el hombre.

Vamos a fijarnos en la secuencia del tiempo que nos señala la segunda Epístola de Pedro 2:4-6: Primero, los ángeles que pecaron; luego, el mundo antediluviano que se inicia con Adán y que se extiende hasta la época del diluvio universal; después de eso, Sodoma y Gomorra.

La Biblia — el Libro de los libros, que encierra el conocimiento revelado por Dios Creador — nos dice que Dios creó a los ángeles como seres compuestos únicamente de espíritu. ¿Puede usted imaginarse a unos ángeles que se convirtieron luego en pecadores? Los ángeles fueron creados con las facultades de raciocinio, decisión y elección. Sin éstas, no hubieran tenido individualidad ni carácter. Ahora bien, el pecado es la infracción de la ley de Dios (1 Juan 3:4). Por consiguiente, los ángeles pecaron rebelándose contra esa ley, que es base del gobierno de Dios.

Note atentamente lo que se nos revela en la Segunda Epístola de Pedro: «Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio; y si no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos» (2:4-5).

Estos versículos demuestran que el pecado universal trae consigo destrucción, también universal, de la Tierra física. El pecado antediluviano, que culminó con la llegada del diluvio, fue un pecado mundial, universal. Veamos lo que nos dice el Génesis: . . . y estaba la tierra llena de violencia . . . porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra . . . porque la tierra está llena de violencia» (6:11-13). «Pero Noé halló gracia ante los ojos del Eterno... Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé» (versículos 8-9). Toda la carne, excepto Noé, había pecado, y ello sobre toda la Tierra. Así pues, el diluvio destruyó la Tierra entera.

El pecado de homosexualidad y otras ofensas se extendieron por los territorios de las ciudades de Sodoma y Gomorra. Y toda la región quedó desolada físicamente. El pecado de los ángeles fue mundial; por consiguiente, la destrucción de la Tierra física fue mundial también.

Los versículos arriba señalados ubican el pecado de los ángeles antes que los pecados antediluvianos que se iniciaron con Adán. El pecado de los ángeles fue anterior a la creación del hombre. Y ésta debería ser una de las sorpresas reveladoras — una fase de la dimensión que le falta al conocimiento humano. Los ángeles habitaron la Tierra antes de la creación del hombre.

Y el gobierno de Dios fue ejercido sobre la Tierra hasta que la rebelión angélica se produjo.

¿Cuánto tiempo estuvieron los ángeles poblando la Tierra? Este dato no nos ha sido revelado. Puede haber sido por un período de millones de años (sobre esto, volveremos luego). Pero esos ángeles pecaron, y el pecado es una infracción de la ley de Dios (1 Juan 3:4). Y la ley divina es la base del gobierno divino. Sabemos, pues, que una gran multitud de ángeles (aparentemente una tercera parte de los que había; Apocalipsis 12:4) pecaron, rebelándose contra el gobierno de Dios. Los pecados traen un castigo como consecuencia. El castigo para el pecado cometido por los ángeles no es la muerte, como sí lo es para el pecado humano. Los ángeles son espíritus inmortales, y se les había dado dominio sobre la Tierra física, para que la usaran como posesión y morada.

El pecado universal de los ángeles trajo como consecuencia la destrucción física de la faz de la Tierra.

Dios es Creador y también Gobernante sobre su creación. Él preserva lo que ha creado por medio de su gobierno. Lo que Dios creó, lo hizo con un propósito — para ser usado, preservado y afirmado. Y este uso es reglamentado por el gobierno de Dios. Cuando los ángeles se rebelaron contra el gobierno de Dios, la preservación de la Tierra física y toda su belleza y gloria original cesaron — y la destrucción física de la superficie fue el resultado.

Dios es Creador, Preservador y Soberano. Satanás es Destructor.

Ahora leemos en Judas 6-7:

«Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno».

Pero retornemos al primer capítulo de Génesis. El versículo 1, como ya se explicó, implica una creación perfecta. Dios es el Autor de la vida, la belleza y la perfección. Satanás sólo ha causado tinieblas, fealdad, imperfecciones y violencia. El primer versículo del Génesis se refiere a la creación de una Tierra perfecta, gloriosa y hermosísima. El versículo 2 revela el resultado del pecado de los ángeles.

«Y la tierra estaba [se volvió] desordenada y vacía». Las palabras «desordenada y vacía» son traducción de las voces hebreas tohu y bohu. «Desolada y vacía», o «caótica y en confusión» serían traducciones más atinadas. La forma verbal «estaba» es expresada, en otros pasajes del Génesis (por ejemplo, 19:26), como «se convirtió». En otras palabras, la Tierra originalmente creada era perfecta y hermosa, y fue luego que se convirtió en un planeta caótico, desolado y vacío, como la Luna, con la única excepción de que su superficie se encontraba cubierta por las aguas.

David recibió inspiración divina para revelar en qué forma renovó Dios la faz de la Tierra: «Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la Tierra» (Salmos 104:30).

Ahora nos aguarda algo que constituirá otra sorpresa para una mayoría de los lectores. Se trata de otra fase o sector más de esa dimensión perdida del conocimiento, y es una fase que también está revelada en la Biblia, aunque la religión, la ciencia y la educación superior no han acertado a descubrirla.

A partir del versículo 2 del capítulo 1, el Génesis no está describiendo la creación original de la Tierra. Está describiendo, sí, una renovación de la faz de nuestro planeta, renovación que tuvo lugar después de que la Tierra quedó desolada y en caos como consecuencia del pecado angélico.

Lo que se describe a partir del versículo 2 del Génesis, en todo el resto del primer capítulo bíblico (al que suele llamársele «capítulo de la creación»), efectivamente ocurrió y, según la propia Biblia, debe haber ocurrido hace aproximadamente unos 6000 años, pero todo ello puede haber sucedido millones, billones o trillones de años después de la verdadera creación de la Tierra, que es la referida en el versículo primero.

Más tarde haré algunos comentarios acerca de qué período de tiempo pudo haber transcurrido antes de que los ángeles que poblaron la Tierra se rebelaran.

La Tierra existía, pero se había convertido en algo desolado y caótico. Dios no la había creado en ese estado de confusión. Dios no es el autor de la confusión (1 Corintios 14:33). La misma palabra hebrea — tohu — que significa desolación y vacío, fue inspirada a Isaías (45:18), y es traducida, en el aludido pasaje, como «en vano»: «Porque así dijo el Eterno, que creó los cielos; él es Dios, el que formó la tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano [tohu], para que fuese habitada la creó... »

Continuemos ahora con el resto del versículo 2 del primer capítulo del Génesis. La Tierra se había convertido en algo caótico, desolado y vacío: «. . . y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo [el océano o superficie acuosa de la Tierra], y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas» (versículos 2-4).

Satanás es el autor de las tinieblas. La rebelión de los ángeles había causado la aparición de la oscuridad. Dios, en cambio, es el autor de la luz y la verdad. La luz despliega y enaltece a la belleza, y también expone el mal. La oscuridad, por el contrario, oculta ambas cosas.

Los siguientes versículos de ese primer capítulo del Génesis describen la renovación de la faz de la Tierra, con la producción de hermosas y fructíferas plantas de todo tipo, con la aparición de los peces, las aves y los animales terrestres, y, por último, con la aparición del hombre.

El gran Lucero

Sin embargo, antes de que nos ocupemos del hombre, hemos de llenar primero ciertos vacíos prehistóricos.

¿Cómo fue que los ángeles pecaron? ¿Cómo fue que tuvo lugar su rebelión?

Recordemos que el Dios Creador también preserva, mejora y realza, con su gobierno, lo que Él ha creado. Y Él lo ha creado con el propósito de que se use. La Tierra, originalmente, estaba destinada a ser habitada y usada por los ángeles.

Cuando Dios colocó a los ángeles (aparentemente a un tercio de los que existían; Apocalipsis 12:4) sobre una Tierra recién creada, perfectísima, hermosa y llena de gloria, designó a un arcángel para que presidiera sobre estos ángeles, haciéndose cargo de la administración del gobierno divino. Este arcángel era Lucero, un maravilloso querubín. Sólo había otros dos querubines de tan excelso rango como Lucero: Miguel y Gabriel.

Ateniéndonos a lo que nos ha sido revelado, estos querubines, constituían el pináculo de los ángeles o seres espirituales, entre los más excelsos que Dios podía crear. Lucero era un ser superior de increíble majestuosa belleza, de brillantez deslumbradora, revestido de inmensa sabiduría e inmenso poder, tan perfecto como Dios lo había creado. Pero Dios, de necesidad, le concedió el poder de libre albedrío, la facultad de decidir. De lo contrario, Lucero no hubiera tenido individualidad ni carácter.

Es necesario que usted comprenda plenamente el grado de suprema magnificencia de que estaba revestida esta criatura de Dios. Dos pasajes bíblicos distintos nos hablan de cuál era su original estado de perfección.

Hemos de fijarnos primero en lo que se nos revela en el capítulo 14 de Isaías. Este famoso capítulo comienza refiriéndose al tiempo, que ya está próximo a llegar, en el cual Dios habrá intervenido ya en los asuntos de este mundo. El pueblo de Israel (no necesaria o exclusivamente los israelíes ni los judíos) habrá caído en esclavitud, y Dios habrá intervenido para retornarlos a su hogar palestino.

«Y en el día que el Eterno te dé reposo de tu trabajo y de tu temor, y de la dura servidumbre en la que te hicieron servir, pronunciarás este proverbio contra el rey de Babilonia, y dirás: ¡Cómo paró el opresor, cómo acabó la ciudad codiciosa de oro!

Quebrantó el Eterno el báculo de los impíos, el cetro de los señores; el que hería a los pueblos con furor, con llaa permanente, el que se enseñoreaba de las naciones con ira, y las perseguía con crueldad» (Isaías 14:3-6).

Isaías no está hablándonos de Nabucodonosor, el rey de Babilonia, y el tiempo a que se refiere aún no ha llegado, aunque ya no le falta mucho. Este pasaje bíblico nos habla del sucesor moderno de aquel antiguo

Nabucodonosor, de alguien que será el gobernante del Sacro Imperio Romano que pronto resucitará, algo así como unos «Estados Unidos de Europa», una unión de diez naciones que pronto se establecerá, originándose en el actual Mercado Común. Ésta Europa unida conquistará a Israel (sí usted se da cuenta de cuál es el Israel de hoy, y no me estoy refiriendo a los judíos, conocidos hoy como israelíes). Todo esto se encuentra íntimamente relacionado con otras profecías, que la falta de espacio no nos permite explicar ahora.

Pero este «rey de Babilonia», al tiempo de la profecía, habrá sido totalmente derrotado por la intervención del Cristo viviente con todo su poder y majestad. Continuemos, pues, la lectura de la profecía:

«Toda la tierra está en reposo y en paz; se cantaron alabanzas. Aun los cipreses se regocijaron... y los cedros del Líbano, diciendo: Desde que tú percaste, no ha subido cortador contra nosotros» (versículos 7-8).

Quiero, justamente aquí, intercalar una información interesante. Los cedros del Líbano, bíblicamente famosos, han sido casi totalmente cortados. Sólo quedan pequeños grupos de estos árboles, en las montañas más altas. Yo los he visto y los he fotografiado. Sin embargo, quizá los ejemplares más hermosos de cedros del Líbano que aún quedan en la Tierra, son los que están plantados en los terrenos de las oficinas de la Institución Ambassador en Inglaterra. Los tenemos en gran estimación. Y es curioso notar que esta profecía, escrita aproximadamente 500 años antes de Cristo, registre el hecho de que estos hermosos y majestuosos árboles iban a ser talados en tan gran escala.

Este capítulo 14 del libro de Isaías nos habla de la derrota de este futuro rey, a manos del Cristo glorificado y todopoderoso. La profecía se refiere a este rey como al principal brazo militar y dirigente político de Satanás, totalmente engañado por éste en los años que ya se nos están acercando.

Si proseguimos la lectura y llegamos al versículo 12, este tipo humano y terrestre de Satanás súbitamente se refiere a Satanás mismo, el ex arcángel Lucero:

«¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones». Pues esto es lo que Lucero hacía, por medio del dirigente militar y político que tenía en su poder, del que se nos habla en los primeros once versículos del capítulo.

El nombre «Lucero» significa «brillante estrella del alba» o «portador de luz», y así fue como Dios lo creó en un principio. Pero sigamos con Isaías: «Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono». Note que Lucero tenía un trono, que era un gobernante. Y ese trono suyo estaba en la Tierra, pues se nos dice que iba a subir al cielo. Sigamos:

«... y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo» (versículos 13-14). Resulta obvio que Lucero tenía en mente el plan de derrocar al Dios Creador, y arrebatarle su trono para ocuparlo él como suprema deidad.

Todo indica que Lucero planeaba ponerse a sí mismo, por sobre todo el universo, en lugar de Dios.

Pero luego vemos, cuando el contexto vuelve a referirse al tipo humano y terrestre: «Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo» (versículo 15).

A partir de este punto, la ilación continúa refiriéndose al tipo humano. He aquí una obra maestra del poder creativo de Dios: un ser individualmente creado, que amenaza volverse contra su propio Hacedor, como un «frankenstein» resuelto a destruir a su creador, para asumir todos los poderes y regir el universo entero.

El suyo no era un gobierno basado en los principios del amor, del dar, de la generosidad hacia el prójimo, sino centrado en el egoísmo, la vanidad, la concupiscencia, la codicia, la envidia, los celos, el espíritu de competencia, el odio, la violencia y la destrucción; apoyado en las tinieblas y el error, no en la luz y la verdad; en fealdad, no en la belleza.

Pero pasemos ahora a otro pasaje bíblico: el que nos describe suprema creación angélica de Dios, contenido en el libro del profeta Ezequiel.

Lucero, un ser creado

La narración total del capítulo 26 de Ezequiel nos habla del gran centro comercial antiguo que fue la ciudad de Tiro. Esta fue la metrópoli comercial del mundo antiguo, aun cuando Babilonia era la capital política. Tiro era el Nueva York, el Londres, el Tokio y el París de la antigüedad.

El capítulo 27 contiene pasajes que pueden compararse a los incluidos en el capítulo 18 del Apocalipsis, respecto a un futuro dirigente político—religioso (versículos 9-19).

Pero, cuando llegamos al capítulo 28, el tema se refiere; mucho más a la época que pronto nos aguarda, la misma descrita en el capítulo 14 de Isaías (al que nos acabamos de referir hace poco), y allí se nos habla del

príncipe de Tiro, un gobernante de esta Tierra. Estas son las palabras que Dios inspiró al profeta Ezequiel: «Hijo del hombre, di al príncipe de Tiro [se refiere en realidad a un poderoso dirigente religioso que surgirá pronto, en nuestros tiempos]: Así ha dicho el Eterno el Señor: Por cuanto se enaltecíó tu corazón, y dijiste: Yo soy un dios, en el trono de Dios estoy sentado [2 Tesalonicenses 2:4] en medio de los mares (siendo tú hombre y no Dios), y has puesto tu corazón como corazón de Dios; he aquí que tú eres más sabio que Daniel; no hay secreto que te sea oculto. Con tu sabiduría y con tu prudencia has acumulado riquezas, y has adquirido oro y plata en tus tesoros . . . y a causa de tus riquezas se ha enaltecido tu corazón.

«Por tanto, así ha dicho el Eterno Dios y Señor: Por cuanto pusiste tu corazón como corazón de Dios, por tanto, he aquí yo traigo sobre ti extranjeros, los fuertes de las naciones . . . al sepulcro te harán descender, y morirás con la muerte de los que mueren en medio de los mares» (Ezequiel 28:2-8). Compárelo con 2 Tesalonicenses 2:3-4 que habla del «hombre de pecado . . . el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios . . . tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios».

¡Qué ser tan supremo!

Pero, al llegar al punto que hemos visto, el tipo humano menor se eleva al nivel de un antitipo espiritual superior, que es el mismo Lucero.

El profeta Ezequiel continúa diciéndonos: «Vino a mí palabra del Eterno, diciendo: Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Dios el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura» (versículos 11 y 12).

Lea de nuevo esos versículos. Dios nunca habría dicho cosa semejante acerca de un ser humano. Este no era un ser humano, sino un ser espiritual lleno de sabiduría, perfección y belleza. Era una de las obras maestras de Dios como ser individualmente creado, una de las mayores perfecciones creadas por el Dios Todopoderoso.

«En Edén, en el huerto de Dios estuviste . . .» (versículo 13). Sin embargo, sabemos que habitó en esta Tierra. «. . . de toda piedra preciosa era tu vestidura . . . los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación» (versículo 13). Era un ser creado, no un hombre nacido. Era un ser espiritual, no de carne humana. Estaba dotado de un extraordinario genio musical. Y ahora que se ha pervertido en sus pensamientos, acciones y forma de ser, es el verdadero autor de la también pervertida música moderna con todas sus discordancias. Piense, lector, en el supremo talento, habilidad y potencial de un ser creado con las capacidades de que estaba investido Lucero. Y todas esas capacidades se pervertieron, se dispersaron, se convirtieron en odio, destrucción y desesperanza.

Pero cobre ánimo, pues el potencial humano, si tenemos la voluntad y el valor de resistir las asechanzas de Satanás y de perseverar en los caminos de Dios, es infinitamente superior al potencial de Lucero, aun al que tenía cuando fue originalmente creado, antes de entregarse a la rebelión y a la iniquidad.

Pero continuemos con esta particular revelación de la dimensión ausente en el conocimiento humano, cuya importancia es crucial. «Eras el querubín que cubrías con tus alas», dice Dios, refiriéndose a Lucero (Ezequiel 28:14, Versión Moderna). Y esto nos lleva al capítulo 25 del Exodo, donde Dios le dio a Moisés el diseño para el Arca del Testimonio. La descripción comienza en el versículo 10, y los versículos de 18 a 20 nos muestran, en el diseño material, a dos querubines estacionados a cada lado del trono de Dios en los cielos: el trono del gobierno de Dios sobre el universo entero. Y las alas de estos dos querubines cubren el trono de Dios.

Lucero fue enseñado junto al mismo trono de Dios

Allí mismo, junto al trono de Dios, Lucero adquirió experiencia en la administración del gobierno divino. Y Dios lo escogió, por esa misma experiencia, para hacerlo jefe ejecutivo de su gobierno, dándole jurisdicción sobre los ángeles que poblaban toda la Tierra. Así, pues, seguimos leyendo en Ezequiel:

«Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad» (28:15). Lucero poseía gran conocimiento, sabiduría y comprensión. Pero también había sido investido de las facultades de razonamiento y elección. Y con todo su caudal de conocimientos, inclusive el de resultados y consecuencias, este ser soberbio, entre lo más elevado que Dios pudo haber creado, se rebeló contra su Hacedor y abandonó el camino que conduce hacia todo bien. Él, quien había sido preparado en la administración de la ley y el orden, se entregó a la anarquía.

Mientras Lucero se mantuvo en el camino recto, una felicidad y una alegría inefables reinaron sobre toda la Tierra. Había una paz gloriosa, hermosa armonía, amor perfecto, cooperación. El gobierno de Dios producía un estado de cosas maravillosamente feliz, todo ello mientras Lucero fue leal en el cumplimiento de las responsabilidades que se le habían asignado.

¿Qué hizo que los ángeles pecaran?

Ciertamente no fueron los ángeles los que persuadieron a Lucero para convertirse en traidor. Fue en el mismo Lucero que se originó la iniquidad. Pero, ¿Al cabo de qué tiempo ocurrió esto? Nosotros no lo sabemos. Dios no nos lo ha revelado. Puede haber sido después de un año, o menos, hasta millones y millones de años.

Tampoco sabemos, una vez que Lucero tomó la decisión de rebelarse y de invadir los cielos para apoderarse de todo el universo, cuánto tiempo le tomó convencer a los ángeles de que le siguieran.

Pero sí conozco el método de que se valió. Es el mismo método que todavía está usando hoy para engañar a los humanos y conducirlos a la deslealtad, el egoísmo y la rebelión contra la ley de Dios. Primero, sembró en uno o dos ángeles sentimientos de envidia, de celos y de rencor contra alguna supuesta injusticia. Hecho esto, no fue difícil llevarlos hasta la deslealtad. Entonces, utilizó a estos pocos ángeles descontentos para, valiéndose astutamente de ellos, corromper a los demás. Así es como actúa Satanás.

Si en el gobierno de Dios sobre la Tierra — la Iglesia — no son expulsados los rebeldes a su autoridad, entonces ellos destruirían el gobierno por completo. Pero una vez separados de los obedientes, ellos no podrían hacerles daño alguno.

Pero piense cuánto tiempo debe de haberle llevado a Lucero, resentido y amargado, a convencer a millones de santos ángeles para que fueran desleales y se declararan en rebelión abierta juntamente con él. Puede haberle tomado cientos, miles o millones de años. Y todo ello ocurrió antes de que el primer ser humano hubiera sido creado.

Todo esto sucedió después de la creación original de la Tierra, a la que se refiere el primer versículo del Génesis. El versículo 2 describe una condición resultante de esa rebelión angélica. Los acontecimientos descritos en el versículo 2, por consiguiente, pueden haber ocurrido muchos millones de años después de la creación original de la Tierra.

La Tierra, en consecuencia, quizá fue creada hace millones de años. Pero continuemos ahora con la lectura del capítulo 28 del libro de Ezequiel:

«A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra...» (versículos 16-17). Al llegar a este punto, el contexto vuelve a referirse al dirigente humano político—religioso cuya aparición no está muy lejana para nosotros en esta época. El príncipe de la antigua Tiro fue una anticipación de este dirigente que todavía está por venir, aunque ya no demorará.

Ya me referí antes a cómo la destrucción física, la fealdad y la oscuridad habían cubierto la faz de la Tierra, como resultado del pecado de Lucero (que ahora es el Diablo) y de los otros ángeles que con él pecaron (que ahora son los demonios). Y vimos también cómo, en el término de seis días, Dios renovó la faz de la Tierra (Génesis 1:2-25).

Pero, ¿por qué creó Dios al hombre (Génesis 1:26)?

Examine esta situación como lo hace Dios. Él nos ha dado mentes humanas, como su mente divina, sólo que inferiores y limitadas. Dios nos hizo conforme a su imagen y a su semejanza (forma y figura), sólo que compuestos de materia en lugar de espíritu. Pero Dios dice: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2:5). Podemos, hasta cierto punto, pensar hasta como Dios. De qué manera habría Dios examinado la situación mientras renovaba la faz de la Tierra después del debacle colosal de los ángeles.

Él había creado una hermosa y perfecta creación en la Tierra. La había poblado con santos ángeles — probablemente millones de ellos. Él designó al querubín Lucero como rey, para que los gobernara y ocupara un trono terrenal. Lucero, como un ser espiritual creado, fue la obra maestra suprema procedente de los poderes creativos de Dios. Él fue el más perfecto en hermosura, poder, mente, conocimiento, intelecto, sabiduría — la máxima perfección que Dios podía crear. Dios no puede crear nada más elevado o perfecto por mandato inmediato.

Sin embargo, este gran ser, inteligente, instruido y preparado ante el mismo trono celestial de Dios sobre el universo, y a quien se le había dado autoridad sobre la administración del gobierno de Dios, rechazó ese gobierno. Se corrompió, negándose rebeldemente a administrarlo y hasta a obedecerlo.

Desvió del camino correcto a los ángeles y los incitó al pecado de la rebelión y la deslealtad.

Ahora también tome lo siguiente en cuenta. Aparentemente, todo el universo fue creado cuando lo fue la Tierra. No hay pruebas, ni en la Palabra revelada de Dios, ni en la ciencia, de que los planetas en el infinito espacio exterior habían sido habitados con alguna forma de vida. Pero Dios no hace nada en vano. El siempre tiene un propósito.

Parece que todos los planetas que hoy pueblan el universo entero se encuentran devastados y vacíos (tohu y bohu), como una vez lo estuvo la Tierra, según la describe Génesis 1:2. Pero Dios no creó los planetas en ese estado de inercia como el que tiene hoy nuestra Luna. Evidentemente, si los ángeles hubieran mantenido la Tierra en su estado de hermosura original, si la hubieran mejorado, cumpliendo las instrucciones de Dios y obedeciendo sus leyes, se les habría ofrecido la imponente posibilidad de poblar los otros cuerpos celestes y de instaurar en los mismos el formidable programa creativo concebido por Dios.

Sin embargo, cuando se rebelaron en la Tierra y se hicieron traidores, su pecado debe de haber traído la destrucción física también a los otros planetas, que potencial y condicionalmente les estaban sujetos.

Cuando Dios pasó revista a esta tragedia cataclísmica, debe de haberse dado cuenta de que, puesto que el ser más elevado y perfecto creado por Él cayó en la rebelión, esto dejaba a Dios como el único ser incapaz de pecar.

Y Dios es el Padre de la Familia divina.

Veamos lo que nos dice el Evangelio de Juan 1:1-5: Él «Verbo», que sé «hizo carne» había existido desde siempre, desde toda la eternidad, con el Padre. Dios Padre había creado todas las cosas, el universo entero, por Aquel que se convirtió en Jesucristo (Hebreos 1:1-4; Colosenses 1:16-17).

Cuando Jesucristo estuvo en la Tierra, presentó sus ruegos y oraciones a su Padre en los cielos, y Dios el Padre se refirió a Cristo como «mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Cristo vivió en la Tierra como un ser humano, y fue tentado como lo somos nosotros, pero no cayó en el pecado.

En el primer versículo del Génesis, se menciona a Dios, y la palabra correspondiente, en el texto hebreo original, es Elohim, un nombre colectivo o uniplural, como lo son los sustantivos «familia», «iglesia» o «grupo». La familia es Dios. Hay una familia, pero más de una persona en esa familia.

Dios comprendió que ningún otro ser, excepto Dios mismo en la Familia de Dios, era lo suficientemente digno de crédito como para suponer que nunca pecaría. Y Dios comprendió también que, para lograr su propósito, sólo el mismo Dios podría hacerse cargo de la suprema misión, y entonces resolvió reproducirse a sí mismo por medio de los hombres, hechos a su imagen y semejanza, pero hechos primero de carne y sangre materiales, sujetos a la muerte si pecaban, aunque con la posibilidad de renacer dentro de la Familia divina engendrada por Dios Padre.

Y Dios vio que esto podría hacerse por medio de Cristo, que se entregó a sí mismo con este propósito.

Y es por ello que Dios puso al hombre sobre la Tierra. Es la razón que motivó al Supremo Todopoderoso Dios a emprender la obra más colosal y extraordinaria de todas — la de reproducirse a sí mismo. El capítulo siguiente hará esto indisputablemente claro.

5

¿Qué condujo a la creación del HOMBRE?

ALGO HIZO que el Dios Creador resolviera crear al hombre y colocarlo en este planeta. Pero pocos saben por qué Dios lo hizo y cuál es el propósito de la presencia de la humanidad sobre la Tierra. En otras palabras, ¿Adónde vamos y cuál es el camino que debemos seguir?

Estas son preguntas vitales, y, no obstante, repito que la ciencia no puede darnos las respuestas. Las religiones tampoco las tienen y las universidades no enseñan este conocimiento, el más importante de todos.

La Tierra no fue originalmente poblada por el hombre

La mayoría de la humanidad no sabe casi nada acerca de Dios. Sin embargo, para comprendernos a nosotros mismos, para entender por qué existimos y hacia dónde vamos, necesitamos conocer un poco más acerca de nuestro Creador.

Nuestra vida presente puede compararse a un viaje. Suponga que usted acaba de ganarse un premio — un viaje a otro país con todos los gastos pagados. ¿No le interesaría saber a qué país irá y cómo llegará a su destino, y enterarse del mayor número posible de informes y datos relativos a su viaje? ¿No debería excitarnos, entonces, muchísimo más la idea de averiguar todo lo que nos sea posible acerca del único gran viaje de la vida? Y para estar bien informado, es necesario que usted sepa algo más acerca del Dios que nos envía en ese viaje y quien nos muestra el camino a seguir.

Es vital, habiendo llegado a este punto, conocer algo que se nos revela en la Biblia: El Dios Eterno no es sólo Creador de todo, sino también Gobernante de todo cuanto crea, y además Maestro y Educador. Él nos revela el conocimiento básico y vital que necesitamos; conocimiento que, de no habérsenos revelado, sería inaccesible para nosotros. La humanidad, sin embargo, por regla general ha rechazado la revelación como fuente del conocimiento básico.

Dios mantiene lo que ha creado. Y lo que Él ha hecho tiene un propósito. Dios quiere que lo creado por Él sea usado, pero con un uso correcto, que sirva para preservar y mejorar. Y este uso de la creación, su mantenimiento y su mejoramiento están controlados por el gobierno de Dios.

Originalmente la Tierra fue creada para que una tercera parte de los ángeles la habitaran. Y éstos, contemplándola, la hallaron tan hermosa y perfecta que espontáneamente prorrumpieron en exclamaciones de jubilosa alegría (Job 38:4-7). La Tierra les daría a los ángeles una gloriosa oportunidad. Ellos se encargarían de trabajarla, de hacerla producir, de preservarla y de acrecentar su belleza.

A este nivel, sería apropiado que comprendamos la naturaleza de la creación de Dios. Es como aquellos muebles que aparte de no estar barnizados, pulidos o pintados, han sido acabados. Se pueden comprar así en algunas mueblerías y por lo tanto ahorrarse un poco de dinero si uno mismo está dispuesto a darles el toque final — siempre y cuando la persona tenga la habilidad para hacerlo. Estos muebles pueden ser de fina y primera calidad, pero no se les ha dado el toque embellecedor final.

Así es con la creación de Dios. Es perfecta, pero sujeta a un toque embellecedor que Dios tenía la intención que los ángeles realizaran. Su propósito era que prehistóricamente los ángeles y ahora los hombres

usaran poderes creativos para terminar esta etapa en la creación de Dios — de agregar el toque final embellecedor y las últimas fases utilitarias de lo que sería la creación completa y final.

Ya sea que fuera o no revelada a los ángeles, fue una prueba suprema. Sería el lugar donde se probaría la obediencia al gobierno de Dios, y si contaban con la capacidad de desarrollar en creaciones terminadas a los otros planetas en el vasto universo. Pues lo que es revelado en la Palabra de Dios indica que Dios creó todo el universo físico al mismo tiempo que hizo la Tierra.

Los elementos radioactivos y la ley de la radiactividad prueban que en un tiempo la materia no existía. Dios es un ser compuesto de espíritu. Dios existía antes que todo lo demás. Él es el Creador de todo. Los ángeles fueron creados antes que la Tierra. Y hay grandes probabilidades de que la materia nunca haya existido antes de la creación de la Tierra. Es decir, resulta altamente probable que el universo físico, en su totalidad, haya sido creado al mismo tiempo.

Por consiguiente, el potencial de los ángeles era hacerse cargo de la totalidad del universo, para hacerlo productivo, para construir, para mejorar los miles de millones de planetas físicos que rodean innumerables estrellas (muchas de las cuales son soles). El Sol en nuestro sistema solar no es más que un astro de tamaño regular. Y algunos de los cuerpos celestes que a nosotros sólo no parecen diminutas estrellas son, en realidad, muchísimas veces mayores que nuestro Sol.

Nuestro sistema solar, de una vastedad que sobrepasa lo que la mayoría de los seres humanos pueden imaginarse, es solamente una parte de nuestra galaxia, ¡Y hay muchas galaxias! En otras palabras, el universo físico que Dios creó es de una vastedad imposible de imaginarse.

¡Era su propósito que los ángeles, y ahora los hombres, tuvieran una parte vital en la creación final del universo infinito!

(Pero quizás Dios no había dicho aún a los ángeles lo que tenía deparado para ellos, pues una tercera parte de esos ángeles trataron de apoderarse prematuramente de lo que les estaba destinado, antes de haber dado prueba de sus merecimientos y capacidades).

Para este propósito trascendental, Dios estableció su gobierno sobre ellos en la Tierra. La administración de ese gobierno divino sobre este planeta le fue delegada al superarcángel, al gran querubín Lucero.

Lucero era la suprema obra maestra que a Dios le fue posible crear como ser individual. La Biblia nos revela la existencia de sólo otros dos arcángeles del mismo rango — Miguel y Gabriel. Recuerde que aun los santos ángeles y arcángeles — inclusive el superquerubín Lucero — estaban dotados de la habilidad de pensar, razonar, formar actitudes y tomar decisiones. Dios creó a Lucero con todo a su favor. En él depositó el *súmmum* de toda belleza, sabiduría y perfección. Lucero era perfecto en todos los aspectos, desde el instante mismo de su creación, hasta que se halló en él maldad (Ezequiel 28:15) — la iniquidad, la rebelión y el desacato a la ley.

Lucero fue enseñado y educado por el mismo Dios que le dio, teniéndolo junto a su trono, amplísima experiencia en la administración del gobierno divino. Lucero era uno de los dos querubines cuyas alas cubrían el trono del Dios Altísimo (Ezequiel 28:14, Exodo 25:20).

Lucero fue creado con una belleza gloriosa y perfecta, pero permitió que la vanidad se posesionara de él, y entonces se entregó a erróneos razonamientos. La ley de Dios — la base del gobierno de Dios — es el camino del amor, es el interés generoso por el bienestar y la felicidad de otros; es el amor hacia Dios, en obediencia, humildad y adoración; es el camino de dar, compartir, ayudar y cooperar. Pero Lucero razonó que la competencia sería mejor que la cooperación. Creyó que sería un incentivo para sobresalir, para luchar más, para lograr más. Pensó que habría más placer y felicidad en servirse a sí mismo.

Y se rebeló contra la ley de Dios, la ley del amor. Sintió celos de Dios. Le envidió y empezó a sentir resentimiento hacia Él. Se llenó de ambición y de codicia, y se amargó. Y todo esto le inspiró sentimientos de violencia, convirtiéndose deliberadamente en adversario y enemigo de su Hacedor. Esa fue su opción, no la de Dios — no obstante, permitida por Dios.

Y Dios le cambió el nombre, dándole el de Satanás el diablo, que significa adversario, competidor, enemigo.

A partir de entonces, Satanás usó sus poderes sobrenaturales para el mal, y se amargó no sólo contra Dios, sino contra la ley de su Creador. Usó su insidiosa astucia para conducir a los ángeles que estaban bajo su mando a la deslealtad, la rebelión e insurrección contra su Creador y, por último, a una guerra de agresión y violencia cuyo objetivo era deponer a Dios y apoderarse del trono del universo.

Mientras que Lucero continuó siendo leal y administró fielmente el gobierno de Dios, en la Tierra reinó una paz maravillosa y perfecta. Los ángeles se sentían vigorosamente felices hasta tal grado que rebosaban de

gozo. La ley del gobierno de Dios es el camino de vida que causa y produce la paz, la felicidad, la prosperidad y el bienestar. El pecado, en cambio, es el camino de vida que ha causado todos los males existentes.

La muerte no fue el castigo que los ángeles recibieron por su pecado, pues Dios mismo los había creado como espíritus inmortales — seres que no podían morir. Dios les había dado esta Tierra para que la habitaran y así se les brindó la oportunidad para calificar algún día en poseer y embellecer el universo entero.

La sanción que se les impuso (y ellos todavía están aguardando el juicio final) fue descalificarlos — quitarles el derecho a la gran oportunidad que se les había dado. Sus mentes se pervirtieron y la Tierra sufrió un colosal cataclismo de inmensas proporciones que afectó a todo nuestro planeta, destruyéndolo.

Como consecuencia, la Tierra llegó a la condición que brevísimamente se describe en el segundo versículo del Génesis (las palabras hebreas *tohu* y *bohu*, en este contexto significan «desorden» y «vacío», «caos» y «extrema confusión»). Las aguas cubrían la faz de la Tierra, que se encontraba sumida en las tinieblas. Lucero que fue creado como un perfecto portador de luz, se había convertido en el autor de la oscuridad, el error, la confusión y el mal.

Así, la rebelión de los ángeles pecadores (2 Pedro 2:4-6; Judas 6-7; Isaías 14:12-13; Ezequiel 28: 12-17) produjo un enorme cataclismo sobre la Tierra.

¡Y es muy probable que haya producido consecuencias aun peores! Todo lo que crea Dios es creado en un estado perfecto. Los demás planetas no fueron creados en un estado de vacío y desolación, como el de nuestra Luna y Marte. Todavía no tenemos bastante información acerca de los otros planetas, pero todo indica que se encuentran actualmente en ese mismo estado de destrucción. Ya hemos expuesto el sorprendente e increíble potencial del hombre. Originalmente este potencial de dominar el universo les fue concedido a los ángeles, pero éstos se descalificaron. Dios no creó nuestra Luna y los planetas en un estado de desorden y vacío. Creo que la evidencia de lo que Dios nos revela fuertemente indica que todo el universo material fue creado cuando se creó la Tierra. Como hemos dicho, Dios no es el autor de la inutilidad, del vacío, de la destrucción, pero Satanás sí lo es. Por consiguiente,

basándonos en lo que ahora se ha revelado, parece que un cataclismo destructor, similar al ocurrido en la Tierra, ocurrió también — simultáneamente — en la superficie de nuestra Luna y de los otros planetas. Y todo esto fue causado por la rebelión de Lucero y de sus ángeles. Pero fíjese en lo que Dios hizo después.

En Salmo 104:30: «Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la Tierra». Volvamos a Génesis 1:2: «Y la tierra estaba [se volvió] desordenada y vacía [Hebreo, *tohu* y *bohu*, caótica, en confusión, inútil y vacía]; y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas».

Dios procedió entonces a renovar la faz de la Tierra, preparándola para convertirla en morada del hombre.

Pero, ¿Por qué hizo Dios esto?

¿Por qué creó Dios al hombre?

Esta pregunta nos lleva a una verdad quizás nunca antes entendida por el hombre.

¡He aquí una sorprendente verdad!

Examinemos ahora la situación como Dios debe de haberla analizado y considerado. Dios nos ha dado mentes como su mente divina, aunque inferiores y limitadas. Dios nos hizo a su imagen y semejanza (forma y configuración), aunque de materia y no de espíritu. Pero Dios nos dice: «Haya, pues, en vosotros este sentir [esta mente] que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2:5). Podemos aprender a pensar en una forma muy parecida a la de Dios. Si poseemos su Espíritu, podemos llegar a pensar, hasta cierto grado, como El piensa.

¿Cómo habría Dios analizado la situación después del colosal desastre de Lucero y de los ángeles que pecaron?

Este Lucero era la obra maestra suprema del poder creativo de Dios como un ser individual, separadamente creado. Fue hecha perfecta en belleza, mentalidad, conocimiento, poder, intelecto y sabiduría, hasta el grado que el poder de Dios podría crear estas cualidades dentro de un ser espiritual. Dios sabía que ningún ente más perfecto podría ser creado.

Pero a pesar de todo, ese ser superior, educado y preparado en el mismísimo trono de Dios quien gobierna sobre el universo, recurrió al razonamiento erróneo que le llevó a hacer una decisión perversa y diabólica. Lucero influyó en los ángeles que se encontraban bajo él hasta lograr dirigir sus mentes a la rebeldía también. Esto, dicho sea de paso, pudo haberle tomado a Lucero tal vez millones de años. Lo más probable es

que al comienzo haya tenido que empezar a pervertir las mentes de sus ángeles, una por una. Tenía que lograr que se sintieran insatisfechos y descontentos, agraviados por Dios, para infundirles resentimiento y amargura.

Al permitir Lucero que en su mente entraran pensamientos de vanidad, celos, envidia, codicia, egoísmo, rebelión y resentimiento, algo le ocurrió a su mente, pues quedó pervertida, descarriada, retorcida. Dios les había dado, a él y a los ángeles, control sobre sus mentes. Sin embargo, después del pecado, tanto Lucero como los ángeles que le siguieron quedaron incapacitados para ejercitar ese control mental. Nunca podrán destorcer sus mentes — nunca más pensar racional, honrada y correctamente.

Yo he tenido cierto número de experiencias personales con los demonios, a través de seres humanos que han sido poseídos por ellos. Y he podido echar fuera a unos cuantos, por el nombre de Cristo y el poder del Espíritu Santo. Algunos demonios son insensatos como niños malcriados. Otros son agresivos, los hay astutos, sutiles, llenos de argucias. Los hay también beligerantes, y los hay insolentes y malhumorados. Pero todos tienen una mente pervertida.

Pero fijémonos ahora nuevamente en el supremo y grandioso propósito de Dios. Ese propósito es desarrollar un carácter divino y perfecto en millones de seres humanos que tendrán la responsabilidad de completar ésta obra creativa a través del universo.

¡Ese es el inmenso propósito de Dios!

Con este fin, Dios creó a millones de ángeles — seres compuestos de espíritu. Después creó el universo físico, inclusive esta Tierra, y puso en ella a los ángeles para que se encargaran de desarrollarla. Y esa Tierra estaba bajo el gobierno de Dios.

Pero el rey que Dios designó como gobernante — Lucero — se rebeló contra Él, y desvió a una tercera parte de los ángeles y el gobierno de Dios dejó de reinar sobre la Tierra.

Lucero era su obra maestra, y si Lucero y sus seguidores escogieron el mal camino, no había garantía alguna de que las dos terceras partes de los ángeles restantes no harían lo mismo.

Al presenciar Dios el trágico cataclismo provocado por el pecado de los ángeles, debe de haberse dado cuenta de que Él, y solamente Él era el único ser que no podía pecar y que no pecaría. Por tanto, la única posible seguridad de lograr su gran propósito era la de reproducirse a sí mismo.

Pero, antes de proseguir, vamos a contestar otra pregunta:

¿Por qué le es imposible a Dios pecar? No existe poder más grande que se lo impida, pero Dios sencillamente por su propio poder — supremo sobre todos los demás poderes — ha determinado que no pecará.

Dios se dio cuenta de que no se podía confiar en que un ser inferior a Él no pecaría. Es decir, que no se rebelaría contra la ley y el gobierno de Dios. Para que se cumpliera su propósito para todo el universo, Dios comprendió que sólo alguien que fuera como Él, que contara con su santo, justo y perfecto carácter, es en quien se podía plenamente confiar para realizar su supremo propósito por todo el vasto e interminable universo.

Quizás alguien preguntará: ¿No pudo Dios haber sabido de antemano lo que harían Lucero y los ángeles que estaban bajo su mando? ¿Acaso Dios no lo sabe todo? Y la respuesta es no, no lo sabe todo. Si Dios hubiera conocido de antemano lo que escogerían, los ángeles, entonces habría tenido que forzarlos a hacer la decisión correcta; es decir, les hubiera quitado la capacidad de pensar, de razonar, de elegir, de hacer decisiones. Dios, por su propia voluntad, no quiere saber de antemano lo que usted y yo estaremos pensando, razonando o decidiendo mañana o en un futuro. Dios dio a aquellos seres espirituales, al igual que nos ha dado a nosotros los humanos, la facultad de pensar por nosotros mismos, de escoger, de tomar decisiones. De no ser así, seríamos solamente autómatas, que haríamos aquello que se nos obliga a hacer. Dios simplemente decidió no saber de antemano. Su propósito incluye el desarrollo del carácter en los seres por Él creados.

Y todo lo ocurrido con los ángeles motiva a Dios a crear la más estupenda creación de todas, la de reproducirse a sí mismo. ¡La máxima creación de Dioses en su Familia divina — seres superiores a los ángeles!

¿Reproducirse a sí mismo?

Llegamos ahora al pináculo sublime del poder creativo de Dios, al cenit de todas sus realizaciones divinas. Llegamos ahora a un proyecto divino tan increíblemente trascendental y majestuoso, que es muy difícil para la mente humana poder comprenderlo.

¿Cómo podría el gran Dios — que existe por su propio poder, antes de que existieran otros seres — reproducirse a sí mismo en múltiples millones de otros seres iguales a Él? Que fueran divinos, supremos en

poder, perfectos en carácter — que cada uno de ellos por su propio libre albedrío escogieran ser del mismo sentir perfecto (mente) que el Padre y resueltos a no pecar.

El próximo capítulo revelará cómo Dios planea llevar a cabo el increíble e impresionante reto de reproducirse a sí mismo.

6

Cómo Dios planeó reproducirse a sí mismo

HE EXPLICADO por qué Dios creó al hombre y colocó a la familia humana sobre la faz de la Tierra. Pero, ¿Cómo pudo llevarse a cabo tan colosal tarea?

Desde luego pocas personas tienen la menor idea de lo que todo esto involucro. En la actualidad pocos seres humanos aciertan a darse cuenta de la magnitud de los hechos milagrosos y de la formidable creatividad divina que hicieron posible la vida humana de que disfruta cada uno de nosotros.

En el capítulo anterior dije que muchos podrían preguntarse si Dios no estaba consciente del pecado de rebeldía y soberbia que cometería Lucero. La respuesta a esa pregunta fue negativa. Dios no sabía que Lucero iba a pecar, pero sí estaba consciente de que la posibilidad de que lo hiciera.

Y conociendo Dios esa posibilidad, ¿Esperó pasivamente hasta que ocurriera un cataclismo de proporciones universales sin que de su mente brotara la idea de crear al hombre? Una vez más la respuesta es negativa. Dios no esperó pasivamente hasta que ocurriera el trágico cataclismo para comenzar entonces a planificar la creación del hombre y la futura reproducción de su propio género divino.

Permítame que acuda a un ejemplo. Habitualmente vuelo en un avión de propulsión a chorro. Sus diseñadores y fabricantes tuvieron en cuenta la posibilidad de que diferentes partes o sistemas de su estructura pudieran fallar. Así diseñaron e instalaron un sistema autoprotectivo. Si alguna parte del avión falla, otra parte del sistema inmediatamente «reemplaza» la función de aquella pieza que falló — y, en algunos casos específicos, hay inclusive una tercera parte de sustitución. Y si los diseñadores humanos tienen esta precaución y pueden prever y planear anticipadamente para sustituir alguna falla mecánica, con mucho mayor razón hemos de pensar que Dios también planeó algo de antemano, previendo la posibilidad de que Lucero y otros ángeles pudieran pecar. Dios sabía, desde antes de la creación de la Tierra, que los ángeles — seres con facultades independientes de pensamiento, razonamiento, selección, juicio y decisión — podrían rebelarse y entregarse de lleno a la iniquidad.

Y tal vez por eso mismo fue que creó la materia — el universo físico en su totalidad. La materia (orgánica e inorgánica) con sus muchas propiedades — fuerza, energía, inercia, gravedad, etc. — suministró el material con el cual Dios pudo crear al hombre en un estado mortal, como el medio a través del cual Él podría reproducirse a sí mismo.

Al llegar a este punto, nos damos cuenta de que aún necesitamos conocer un poco más acerca de Dios, nuestro Creador. ¡Y que es preciso también saber por qué, hasta hoy, nadie ha tenido la más vaga idea acerca del supremo y colosal proyecto que Dios se propuso desarrollar y que está desarrollando!

Un solo Dios, pero más de una Persona

Trataré de explicar esta formidable verdad con la mayor claridad posible

Primero, recordemos una vez más las palabras exactas de la revelación divina contenida en la Biblia: «En el principio, creó Dios los cielos y la tierra».

Dios inspiró a Moisés a escribir esas palabras en lengua hebrea. El sustantivo hebreo que traducimos como «Dios» es Elohim. Ésta es una palabra uniplural o colectiva, como ejército, familia, grupo, etc. Una

familia, pero compuesta por más de una persona. Un grupo, si no está integrado por dos o más personas, no sería un grupo.

Lucero, transformado en Satanás, ha engañado tan hábilmente a toda la humanidad, que en la actualidad casi nadie se da cuenta de que Dios es realmente la familia divina. Una familia. Dios es una familia. La familia es un Dios.

Satanás se las ha ingeniado para que los hombres acepten cualesquiera otras creencias. Probablemente la más divulgada es la de quienes sostienen que Dios es una trinidad — Dios en tres personas —, limitando a Dios a esas tres personas, y representando erróneamente al Espíritu Santo, que fluye de Dios y de Cristo, como si fuera la tercera persona de esa trinidad.

Otros piensan que Dios es sólo una persona.

Pero veamos ahora lo que nos dice el Evangelio de Juan 1:1-5,14:

«En el principio era el Verbo». Son palabras que nos recuerdan las del primer versículo del Génesis, ¿Verdad? «En el principio Dios . . . », dice éste. Pero ya hemos visto que la palabra «Dios» es traducida del hebreo Elohim, palabra ésta que implica que más de una persona forman a un solo Dios. En el Evangelio de Juan, la palabra «Verbo» es traducida del griego (idioma en que fue inspirado este Evangelio) Logos, que significa «verbo» o «palabra», «portavoz», «pensamiento revelador» — como un ser o persona.

Nos dice el Evangelio de Juan: « . . . y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho ...» (versículos 1-4).

Este «Logos» — Verbo — era una persona. Y esta persona existió «desde el principio». Existió siempre por sí mismo. Existió con Dios, Pero también Él era Dios. Es y fue una persona. Ambos coexistieron siempre. Todas las cosas fueron hechas por Él, por el Verbo, el portavoz divino.

Pero veamos el versículo 14 del mismo Evangelio: «Y aquel verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), Ileno de gracia y de verdad». Por supuesto, esto se refiere a Jesucristo. En carne humana, Él fue engendrado por Dios Padre, el unigénito del Padre (antes del nacimiento humano).

Y el Padre, desde el cielo, dijo estas palabras acerca de Jesús: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17). Jesús, al orar, se dirigía a Dios como «Padre» — «Padre e hijo», una relación familiar. La Iglesia, cuando llegue la resurrección a una vida espiritual inmortal, se desposará con el Cristo resucitado y glorificado (Efesios 5:25-28). Por lo tanto tenemos una relación de familia: Padre, hijo, esposo y esposa. Y la esposa estará compuesta de los hijos nacidos de Dios.

Yo personalmente he sido padre de una familia. Mi apellido es Armstrong. Mi esposa y yo convivimos por espacio de 50 años, hasta su muerte. Tengo un hijo, el cual también es un Armstrong, de igual modo que Jesús, el Verbo, era Dios y, sin embargo, estaba con Dios. En mi caso, nuestro apellido familiar es Armstrong. Todos los miembros de la familia llevan el apellido. Son varias personas, pero la familia es una familia.

Del mismo modo, hay un solo Dios, pero Dios es el nombre familiar, y hay más de una persona en la Familia Dios.

Cristo el Hacedor de todo

Dios es Creador. Pero Dios es la Familia divina. ¿Cómo puede el Padre de la Familia ser Creador, y Cristo ser Creador también? En Efesios 3:9, está escrito que Dios Padre creó todas las cosas por Cristo. Y Cristo es él «Verbo» — el Portavoz. Acerca de Él leemos en el Salmo 33: «Por la palabra del Eterno fueron hechos los cielos y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca . . . Porque él dijo y fue hecho; Él mandó y existió» (versículos 6,9).

Daré un ejemplo. En enero de 1914, una revista de circulación nacional me envió a entrevistar en Detroit a Henry Ford. La primera vez que lo vi, él se encontraba justamente afuera de la puerta de la inmensa fábrica Ford, y vestía el traje típico del hombre de negocios, no pantalones de mecánico, Él era el hacedor o fabricante de los automóviles Ford. Él los fabricaba por medio de millares de empleados suyos, a quienes vi trabajando dentro de la fábrica. Estos empleados utilizaban maquinarias y energía eléctrica. De modo semejante, Dios Padre es Creador. Él creó por medio de Jesucristo, el «obrero» que habló, para que las cosas fueran hechas por el poder (energía) del Espíritu Santo. Pero Jesucristo claramente dijo que Él «hablaba» sólo lo que el Padre le había ordenado.

Fíjese en lo dicho en el primer capítulo de Colosenses. Refiriéndose al Padre (versículo 12) y a «su amado Hijo» (versículo 13), nos dice que éste «es la imagen del Dios invisible . . . Porque en él [en Cristo] fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la Tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él [por medio de Cristo y para Cristo]. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (versículos 15-17).

Jesucristo, antes de su nacimiento humano, había existido con el Padre, siempre, desde toda la eternidad.

¿Cómo fue que Dios planeó reproducirse a sí mismo?

Desde la eternidad, el Padre y el Verbo (que luego se convirtió en Jesucristo) habían coexistido. Habían creado a los ángeles, posiblemente a muchos millones de ellos. Y una tercera parte de estos ángeles, bajo el mando de Lucero, fue puesta en esta Tierra cuando la misma fue creada. Dios estableció su gobierno sobre ellos, con Lucero en el trono. Pero Lucero rechazó el gobierno de Dios. Lucero y sus ángeles quedaron, por tanto, descalificados y, al no administrarse o aplicarse más en la Tierra el gobierno de Dios, este planeta quedó estéril, yermo, sumido en las tinieblas, el caos y la confusión.

Antes de que esto ocurriera, ¿Había más de dos personas — Dios y el Verbo — en la Familia Dios? Dios no nos revela nada más al respecto. ¿Era el Verbo el Hijo de Dios, y era Dios el Padre en aquel tiempo? En ese tiempo la Biblia no se refiere a ellos como Padre e Hijo.

Consideremos ahora el sorprendente proyecto que Dios decidió realizar — reproducirse a sí mismo.

Es probable que antes de aquella época, no hubiera sido creada ninguna forma de vida con el proceso reproductivo. Probablemente el primer ejemplo de vida reproductiva haya sido la vida de las plantas, en los momentos en que Dios estaba renovando la faz de la Tierra (Génesis 1:11-12).

Dios había creado el universo físico antes de colocar a los ángeles sobre la Tierra. Dios había creado la materia con propiedades tales que permitieran que con ella se pudieran hacer cosas maravillosas. Creó tanto la materia orgánica (viviente) como la materia inorgánica (muerta, inerte). En la materia encontramos distintas propiedades, como la energía, la gravedad, la inercia. Una potencia incalculable, como la de la bomba de hidrógeno puede proceder de la materia. La existencia de la materia ofreció a Dios lo que Él necesitaba para reproducirse a sí mismo. Después de la creación de la vida reproductiva en las plantas, Dios creó la vida animal, también con el proceso reproductivo (cada animal reproduciéndose según su especie).

Pero entonces Dios (Elohim) dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Génesis 1:26) En otras palabras, el hombre fue hecho según el género Dios.

Dios había creado a los ángeles de espíritu. Pero en el caso de hombre, para su propio propósito reproductivo, la materia ofreció a Dios las propiedades que Él necesitaba. Y así «Dios formó a hombre del polvo de la tierra» (Génesis 2:7), es decir, de la materia.

Si el hombre pecare, y cuando pecare

Debemos detenernos a considerar un principio básico del gobierno de Dios: un Estado no puede funcionar sin un gobernante. Dios puso a Lucero en el trono de la Tierra. Cuando Lucero cesó de ser administrador del gobierno de Dios, pues quedó descalificado, no obstante se le permitió permanecer en el trono como Satanás (su nuevo nombre), hasta que hubiera un sucesor debidamente calificado al que le fuera dada posesión del cargo. El mismo hecho de que Satanás estuvo presente en la Tierra para tentar a los primeros humanos — y el hecho de que aún hoy continúa siendo «el dios de este siglo [mundo]» (2 Corintios 4:4) y el «príncipe de la potestad del aire» (Efesios 2:2) — constituye suficiente evidencia del principio básico del gobierno de Dios.

Más que esto, una vez que la Tierra fue habitada por aquellos que se rebelaron contra el gobierno de Dios — una vez que ese gobierno cesó de funcionar — fue necesario que alguien calificara como sucesor de Lucero (ahora Satanás) — y para calificar en restaurar el gobierno y el camino de Dios, el sucesor tiene que plenamente rechazar y/o negarse a andar por el sendero de Satanás.

Además, aquellos que han de reinar con Cristo, también tienen que calificar, rechazando y negándose a andar por el camino de Satanás, venciendo ese sendero y en realidad viviendo en sujeción al camino de la ley de Dios.

Consciente de esto, Dios sabía la inevitabilidad de que Satanás tentara al primer hombre creado, para inducirlo a descreer las palabras de Dios e incitarlo a pecar. Si el superarcángel y todos sus santos ángeles cayeron en rebeldía, ¡Mucho más probable era que el hombre — creado menor que los ángeles — también cayera!

¿Puede usted imaginarse a Dios — y con Él al Verbo (que es también Dios, miembro de la Familia Dios) — planeando esta suprema obra maestra de su poder creativo? El Verbo voluntariamente se ofreció para renunciar temporalmente al supremo poder y gloria que había poseído siempre (Juan 17:5), desposeerse de todo eso, ser engendrado por Dios, y nacer en carne humana con el propósito de morir (Hebreos 2:9). Y como Dios le había delegado al Verbo la creación real del hombre, Él, al nacer físicamente como ser humano con el propósito de morir, daría con su muerte una vida de mayor valor que la suma de todas las vidas humanas juntas, pues él era el creador de esas vidas. Y siendo divino y humano a la vez — Dios y hombre —, Él en la persona de Cristo tendría la capacidad de evitar el pecado. Y entonces Él, que nunca pecó, aunque fue tentado en todo al igual que el resto de humanos, en su muerte pudo pagar, en nuestro lugar, la pena que nosotros habíamos incurrido.

El hombre, por estar creado de materia física y por ser mortal, podía morir o escoger la vida eterna. El castigo del hombre por el pecado fue la muerte. «Porque la paga del pecado es muerte mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 6:23).

Dios el Padre poseía el poder de resucitar a Cristo a la vida inmortal de entre los muertos, haciendo así posible la resurrección de los seres humanos a una vida inmortal compuesta de espíritu.

Fue así que el plan maestro de Dios para lograr su propósito empezó a desarrollarse. Si el hombre pecaba — y todos lo han hecho, excepto Cristo —, le sería posible arrepentirse, alejarse del pecado para reconciliarse con Dios y vivir de acuerdo a las normas divinas. En otras palabras, buscar el gobierno de Dios, aceptar imperio sobre su vida, aceptar a Cristo como su Salvador y venidero Rey. Él — Cristo — estaría calificado para restablecer gobierno de Dios sobre la Tierra.

Pero ¿Qué ocurriría si el hombre, rehusando arrepentirse, se negara a dejar el camino de Satanás y rechazara el gobierno Dios? Entonces sufriría la segunda muerte de la cual no hay resurrección. Esos hombres cesarán de existir. Será como si nunca hubieran existido (Apocalipsis 20:14 y Abdías 16).

Pero ¿Era todo lo que llevo explicado hasta aquí lo único que Dios — los seres Dios y el Verbo — tenía que tomar en consideración para realizar su plan? ¡No, desde luego que no!

El plan fue crear al hombre de sustancia física. Pero, ¿Cómo podría Dios reproducirse a sí mismo y hacer que un gran número de hombres ingresaran en la Familia Dios? Esto exigía que al hombre le fuera impartida la vida misma de Dios, la vida divina. Dios es espíritu, compuesto de espíritu.

¡Que maravilloso plan el que Dios concibió! Formaría al hombre de sustancia física. Así, si el hombre fallaba, sería como si nunca hubiera existido. Dios, pues, hizo al hombre de sustancia física, a imagen y semejanza de Dios, de tal modo que luego pudiera ser convertido en un miembro de la Familia Dios, compuesto de espíritu, es decir, cambiado de materia a espíritu.

¿Puede nuestra mente comprender la excepcional sabiduría, el poder de diseño y creación que hicieron posible nuestro trascendental potencial humano?

Dios primero formó la vida de las plantas, es decir, la flora. Esta consistió en materia viva, capaz de reproducirse a sí misma, pero sin estar consciente de ello. Después, Dios creó la fauna, la vida animal, en la que puso un cerebro con cierto estado consciente de las cosas pero sin capacidad para los procesos de decisión juiciosa y razonada. Pero el hombre, destinado a ser reproducido dentro de la Familia Dios, fue diseñado para tener una mente de tipo similar a la divina, con habilidad para pensar, razonar y decidir, es decir, para desarrollar un carácter similar al de Dios.

¿Cómo fue posible todo esto? El cerebro de un elefante, de una ballena o de un delfín es casi igual en complejidad, diseño y calidad al cerebro humano, y de mayor tamaño. El del chimpancé, aunque de tamaño ligeramente menor, también es casi igual al del hombre. ¿Por qué, entonces, es la mente humana tan trascendentemente superior al cerebro animal?

7

Tendiendo el puente entre los seres humanos y los hijos inmortales de Dios

LAS INDUSTRIAS, cuando fabrican algo incluyen un libro de instrucciones que describe el producto y explica la forma correcta de usarlo para que cumpla su fin. Pero el mecanismo más perfectamente diseñado y formado es la mente y el cuerpo del hombre. Es natural que nuestro Hacedor se haya preocupado de poner a nuestro alcance su «manual de instrucciones», el que revela para nuestro propio bien, lo que somos, por qué existimos, adónde vamos y cuál es el verdadero camino.

Ese manual de instrucciones es la Biblia. Sin embargo, el hombre se ha encargado de confundir, mal interpretar y falsificar las enseñanzas de dicho libro.

Y es precisamente en ella que está revelada la dimensión perdida del conocimiento humano en su integridad. En sus páginas nos revela claramente cuál es el increíble potencial humano. Todo se reduce a que el hombre lea ese libro y lo crea.

Ese es también el libro de nuestros orígenes. Explica la historia y la prehistoria, las instrucciones para la época presente y las profecías concernientes al futuro.

Ese libro nos enseña, como ya hemos visto en los capítulos precedentes, que originalmente, desde toda la eternidad, existía Dios. Y con Él coexistía, también desde toda la eternidad, el Verbo, una segunda Persona que igualmente es Dios. Dios creó todas las cosas por el Verbo y por medio del Verbo, Espíritu coexistente con Él (Juan 1:1-4).

En Génesis 1:1, la palabra hebrea escrita por Moisés, que traducimos como «Dios», es Elohim, un sustantivo uniplural o colectivo que significa un Dios compuesto de más de una persona. En otras palabras, una familia divina, de la cual el Dios mencionado en Juan 1:1 es la Cabeza.

Igualmente vimos cómo la Biblia nos revela que Dios primero creó a los ángeles, también seres espirituales compuestos de espíritu, aunque menores que Dios y desprovistos de poderes creativos.

A continuación, creó Dios — es decir, hizo que existiera — el universo físico, inclusive la Tierra. Cuando ésta fue creada, sobre ella fue colocada una tercera parte de los ángeles. Fueron puestos bajo la autoridad del gobierno de Dios que era administrado por un querubín, el gran arcángel Lucero. Bajo el gobierno de Dios, la Tierra estuvo rebosante de paz, felicidad y alegría. Pero Lucero terminó por conducir a sus ángeles a la rebelión. El gobierno de Dios fue rechazado. Sus normas dejaron de ponerse en práctica, La Tierra, como resultado de lo ocurrido, se quedó vacía y estéril, en estado de confusión y en tinieblas.

Entonces, en un período de seis días, Dios renovó la faz de la Tierra. Durante esta «semana de la creación», resumida en el primer capítulo del Génesis, Dios configuró las primeras formas de vida dotadas de sistema reproductivo, es decir, la flora, la vida vegetal. En este reino vegetal había vida reproductiva, pero no un cerebro consciente.

Luego creó Dios la fauna, la vida animal sobre la Tierra. Y en los animales sí puso un cerebro, si bien con un grado limitado de conciencia, un cerebro incapaz del proceso pensante necesario para tomar decisiones racionales, y sin capacidad espiritual o ética.

Vino finalmente la creación del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, pero compuesto de materia física sacada de la tierra. El hombre, destinado a renacer finalmente dentro de la misma Familia Dios,

fue creado con una mente similar a la divina, con habilidad de pensar y razonar, de optar y de tomar resoluciones, capaz de asumir actitudes espirituales y éticas.

El propósito de Dios al crear al hombre fue reproducirse a sí mismo, para que tenga un carácter espiritual tan perfecto como sólo el mismo Dios posee — quien ha determinado no pecar y por lo tanto no pecará (1 Juan 3:9).

Un carácter espiritual y sagrado tan perfecto no podía ser creado por mandato. Ese carácter tiene que desarrollarse, y éste es un proceso que requiere tiempo y experiencia.

Ese carácter es la capacidad, concentrada en un solo ente, de llegar a distinguir los verdaderos valores de los falsos, diferenciando el bien del mal, para rechazar éste y escoger aquél y, con el poder de la voluntad, obrar el bien y desechar el mal.

Los animales están equipados con cerebro e instintos. Pero no tienen la facultad de comprender los valores espirituales y morales para escoger entre ellos, ni para desarrollar un carácter espiritual perfecto. Los animales poseen cerebro, pero no intelecto. Poseen instinto, pero ninguna capacidad para desarrollar un carácter sagrado y divino.

Y es esto lo que refleja la diferencia trascendental entre el cerebro animal y la mente humana.

Pero, ¿cuáles son las causas de una diferencia tan vasta?

No hay casi diferencia alguna entre el diseño, la forma y la construcción de los cerebros animal y humano. Los cerebros de los elefantes, ballenas y delfines tienen mayor tamaño que el del hombre, y el del chimpancé es apenas un poco más reducido. Cualitativamente el cerebro humano puede ser ligeramente superior al de los animales mencionados, pero no en medida suficiente para justificar o explicar remotamente la enorme diferencia en el rendimiento de ambos. ¿Cómo se puede entonces explicar satisfactoriamente esa vasta diferencia? La ciencia no puede darnos una respuesta adecuada. Un científico, al escribir su tesis doctoral en el campo de las investigaciones cerebrales, llega a la conclusión de que necesariamente debe haber algún componente no físico en el cerebro del hombre, componente que brilla por su ausencia en el cerebro animal. No obstante, los hombres de ciencia, en su mayoría, se niegan a admitir la posibilidad de la existencia de lo no físico.

¿Qué otra explicación puede haber? Fuera de la ligerísima diferencia cualitativa entre los dos cerebros, la ciencia se queda sin respuesta que ofrecernos, debido a su tozudez en no querer admitir la posibilidad de que lo espiritual exista.

Cuando el hombre se niega a aceptar la existencia misma de su propio Creador, lo que hace es cerrar su mente a una infinidad de conocimiento básico verdadero, de hechos y de comprensión. Cuando el científico rechaza la verdad del conocimiento revelado y sustituye la fábula en su lugar, se convierte en el más ignorante de todos los hombres, aunque se crea sabio.

Cuando el hombre, en nombre de la ciencia, niega a su Hacedor, cierra su mente a la comprensión de lo que él es, de por qué está aquí, y no puede entender adónde va ni cuál es el camino verdadero. ¡Con razón este mundo está plagado de males! ¡Tiene que haber una causa para cada efecto!

Pero cuando nuestras mentes se abren al conocimiento de nuestro Dios y de sus propósitos, entonces encontramos un acceso glorioso a la dimensión perdida del conocimiento humano: el concepto de que Dios es la Familia Divina, de que ese Dios está reproduciéndose a sí mismo (sirviéndose de la materia en ese proceso) y de que Él abre nuestro entendimiento a inmensos panoramas de nuevos conocimientos.

Reflexionemos sobre todo esto. Dios está compuesto de espíritu. Dios es Creador, Diseñador, Gobernante y Educador. Es dueño de una mente suprema. Él es el carácter perfecto, sagrado y justo.

Pero Dios está sirviéndose de la sustancia material ofrecida por la tierra física para reproducirse a sí mismo. De esa tierra física, Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (configuración y forma).

Ahora bien, si el hombre está llamado a convertirse en Dios — mediante ese proceso por el cual Dios se reproduce a sí mismo — entonces el carácter que va a desarrollarse en nosotros debe emanar de Dios, y la vida espiritual de que vamos a gozar también debe proceder de Dios.

En otras palabras, Dios debe tender un puente entre la materia (de la cual el hombre ahora está enteramente compuesto) y el espíritu (del cual está hecho Dios, y estará hecho el hombre en un futuro).

La materia no es espíritu, ni puede ser transformada en espíritu. ¿Cómo es entonces que puede Dios convertir al hombre, material y mortal, en un Dios inmortal compuesto de espíritu?

El hombre está enteramente compuesto de materia. Veamos estas palabras bíblicas: «Entonces el Eterno Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente»

(Génesis 2:7). El hombre fue hecho del polvo de la tierra, y del aire recibe su vida temporal humana — del aire que aspira y expela por la nariz. Su vida está en la sangre (Génesis 9:4, 6), la cual es oxidada por el aire que respira, como le ocurre a la gasolina en el carburador de un automóvil. El aliento, por consiguiente, es «aliento de vida,» aun cuando la vida esté en la sangre.

Fíjese cuidadosamente en que el hombre hecho enteramente de materia, se convirtió en un ser viviente tan pronto que recibió aire para su vida temporal física. La Escritura no nos dice inmortal. El hombre no tiene un alma inmortal. El es un ser vivo, animado, tan pronto que la vida física entra en él.

La palabra hebrea para «alma» es nefesh. En Génesis 1:20-24 a los animales se les llama nefesh tres veces y también ha sido traducida como «ser viviente». Los animales tienen el mismo tipo de existencia temporal físico—química que tiene el hombre, y aquéllos y éste sufren la misma clase de muerte (Eclesiastés 3: 19-20).

«El alma que pecare, esa morirá» (Ezequiel 18:4), dice el Eterno. Y lo mismo se repite en el versículo 20 del mismo capítulo. Adán era un alma, y Dios le dijo, refiriéndose al árbol de la ciencia del bien y del mal:«... por que el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Génesis 2:17). Pero Satanás les dijo a Adán y Eva que Dios mentía, y ellos prefirieron creer a Satanás, como casi toda la humanidad ha venido haciendo desde entonces hasta la fecha.

¡Tratemos de entender! El hombre es carne y sangre. Está enteramente compuesto de materia. Y esa materia viviente es un alma viviente.

El alma está compuesta de materia física, no de espíritu. Ya he explicado que el cerebro humano es casi igual al cerebro animal. Pero el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, con el fin de que tenga una especial relación con Él y el potencial de llegar a nacer dentro de la Familia de Dios. Y Dios es Espíritu (Juan 4:24).

Para poder tender el puente — para hacer posible la transición del hombre, compuesto enteramente de materia, a un ser espiritual (compuesto integralmente de espíritu) en el Reino de Dios, y al propio tiempo, para dar al hombre una mente similar a la de Dios — Dios puso un espíritu en cada ser humano.

En Job 32:8 leemos: «Ciertamente espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda».

Esta es una gran verdad, entendida por muy pocos.

A este espíritu yo le llamo el espíritu humano, porque está en cada ser humano, aunque se trata de sustancia espiritual y no de materia. Este espíritu no es el hombre, sino algo espiritual en él. No es tampoco una persona o ser compuesto de espíritu. Y no es un alma — el ser humano físico en sí es el alma. El espíritu humano imparte el poder del intelecto al cerebro humano. El espíritu humano no es lo que suministra vida humana. La vida humana está en la sangre física, oxidada por el aire, por el aliento de vida.

Ese espíritu humano es el componente no físico que está en el cerebro del hombre, pero no en el de los animales. Es el ingrediente que hace posible la transición de lo humano a lo divino, sin transformar la materia en espíritu, al llegar el tiempo de la resurrección. Esto le explicaré más adelante.

Primero, conviene aclarar unos cuantos puntos esenciales respecto a este espíritu en el hombre. Es sustancia espiritual, al igual que el aire y el agua lo son en el mundo de la materia. Este espíritu humano no puede ver. Es el cerebro físico el que ve, a través de los ojos. El espíritu humano tampoco puede oír puesto que es el cerebro el que oye a través de los oídos. Este espíritu humano no puede pensar. Es el cerebro el que piensa, aunque el espíritu es el que le imparte la facultad de hacerlo, lo que no ocurre en el caso de los animales.

Un texto bíblico — paradójicamente el mismo al cual suelen recurrir los «creyentes» que quieren probar la existencia de un alma inmortal — explica este punto. En el capítulo 2 de la Primera Epístola a los Corintios, vemos cómo Pablo está explicándoles que él no ha ido a ellos usando un lenguaje difícil de entender, como muchos otros hacen para exaltar su vanidad. Pablo les dice que él ha ido a ellos, en espíritu de humildad, con un lenguaje simple, claro, corriente. Y sin embargo, ningún miembro de la elite de este mundo — los príncipes, los gobernantes, los sabios — fue capaz de entender.

¿Por qué no pudieron entender los más sabios? Porque Pablo estaba predicando el mensaje de Cristo, el mensaje del Reino de Dios. Y esto es conocimiento espiritual, es decir, el tipo de conocimiento que no puede ser visto con el ojo físico ni escuchado con el oído físico. El conocimiento espiritual no puede penetrar en la mente humana por medios naturales, pues el espíritu no puede ser visto, oído, palpado, gustado ni olfateado.

Entonces Pablo explica que, siendo así las cosas, ningún hombre podría tener el conocimiento que posee, a no ser por «el espíritu del hombre que está en él» (versículo 11). El animal tiene un cerebro casi idéntico al del

hombre. El de algunas especies animales inclusive es mayor. Pero el cerebro irracional de los animales no puede saber ni comprender lo que el hombre sabe. Pero tampoco podría el hombre entender sin el espíritu humano que está en él. En otras palabras, este espíritu es el que imparte el poder del intelecto al cerebro humano.

Sin embargo, esta mente humana está limitada al conocimiento de lo físico. No puede saber ni comprender las cosas espirituales acerca de Dios. ¿Por qué? Porque hasta la mente humana sólo puede poseer el conocimiento que le llega por medio de los sentidos físicos. El animal irracional puede ver, oír, olfatear, gustar y palpar, pero no puede utilizar lo que entra en su cerebro para pensar y usar conocimiento.

Pero prosigamos con 1 Corintios 2:11: «Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios». Es decir, ningún ser humano puede conocer o comprender las cosas de Dios, excepto por la intervención de otro espíritu: el Espíritu Santo de Dios.

En otras palabras, todos los hombres, desde que nacen, tienen un espíritu, llamado «espíritu del hombre», que está en ellos. Note bien que este espíritu no es el hombre, sino algo que está en el hombre. Un hombre, por ejemplo, podría tragarse una canica, y ésta sería entonces algo que está en el hombre, pero que no es el hombre ni parte alguna de él. El hombre fue hecho mortal, del polvo de la tierra. Este espíritu humano tampoco es el alma. Es algo que está en el alma, la cual, a su vez, es el hombre físico.

Continuando con el versículo 14: «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente».

Así, desde el nacimiento, Dios nos da a cada uno de nosotros un espíritu, al que yo llamo, por falta de un término mejor, «espíritu humano». Ese espíritu nos da un poder mental que no encontramos en el cerebro animal. Sin embargo, ese poder mental está limitado al conocimiento del universo físico. ¿Por qué? Porque el conocimiento penetra en la mente humana solamente a través de los sentidos físicos.

Pero notemos que Dios no había completado la creación del hombre al tiempo de crear a Adán y Eva. La creación física sí fue completada. Adán y Eva tuvieron este «espíritu humano».

Pero debemos pasar ahora a la creación espiritual. Y ésta requiere un segundo espíritu en el hombre: el Espíritu Santo de Dios.

«Entonces el Eterno Dios formó al hombre del polvo de la tierra . . . Y el Eterno Dios plantó un huerto en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. Y el Eterno Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal» (Génesis 2:7-9).

En un sentido real y literal, Adán todavía no estaba «completo». El espíritu del hombre ya estaba en él, pero no el Espíritu de Dios. Dios le ofreció el fruto del árbol de la vida, que simbolizaba al Espíritu Santo de Dios. Comer del fruto de este árbol hubiera producido dos consecuencias: (1) abrir la mente de Adán para comprender el conocimiento espiritual, y (2) impartirle a Adán el don del Espíritu Santo de Dios, conduciéndole así a la vida eterna. Pero cuando Dios le explicó su Reino a Adán, éste no le creyó. Desobedeció a Dios y pecó. ¿Qué ocurrió entonces?

«Y dijo el Eterno Dios . . . ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó el Eterno del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto del Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida» (Génesis 3:22-24).

¡No permita, lector, que esto se le escape!

¡No se olvide del gran propósito de Dios! Por medio del hombre, compuesto de sustancia material, Dios está reproduciéndose a sí mismo para agregar otros seres a su Familia — seres santos, justos y libres de pecado. Pero Dios está compuesto de espíritu. ¿Cómo es que Dios tiende el puente entre el hombre mortal y físico, y la Divinidad inmortal, compuesta de espíritu?

El primer ser humano no escogió correctamente y, al recaer, rechazó el gobierno de Dios. Dios le había expulsado del huerto del Edén, y había tomado medidas para impedir su posible retorno al árbol de la vida. Dios, por supuesto, había previsto la posibilidad de que todo esto sucediera. Sin embargo, su propósito divino tenía que cumplirse. ¿Cómo lo mantendría firme?

Hizo falta entonces el «segundo Adán»: Jesucristo. Él se había ofrecido a sí mismo desde antes de que el mundo existiera. Pero Cristo no habría de venir, como un ser humano con el propósito de ser inmolado, hasta cuatro mil años más tarde.

Dios había señalado un período de siete mil años para enseñar a la humanidad la lección rechazada por Adán, para que se diera cuenta del sufrimiento y la angustia que se acarrean al vivir contra la ley de Dios. De

esos siete milenios, los primeros seis fueron apartados para que los hombres alejados de Dios (con unas pocas excepciones) siguieran sus propios caminos.

Durante esos seis milenios, Satanás estaría sobre la Tierra. Después comenzaría un milenio durante el cual Cristo reinaría, habiendo ya calificado para la misión de restaurar el Reino de Dios sobre la Tierra. Satanás quedaría entonces, en ese séptimo milenio, totalmente restringido. Durante este último milenio, el Reino de Dios — la Familia reinante de Dios — sería establecido en la Tierra.

Mientras tanto, durante los primeros seis mil años, a unos pocos se les daría la oportunidad de entrar en la creación espiritual, la que comienza con el engendramiento del segundo espíritu, es decir, con el don del Espíritu Santo de Dios. Fuera de estos relativamente pocos escogidos, Dios adoptaría una política de «no intervención» en cuanto a los asuntos de la raza humana. Abel, el segundo hijo de Adán, aparentemente siguió el camino de Dios, pues el propio Dios le llamó «justo». «Caminó Enoc con Dios». Noé encontró favor ante Dios, pero todo esto parece haber ocurrido durante los primeros 1900 años, poco más o menos.

Después del diluvio, Abraham, Isaac, Israel y José vivieron conforme a las normas divinas. Entonces Dios escogió y formó a la nación de Israel, pero a los israelitas no les ofreció la salvación espiritual ni la vida eterna, sino sólo bendiciones materiales y nacionales. Dios escogió y se sirvió de unos pocos profetas. Finalmente, Cristo vino e hizo posible para todos la salvación espiritual. Sin embargo, durante los siguientes dos mil años, sólo unos pocos, desde la primera época de nuestra era, han sido llamados a la salvación espiritual.

La reproducción humana: tipo de la reproducción divina

Pocos se dan cuenta de que la reproducción humana tiene una significación sagrada en el plano divino, no aplicable a ningún otro tipo de vida.

La reproducción humana retrata la salvación espiritual que realmente consiste en Dios Padre reproduciéndose a sí mismo dentro de la Familia Dios.

¡Veamos ahora la asombrosa comparación!

El hombre — recordémoslo — está compuesto enteramente de materia, extraída de la tierra (Génesis 2:7 y 3:19). Pero, ¿cómo puede Dios, al reproducirse a sí mismo, tender el puente necesario para convertir al hombre, enteramente físico, en un miembro de la Familia Dios, totalmente compuesto de espíritu?

El proceso comienza con un espíritu (una porción de esencia espiritual) en el hombre enteramente físico. Recordemos que este espíritu no es el hombre. Es sólo algo que está en el hombre. Recordemos también que este espíritu no puede ver, oír o pensar. El hombre sí ve, oye y piensa por medio de su cerebro físico y de sus sentidos corporales. El espíritu en el hombre imparte el poder del intelecto físico al cerebro físico, formándose así la mente humana.

El espíritu actúa, entre otras cosas, como una computadora, agregándole al cerebro sus facultades síquicas e intelectuales. El conocimiento recibido en el cerebro, a través de los sentidos corporales, es inmediatamente «programado» dentro de la computadora espiritual. Toda la memoria es almacenada en ésta. La computadora da al cerebro la memoria instantánea de cualquier porción de los millones de piezas y fracciones de conocimiento que pueden hacer falta en el proceso del razonamiento. Esto equivale a decir que la memoria está grabada en el espíritu humano, esté o no también grabada en la «materia gris» del cerebro.

El espíritu humano también le da al hombre facultades morales y espirituales que los animales no poseen.

Dios había hecho el necesario segundo espíritu — el Espíritu Santo — accesible o disponible a Adán. Pero al rebelarse éste y comer del fruto prohibido, Dios había expulsado a Adán de su primera morada y había clausurado todo acceso al árbol de la vida — simbólico de su Espíritu Santo.

Sin embargo, por la mediación de Cristo, una humanidad arrepentida todavía puede recibir el don de Dios — que es su Espíritu Santo. Cristo dijo a Nicodemo: «El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios».

Por supuesto, Nicodemo no podía entender plenamente aquellas palabras. Casi nadie en la actualidad las entiende. «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es», explicó Cristo (Juan 3:6). El hombre vino de la tierra. El hombre es carne. Jesús no estaba hablando acerca de otro nacimiento físico, sino de un nacimiento espiritual, tras el cual el hombre será espíritu. No estará más compuesto de materia, sino integralmente de espíritu. ¡Sí, en sentido literal! Entonces habrá nacido de Dios. Dios es Espíritu (Juan 4:24).

Para ser humano, cada uno de nosotros tuvo que ser engendrado por un padre humano. De modo similar, para nacer de nuevo — del Espíritu que es de Dios Padre — uno tiene que ser engendrado por el Padre espiritual — Dios.

Esto se explica en Romanos 8:16-17: «El Espíritu mismo [de Dios] da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos [aun no herederos o poseedores]; herederos de Dios y coherederos con Cristo . . .»

Y el Espíritu Santo de Dios, ahora combinado con nuestro espíritu humano en la mente humana, logra estas dos cosas: (1) engendra al ser humano con vida eterna divina, quien más tarde nacerá dentro de la Familia Dios como un ser divino, que estará entonces enteramente compuesto de espíritu, y (2) le imparte a la mente humana la facultad de comprender los conocimientos espirituales, es decir, de entender las cosas de Dios (1 Corintios 2:11).

El Espíritu Santo de Dios también imparte el amor, la fe, y el poder divino tan necesario para vencer a Satanás y el pecado. Este cristiano espiritualmente engendrado ahora tiene, condicionalmente, la presencia de la vida eterna — vida de Dios — dentro de él, pero todavía no es un ser espiritual inmortal. Todavía no está totalmente compuesto de espíritu.

Es ahora heredero de Dios, como un hijo lo es de un padre rico, pero todavía no ha nacido de nuevo. Aún no es un sucesor que haya tomado ya posesión de su herencia. Pero si su Espíritu Santo mora en nosotros, Dios vivificará a la inmortalidad nuestros cuerpos mortales, cuando Cristo regrese a la Tierra como Rey de reyes (Romanos 8:11; 1 Corintios 15:49-53).

Veamos a continuación cómo continúa desenvolviéndose esta sorprendente analogía:

Al igual que en el proceso de la reproducción humana el embrión, que luego se convertirá en feto, no ha nacido aún, pero está siendo nutrido en el seno materno, así el cristiano engendrado tampoco ha nacido todavía dentro de la Familia Dios. La vida divina ha sido meramente engendrada.

Satanás ha logrado engañar a la mayor parte de la cristiandad, haciendo que sus miembros crean que ya han nacido de nuevo sólo por haber aceptado a Cristo.

Pero al igual que ocurre con la reproducción humana, en la cual las características humanas de configuración y forma, el cuerpo y el cerebro humanos, gradualmente van formándose durante el período de la gestación, así comienza el carácter justo y sagrado de Dios a formarse y a crecer en el verdadero cristiano. En muchos ese carácter puede ir desarrollándose tan lentamente que, en los primeros momentos, apenas se advierte su presencia, excepto en algunos que tendrán la experiencia del éxtasis del «idilio» espiritual, que puede irradiar en ese «primer amor» o conversión espiritual. Pero, en lo que concierne a nuestro crecimiento en sabiduría espiritual (2 Pedro 3:18) y en carácter espiritual, todavía queda mucho por aprender y desarrollar.

Cuando el hombre está recién converso, es un «embrión» espiritual. Necesita ser nutrido con alimento espiritual. Jesús dijo que el hombre no debe vivir sólo de pan (alimento físico), sino también de toda la Palabra de Dios. La Biblia es la Palabra escrita de Dios, al igual que Cristo es la Palabra — el Verbo — personal de Dios. Y el crecimiento del que hablamos es el desarrollo del carácter, que requiere tiempo y que se alcanza principalmente a través de la experiencia.

Por encima de todo, ese crecimiento requiere el constante estudio de la Biblia, para presentarse a Dios aprobado, y también oración fervorosa e incesante. Cuando usted estudia la Biblia, Dios le está hablando. Cuando usted ora, es usted quien está hablándole a Dios. Y es de esta manera que usted realmente llega a conocer a Dios, al igual que, a través de la conversación, llega a conocer mejor a las personas.

Sin embargo, gran parte de este desarrollo espiritual se logra mediante el compañerismo cristiano con otros seres humanos, espiritualmente engendrados, dentro de la Iglesia de Dios.

Más aún: al igual que el embrión y el feto humanos reciben alimento físico por medio de la madre, la Iglesia de Dios es la madre espiritual de sus miembros. La Iglesia de Dios es llamada en la Biblia «la Jerusalén de arriba, madre de todos nosotros» (Gálatas 4:26).

Fíjese en el paralelismo exacto. Dios ha escogido y llamado a los ministros en su Iglesia para que alimenten al rebaño, «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:12-13).

Es el deber de los verdaderos ministros de Cristo (¡y cuán pocos hay en la actualidad!) proteger a los santos ya engendrados pero no nacidos aún, contra las falsas doctrinas y los falsos ministros.

La reproducción humana es una maravillosa representación de la manera en que Dios está reproduciéndose a sí mismo.

Recordemos también que Dios quiso que la reproducción humana fuera una cuestión de familia. Ese proceso añade niños humanos a la familia humana. La familia humana es un tipo exacto de la Familia de Dios. Dios no ha dado el matrimonio y la vida familiar a ninguna otra forma de vida, sino sólo a los seres humanos, cuyo potencial es formar parte de la Familia de Dios.

Pero examinemos las cosas un poco más. Al igual que el feto humano debe crecer físicamente hasta ser lo suficientemente grande como para nacer, del mismo modo los cristianos engendrados deben crecer espiritualmente en la gracia y en el conocimiento de Cristo (2 Pedro 3:18), y deben superar y desarrollar el carácter espiritual, durante esta vida, para luego poder nacer dentro del Reino de Dios.

Esto es muy bien explicado en la parábola de las minas y en la de los talentos.

En la de las minas (Lucas 19:11-27), Jesús se nos presenta a sí mismo como un noble que debe viajar a un país lejano (al cielo) para recibir un reino, y luego retornar. Antes de partir llamó a sus diez siervos, y a cada uno de ellos le dio una mina. Mientras el amo se encontraba ausente, uno de los siervos negoció con su mina y ganó otras diez, y a éste se le dio el gobierno de diez ciudades en el Reino de Dios.

Otro ganó sólo cinco minas, la mitad que el anterior, y éste recibió el gobierno de otras cinco ciudades. Al tercero, que no ganó nada, nada se le dio. Nótese que todos los siervos habían comenzado en condiciones iguales.

En la parábola de los talentos (Mateo 25:14-30), tenemos el caso de tres siervos. Uno recibió cinco talentos; el segundo, dos, y el tercero, uno. Al volver Cristo, el que recibió cinco talentos había ganado otros cinco (ganancia que simboliza el crecimiento espiritual y el vencimiento en esta vida), y fue alabado como buen y fiel siervo, otorgándosele responsabilidades en el Reino de Dios. El que había recibido dos talentos — en proporción a su capacidad ganó otros dos, y también recibió su recompensa. Pero el que había recibido un solo talento no hizo nada con él. En otras palabras, en su vida cristiana aquí en la Tierra, no hizo nada para vencer y crecer, por desarrollar espiritualmente su carácter. Las minas o los talentos en estas dos parábolas representan las arras del Espíritu Santo de Dios que se le otorga al recién converso. Pero a medida que el individuo engendrado por el Espíritu Santo obedece aquello que ese Espíritu le ayuda a comprender — al abrirle el entendimiento — empezará a crecer en conocimiento espiritual y a vencer los obstáculos, lo que resultará en que el Espíritu Santo en él crezca. Pero con Jesús fue distinto, ya que a Él no le fue dado el Espíritu Santo por medida (Juan 3:34). Las parábolas enseñan que aquellos que, por haber recibido a Cristo, piensan que ya han «nacido de nuevo» y creen que no tienen que hacer algo por vencer y crecer espiritualmente, o por desarrollar carácter espiritual. Ese siervo representa a los que consideran que ya están salvos, a los que no creen que las «obras» son necesarias para la salvación. Estos no se dan cuenta de que, si bien la salvación es un don gratuito, somos recompensados de acuerdo con nuestras obras. Quienes así actúan, al no hacer nada, no sólo pierden la recompensa, sino también el don gratuito de la vida eterna.

«Siervo malo y negligente . . . Quitadle, pues, el talento . . . y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mateo 25:26, 28, 30); ésta es la forma en que Cristo reacciona frente a quienes así proceden.

A muchos seres humanos se les ha engañado con la idea de una falsa salvación.

Y para concluir el paralelo: al igual que el feto físico gradualmente va desarrollando rasgos físicos, órganos y características, uno por uno, también los cristianos engendrados deben desarrollarse en cuanto a su carácter espiritual a lo largo de toda la vida, perfeccionando los rasgos de amor, fe, conocimiento de las cosas espirituales, paciencia, gentileza, bondad y templanza. Ese cristiano debe ser un hacedor de la Palabra de Dios. El feto que no crece morirá y nunca nacerá.

Tendiendo el puente

Veamos, por último, cómo Dios planeó tender el puente que hay entre la composición física y la espiritual, para reproducirse a sí mismo mediante seres humanos, que proceden de la tierra física.

Primero, puso en el hombre físico un espíritu «humano». No es, sin embargo, este espíritu humano el que toma las decisiones, el que se arrepiente del mal o el que fortalece el carácter. Como ya he señalado antes, este espíritu humano no imparte vida, no puede ver, oír, pensar ni sentir. Su función es proporcionarle al hombre

la facultad física, por medio de su cerebro, para que pueda hacer todas estas cosas. Pero este espíritu humano sí registra todos nuestros pensamientos, todo conocimiento recibido a través de los sentidos corporales.

El hombre humano está hecho literalmente de barro. Dios es como el alfarero maestro que da forma, con el barro, a distintos recipientes. Si el barro es demasiado duro o rígido, no adquirirá la forma que el alfarero desea darle. Si es demasiado blando y está muy húmedo, le faltará firmeza para conservar la forma en los puntos donde el alfarero lo flexiona.

Isaías nos dice: «Eterno, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros» (64:8).

Sin embargo, Dios nos ha dado a cada uno de nosotros una mente propia. Si uno rechaza a Dios y a sus caminos, Dios no puede tomar a esa persona e inculcar en ella un carácter divino. El barro humano debe ser dúctil, presto a ceder. Si el ser humano se vuelve rígido y se resiste, se asemejará al barro seco y duro con el cual nada puede hacer el alfarero. Y si el hombre carece de voluntad, propósito y determinación, entonces no conservará la forma que Dios quiere impartirle. Si el hombre es débil, indeciso y no posee un carácter bien desarrollado, entonces nunca soportará las pruebas hasta el final, y perderá la lucha.

Nosotros somos, en verdad, la obra de las manos de Dios. Pero a nosotros también nos toca hacer nuestra parte en el curso de nuestro desarrollo espiritual. Si somos perezosos y negligentes en estudio de la Biblia y en la oración, o si permitimos que otros intereses materiales se vuelvan más importantes que nuestra salvación, también seremos perdedores.

Pero si tenemos la fuerza de carácter necesaria para ceder a los deseos de Dios — si nos ponemos en sus manos —, entonces Él nos llenará de su Espíritu, y por su justicia — su carácter — abrirá nuestras mentes a su conocimiento espiritual. Pero es necesario que lo queramos así, y que trabajemos para que todo ello se realice. Tenemos que poner esto antes que cualquiera otra cosa.

Tiene que ser la justicia de Dios, ya que la nuestra le es como trapo de inmundicia. Dios nos inculcará con su conocimiento, su justicia y su carácter, pero es necesario que así lo deseemos y que así lo procuremos con diligencia.

Mientras más recibamos del carácter divino, mediante el Espíritu Santo de Dios, más y más estará Dios reproduciéndose a sí mismo en nosotros.

Por último, en la resurrección, seremos como Dios. Estaremos en un estado en el cual no podremos pecar, porque así lo habremos decidido nosotros mismos, porque nos habremos alejado del pecado, y habremos luchado denodadamente contra éste, hasta vencerlo.

¡Entonces el propósito de Dios se habrá cumplido!

¿Por qué estamos hechos de sustancia material?

Vamos a detenernos de nuevo para pensar y reflexionar.

¿Por qué quiso Dios hacer al hombre de sustancia física, en vez de hacerlo de sustancia espiritual, como había hecho a los ángeles?

¡Recordemos que el propósito de Dios es reproducirse a mismo! Sus hijos divinos han de ser engendrados por Él, y luego nacidos dentro de su Familia Dios. Cristo, nuestro pionero, fue engendrado por el Padre, en una manera en la cual ningún otro hombre lo ha sido, cuando fue concebido por el Espíritu Santo en la virgen María. Así Él fue el hijo engendrado por Dios, el Hijo de Dios (el Unigénito, en este sentido). Y Cristo es ya el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:29), nacido Hijo de Dios por una resurrección de entre los muertos (Romanos 1:4), como bien puede ocurrirnos a nosotros en un futuro.

Para destacar la preeminencia que sobre los ángeles tiene Cristo, preeminencia que es también potencial nuestro, recordemos que somos coherederos con Cristo, y de éste dice Dios que fue «hecho tanto superior a los ángeles . . . [y] heredó más excelente nombre que ellos. Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy . . .?» (Hebreos 1:4-5).

En el libro de Job, en los capítulos 1, 2 y 7, hay referencia los ángeles como a hijos de Dios, pero sólo como hijos «creados» Dios nunca llamó a los ángeles hijos engendrados. Pero cuando nosotros los humanos recibimos el Espíritu Santo de Dios, entonces nos convertimos en sus hijos engendrados y en sus herederos, para recibir su nombre por herencia, al igual que los hijos de cualquier padre reciben el nombre de éste.

Cuando lleguemos a nacer de Dios, seremos espíritu. ¿Por qué, pues, quiso Dios formarnos de sustancia material, extraída del barro?

Ya he dado una respuesta parcial a esta pregunta. Los ángeles, siendo espirituales, son inmortales. Los que pecaron deberán soportar su castigo para siempre, y ese castigo no es la muerte. Su castigo es la pérdida de la gloriosa oportunidad que Dios les dio de cumplir su propósito divino aquí en la Tierra. Su castigo es tener que vivir para siempre en el resentimiento, la amargura, la actitud de rebelión, la desesperación y la frustración, al saber que sus propios pecados les acarrearán esta pena. Una vez que los ángeles pervirtieron sus propias mentes, no era posible que recuperaran el equilibrio y la armonía. La felicidad y la alegría los han abandonado para siempre.

El hombre, por el contrario, si peca y rehusa arrepentirse, morirá la segunda muerte, pereciendo sin remedio (Juan 3:16), y será como si nunca hubiese existido (Abdías 16). Esto refleja la misericordia de Dios.

Lo físico cambia, la espiritual es inalterable

Pero hay otra razón de capital importancia. Tal y como expresó el filósofo humanista Elbert Hubbard, «Nada es permanente, sino el cambio». La materia no se queda como es, inalterable permanentemente, sino que continúa cambiando. Quizá pensemos que la piedra y el hierro son inalterables. Sin embargo, vemos cómo, después de unos cuantos miles de años, las piedras gigantescas de las murallas de Jerusalén ya no son nuevas y revelan su edad. Todo lo que ahora vemos sobre la Tierra cambiará con el transcurso del tiempo.

El espíritu, en cambio, es inalterable, con excepción del poder mental que Dios puso en los seres angélicos, con las facultades de pensamiento, razonamiento, decisión, opción y voluntad. Pero la sustancia espiritual, excepción hecha del poder mental de Dios o le los seres espirituales, es inalterable. Una vez que Satanás y sus demonios hicieron su decisión errónea, siendo compuestos de espíritu, no les era posible cambiar.

Al reproducirse a sí mismo, Dios exige el desarrollo de un carácter justo. Y esto, a su vez, exige cambio. Si Dios nos hubiera hecho de espíritu, el espíritu no podría cambiar. Por otra parte, el hombre, hecho de materia, está sujeto a cambio. El hombre, si es llamado por Dios, puede darse cuenta de que ha pecado, y puede arrepentirse, dejar su vida pecaminosa y buscar el camino de Dios. Y una vez que lo haya hecho, puede dirigirse por un nuevo camino, con la ayuda divina. Puede crecer en conocimiento espiritual, desarrollar carácter, vencer sus hábitos, sus debilidades y faltas. Y todo esto es hecho por el hombre mediante el cerebro físico.

El espíritu humano en el hombre capacita al cerebro con intelecto físico, y el Espíritu de Dios, unido con el espíritu humano, proporciona al cerebro la comprensión espiritual. Estos espíritus registran el conocimiento y el carácter, y los preservan, al igual que la apariencia y la configuración física. Estos espíritus no desarrollan el carácter justo, pero Dios, por medio del Espíritu Santo, nos da su fe, su justicia, siempre y cuando nosotros fervorosamente las deseemos. Pero, una vez que el carácter ya se ha desarrollado en el hombre físico, ¿Cómo puede Dios tender el puente para convertir al hombre en espíritu?

El molde espiritual

Le he demostrado que las Escrituras representan al hombre como barro — cosa que literalmente es — y a Dios como su alfarero. Pero también podríamos llamar a Dios nuestro Escultor, ya que, con nuestra obediencia y decidida voluntad, somos la obra de sus manos, en lo que concierne al desarrollo espiritual del carácter. Como dijo Job: «Si el hombre muriere ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi liberación [cambio]. Entonces llamarás, y yo te responderé [en la resurrección]; tendrás afecto a la hechura de tus manos» (Job 14:14-15).

Esto nos conduce al tema de la muerte del hombre físico y resurrección, a la que Job llamó «liberación» o cambio, en el Reino de Dios.

Es oportuno recordar ahora el versículo de Isaías a que nos referimos antes: «Ahora pues, Eterno, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros» (Isaías 64:8).

Dios no podía configurarnos, cambiarnos y desarrollar en nosotros su carácter, si hubiéramos estado hechos de espíritu. «¿Dirá el barro al que lo labra: ¿Qué haces?; o tu obra: No tiene manos?» (Isaías 45:9).

Otro pasaje bíblico, a menudo mal interpretado y aplicado, es éste: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras . . . » (Efesios 2:8-9). Nosotros no ganamos la salvación por las buenas obras. Pero cuando la recibimos como un don de Dios, el grado de

recompensa nos será otorgado conforme a nuestras obras (Mateo 16:27). Esas obras son las que realizamos al vivir según las normas divinas, las cuales hacen posible que desarrollemos el carácter de Dios.

Pero leamos el resto del pasaje que transcribimos primero, el cual casi siempre es omitido, de propósito, por los que confunden a los hombres con relación a este punto: «no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:9-10).

He tratado de señalar que a nosotros nos toca hacer contacto con Dios, y también he señalado que Él es nuestro alfarero — o escultor — que diseña, modela y configura nuestra vida y carácter justo en la imagen de su carácter, a medida que nosotros así lo deseamos y nos sujetamos a su voluntad.

El carácter divino en nosotros — ya lo he dicho antes — no puede ser creado por un mandato instantáneo. Ese carácter debe ser gradualmente desarrollado. Debemos desearlo y buscarlo. Es preciso que nos rindamos a la voluntad de Dios. Ahora bien, ese carácter procede de Dios. Por consiguiente, si nos mantenemos en estrecho contacto diario con nuestro Creador, por medio de su espíritu y de nuestro espíritu — porque hemos de recordar que «el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Romanos 8:16) —, entonces Dios moldeará y configurará nuestro carácter. Si Dios nos hubiera hecho de espíritu, esto no podría llevarse a cabo.

Ahora bien, como señaló Job, nosotros morimos. La nueva vida viene por medio de la resurrección. Cuando morimos, todo conocimiento cesa. El cerebro físico cae en un estado inconsciente y se descompone.

¿Con qué cuerpo resucitaremos? Esta pregunta tiene su respuesta en 1 Corintios 15:35-38: «Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? . . . Y lo que siembras [sepulturas en la tierra] no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano, pero Dios le da el cuerpo como él quiso . . .»

El cuerpo que muere no es el mismo cuerpo que tendremos en la resurrección.

Y ahora llegamos a algo muy importante con respecto al espíritu en el hombre, al que yo llamo el «espíritu humano». Este no imparte vida humana, ni ve, ni oye, ni piensa. El hombre humano es el que hace sus decisiones, y es en el hombre físico que el carácter debe desarrollarse y fortalecerse. Es el barro humano, que Dios configuró a su imagen. El espíritu en el hombre registra lo que el cerebro llega a conocer, inclusive la actitud, las facetas del carácter, no sólo del cerebro humano, sino también del cuerpo entero. Hasta registra la marca de las huellas digitales.

Compárese ese espíritu con el molde de un escultor. El escultor tal vez desee esculpir la figura de un hombre en bronce. Pudiera usar barro para formar un modelo, o cualquier otro material. Entonces el escultor hace un molde del modelo que configuró. Este molde es una forma hueca, hecha del modelo terminado. Dentro del molde, el escultor vierte el bronce líquido derretido. Entonces el molde es eliminado, pero allí queda la figura de bronce, que es una copia exacta del modelo original.

El espíritu que hay en cada ser humano hace las funciones del molde. Preserva la memoria del hombre, su carácter, su configuración precisa.

Yo no estimo que ese espíritu humano sea un molde hueco, pero sirve el mismo propósito que el molde del escultor. Si uno ha recibido el Espíritu Santo, entonces, al llegar la resurrección, el ser resucitado estará compuesto de espíritu, no de materia, como estaba compuesto el modelo humano. Pero en la forma resucitada espiritual, súbitamente el hombre volverá a la vida. Y le parecerá que apenas ha pasado una fracción de un segundo desde el momento en que, al morir, perdió la conciencia. Su memoria estará intacta. Se verá a sí mismo con la configuración que tenía en vida. Inclusive sus huellas digitales serán las mismas.

Y el carácter que él permitió que Dios construyera dentro de él estará allí. ¡Ese hombre existirá para siempre! Y al igual que Dios Padre, él también, por su propia voluntad, se encontrará en una situación en la que no podrá pecar (1 Juan 3:9).

El cuerpo de la resurrección no será el mismo cuerpo de carne y sangre que tenemos en esta vida humana. Dios no convierte en espíritu la carne y la sangre materiales. La carne y la sangre físicas, después de la muerte, se descomponen y corrompen, pero el espíritu que estaba en el cuerpo, como el molde del escultor, preserva intactos la forma, la memoria y el carácter.

Ahora fíjese en lo que ocurre cuando alguien muere: «Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio» (Eclesiastés 12:7). Después de la muerte, el cuerpo — ya sea sepultado, incinerado o tratado de alguna otra manera — retorna a la tierra, pero el espíritu que estaba en el hombre —

ahora que ha registrado en él todas las cosas: la forma del cuerpo, la identidad facial, la memoria y el carácter — retorna a Dios. Ese espíritu será preservado en forma inalterada.

Santos tales como Abraham, Moisés, David y Daniel murieron hace muchos miles de años. Deténgase, lector, y reflexione sobre esto. Dios tenía que proveer alguna manera de preservar por miles de años la forma, la apariencia, la mente y el carácter de los justos. Esos santos estaban compuestos de carne y sangre corruptibles. Y esa materia — de la que estaban íntegramente compuestos — ya hace tiempo que se ha corrompido. Sin embargo, al tiempo de la resurrección, a ellos les parecerá que sólo ha transcurrido una fracción de un segundo desde el momento en que, con la muerte, perdieron el conocimiento al morir.

Mientras permanecen muertos, esos justos no saben absolutamente nada. «Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben» (Eclesiastés 9:5).

El espíritu que retorna a Dios es el espíritu humano que estuvo en el hombre a todo lo largo de su vida. No se trata de «alma inmortal». Y ya hemos notado que el alma es mortal y corruptible.

Los que murieron con el Espíritu de Dios en ellos estarán en la primera resurrección (Apocalipsis 20:4-5). Y resucitarán mortales en un cuerpo glorioso de composición espiritual, sus rostros tan resplandecientes como el Sol.

Todos los otros, los no llamados por Dios a la salvación eterna durante sus vidas humanas, resucitarán después del reinado milenial de Cristo, en el Juicio del Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-12). Y resucitarán mortales, una vez más con cuerpos físicos compuestos de carne y sangre, al igual que antes. En este gran juicio, ellos serán llamados, y sus ojos abiertos a la verdad de Dios. Finalmente, habrá una última resurrección (Apocalipsis 20: 13-15): la de aquellos que, habiendo sido llamados por Dios durante sus vidas humanas mortales, lo rechazaron o se alejaron de Él. Estos juntamente con aquellos que rechacen a Dios durante el Juicio del Gran Trono Blanco, irán al lago de fuego (2 Pedro 3:10-11), que es la segunda muerte. Y serán cenizas bajo las plantas de los inmortales en el Reino de Dios (Malaquías 4:3) será también como si nunca hubiesen existido (Abdías 16).

Entonces, frente a los millones de inmortales redimidos, se verá el tremendo y grandioso potencial humano, cuando el Dios Creador haya colocado el universo entero bajo nuestra jurisdicción (Hebreos 2:7-8).

Pero hay mucho más por revelar. ¿Por qué ha habido tantos problemas, sufrimientos, angustias y maldades durante estos últimos 6000 años? Para cada consecuencia hay que haber un motivo.

¡Todavía hay tanto de este bosquejo de la plena verdad Dios que necesita ser revelado!

8

¿Por qué existen las perversidades en el mundo?

ES HORA YA QUE NOS DETENGAMOS a analizar las circunstancias en que nos encontramos. Vivimos en un planeta donde la extinción humana es la más grande amenaza que existe. Una sociedad atrapada en las garras de la inmoralidad, el crimen y la violencia. Una civilización abrumada con sufrimientos corporales y mentales. Un mundo frustrado al que sólo le espera un futuro de mayores complicaciones.

Pero, ¿por qué? ¿A qué se deben los derrocamientos constantes de los gobiernos? ¿Por qué han errado los gobiernos, las religiones y el sistema educativo? ¿A qué se debe que más de la mitad de los seres humanos en la Tierra sean analfabetos, pobres — muchas personas literalmente muriéndose de hambre — viviendo en la más repugnante suciedad y miseria imaginables?

Así es, ¿pero por qué? Previamente mencioné como una persona que entra en un cine cuando ya se ha exhibido más de la mitad de una película, puede sentirse confundida por no entender el argumento.

Si alguien trata de comprender el actual estado del mundo basándose solamente en los sucesos que en el presente alcanza a ver, entonces se encontrará verdaderamente confundido y perplejo.

De igual modo que una película tiene que verse desde el principio para poder comprenderse el argumento, es preciso que empecemos esta revelación de verdades desde sus más remotos comienzos prehistóricos.

Ya hemos expuesto el verdadero principio de todas las cosas — antes de la existencia del universo — cuando sólo había dos personajes supremos compuestos de espíritu — uno de ellos conocido como «el Verbo», el cual estaba con Dios. Fue «el Verbo» quien creó todas las cosas bajo la dirección de Dios.

Su primera creación fue la de los ángeles — seres espirituales individualmente creados — aparentemente muchos millones de ellos. Todos existían en un espacio materialmente vacío.

Después se crearon el planeta Tierra y todo el universo material — aparentemente creados simultáneamente.

La Tierra fue poblada por una tercera parte de todos los ángeles. Estos fueron designados para utilizar las propiedades físicas de la Tierra para producir cosas de ella y así realzar su belleza. En otras palabras, para mejorar y terminar, para así decirlo, la creación de la Tierra.

Y ahora, una nueva y vital verdad.

Lo que Dios había creado era cualitativamente perfecto, pero al igual que aquellos muebles de alta calidad que aún no se les ha dado el toque final, la creación de la Tierra tenía que ser terminada por los ángeles. Así que a ellos se les concedieron poderes para crear.

Esta Tierra era en realidad el campo de prueba — tal y como lo es para los seres humanos en la actualidad — en el cual los ángeles calificarían para después darles el toque final creativo a los planetas y a todo el universo infinito. Y ahora eso se ha convertido en el potencial trascendental del hombre.

Era imperativo que los ángeles trabajaran juntos en paz y armonía. Para este propósito Dios puso su gobierno — basado en su ley espiritual — sobre ellos. Esa ley es un sendero de vida — el camino del amor —

compuesto de amor desinteresado hacia Dios y genuino interés por el bienestar de los demás. Es el sendero del dar — de ayudar, servir y compartir — de la bondad, la consideración y la misericordia.

Sobre el trono del gobierno de Dios, el Sumo Creador puso la suprema obra maestra de su creación — el arcángel Lucero. Este Lucero, tal y como sus ángeles, fue dotado de una mente independiente — para pensar, razonar, escoger y hacer decisiones. La intención de Dios fue crear dentro de Lucero y sus ángeles, si ellos así lo deseaban, el mismísimo carácter santo y justo de Dios.

Pero Lucero condujo a sus ángeles a la rebelión. En lugar del camino divino del amor — de dar — optaron por el de obtener. Prefirieron la vanidad, el pecado, la corrupción, la perversión de la mente. En vez de crear, optaron por destruir.

Ahora consideremos otro punto de nueva verdad. ¿Se ha preguntado usted alguna vez por qué Satanás todavía se encuentra en la Tierra, ahora astutamente influyendo en la humanidad para que se incline a los falsos valores, la perversión mental y al obtener para sí misma?

Medite en esto y trate de verlo desde el punto de vista de Dios. Previamente expliqué cómo solamente Dios, de todos los seres vivientes, posee este santo y justo carácter. Dios es el único ser en el cual se puede estar absolutamente seguro de que no se apartará de su propio camino de amor.

Pero Dios sabía que necesitaba reproducirse a sí mismo. Él deseaba miles de millones de seres dotados de su santo y justo carácter.

Es por este motivo que Dios decidió reproducirse por medio de los seres humanos. Por tanto, (Salmos 104:30) Dios renovó la faz de la Tierra — restaurándola del vacío y la destrucción que causaron los ángeles pecadores — y la preparó para que fuera el campo de prueba de los seres humanos y para desarrollar en ellos el carácter justo de Dios — prepararlos para el mismo trascendental potencial que una vez había sido el de los ángeles.

Hemos visto que en el primer capítulo de Génesis se encuentra registrado que en seis días Dios renovó la faz de la Tierra con el fin de prepararla para el hombre.

Veamos ahora Génesis 1: 25-26: «E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno. Entonces dijo Dios: Hagamos [no dice «haré»] al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza [forma o configuración] . . . «en otras palabras, conforme al género Dios para que tuviera una relación muy especial con Él.

Pero «. . . Dios formó al hombre del polvo de la tierra . . . «(Génesis 2:7) — no fue formado de espíritu como lo fueron los ángeles.

Ahora fíjese muy bien en lo siguiente.

A Adán, el primer hombre, se le dio la oportunidad de calificar para que reemplazara al ex Lucero y recibiera el trono del gobierno de Dios.

Pero fíjese muy bien en esto. Para calificar, Adán no tan sólo tenía que aceptar el gobierno de Dios y su camino de vida, sino que también era imperativo que rechazara y diera las espaldas al camino de Satanás.

Era preciso que venciera a Satanás y decidiera no seguirlo.

Permítame recordarle que los primeros once capítulos del libro de Génesis son meramente una muy breve sinopsis de sucesos que tomaron lugar durante los primeros dos miles de años de vida humana sobre la Tierra — hasta los tiempos de Abraham. Los detalles tienen que ser amplificados por aquello que obviamente se implica en los relatos o por lo registrado en otra parte de la Biblia.

Dios explicó plenamente su gobierno a Adán y Eva — les enseñó su ley espiritual y su camino de vida — y que si Adán hacía la decisión correcta, entonces calificaría para recibir el Espíritu Santo de Dios, lo que lo convertiría en un hijo engendrado de Dios. Dios también les explicó a Adán y Eva las consecuencias de la desobediencia y el rechazo del camino recto:

Esto fue simbolizado por el árbol de la ciencia del bien y del mal. Pues Dios amonestó: «. . . porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Génesis 2:17).

Después Dios permitió que Adán y Eva fueran tentados por el diablo. Satanás fue muy astuto, ya que por conducto de Eva llegó a influenciar a Adán para que desobedeciera. Eva fue engañada, pero Adán no.

Eva tomó del fruto del árbol prohibido, «y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella» (Génesis 3:6).

«Y dijo el Eterno Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó el Eterno del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al

oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida» (Génesis 3:22-24). Dios hizo esto para que Adán y Eva no pudieran regresar a tomar fruto alguno del árbol de la vida que simbolizaba su Espíritu Santo.

En otras palabras, cuando Adán tomó deliberadamente del árbol prohibido, Adán le dijo a Dios — en términos más modernos — «Dios, aunque eres mi Hacedor, no té acepto como mi Dios. Rechazo tu camino de vida y gobierno. Prefiero continuar en el sendero que yo he escogido. No metas las narices en mis asuntos. Me niego a aceptarte como la fuente del conocimiento básico me he tomado la libertad de decidir por mi propia cuenta que es lo que debo o no hacer».

Y Dios respondió: «He puesto ante ti el camino de la verdad. Has escogido el sendero opuesto, y por esta razón tú y aquellos que después nacerán, vivirán en un mundo que estará cortado de mí por espacio de 6000 años. Ve, organiza tus gobiernos y religiones. Origina tu propio conocimiento, apartado de la revelada verdad, y empieza tu propio sistema para difundir ese falso conocimiento. Vive conforme a tu sentido de valores pervertidos. Sin embargo, durante estos 6000 años llamaré a mi servicio a los que escogeré para realizar mi propósito».

Bueno, ¿pero por qué fue necesario dejar a Satanás en la Tierra, con plena libertad para influir y engañar a toda la humanidad por espacio de 6000 años? Existen dos razones:

1) A aquéllos llamados por Dios a su servicio y a la salvación durante estos 6000 años, Él les dará la oportunidad, como hizo con Adán, para que califiquen y así reinen como parte del gobierno divino de Dios. ¿Cómo? Pues, venciendo a Satanás y rechazando su camino, como también escogiendo voluntariamente el sendero de Dios.

2) El gobierno de Dios requiere que el trono nunca quede desocupado. El ex Lucero tiene que ocuparlo hasta que un sucesor califique y reciba ese puesto.

Aquí pudiéramos añadir una tercera razón. Dios determinó que los 6000 años concedidos a la existencia de una humanidad pecadora, probarían para siempre que el camino de Satanás sólo podía resultar en perversidades, frustraciones, desesperanza y muerte. Con el fin de probar esta verdad, tanto a las dos terceras partes de los ángeles que no siguieron a Lucero, como también a la raza humana, Dios está permitiéndole a Satanás que engañe y maneje a la humanidad por espacio de 6000 años.

Durante estos 6000 años, ha habido tres épocas desde el tiempo del mundo antediluviano, culminando con el Diluvio de Noé, a este presente mundo malo que culminará con la venida de Cristo a introducir el Mundo de Mañana.

Estas tres épocas son 1) todo aquel tiempo que transcurrió desde la creación de Adán al Antiguo Pacto que se hizo en el monte Sinaí con Israel; 2) la época de la «Iglesia del Antiguo Testamento» (Congregación de Israel); 3) la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento. Estos serán analizados en el capítulo 9.

Ya debe ser obvio quién es el culpable de las maldades del mundo actual. La presencia de Satanás y de su invisible y astuta, pero poderosísima influencia (consulte el capítulo 11 que expone el tema de la naturaleza humana) sobre la humanidad es la causa básica. El camino de vida que Satanás ha inculcado en las mentes humanas — el camino de la vanidad, la codicia y el egoísmo — de celos y envidia — de competencia y contienda — de rebelión y engaño — estas cosas componen la «naturaleza humana» y la consideramos como la causa directa y específica de lo que el mundo ha padecido. Y toda la humanidad ha sufrido el efecto.

No obstante, recuerde que Dios hizo una excepción. Él decidió llamar a aquellos pocos escogidos para que hicieran su voluntad.

Transcurrieron unos 1900 años. Tal parece que Abel, segundo hijo de Adán, fue llamado por Dios, ya que Cristo lo llamó «Abel el justo» (Mateo 23:35). Enoc caminó con Dios. Después Dios llamó a Noé. Él fue perfecto en su descendencia física o generaciones y también caminó con su Creador, y Dios lo llamó con el propósito de mantener con vida a unos pocos durante el Diluvio.

Dios llamó a Abraham para que se alejara del estilo de vida que existía en Babilonia — para que saliera de la civilización influenciada por Satanás — y anduviera por el camino de Dios. Abraham no había buscado a Dios — no obstante, él fue la rara excepción de un ser humano que obedeció sin dudar, ni tratar de dar excusas para no someterse a la voluntad de su Creador.

Cuatrocientos treinta años después de Abraham, Dios llamó a Moisés. Moisés fue preparado para su llamado, habiendo sido criado como un príncipe en el palacio del Faraón. Pero Moisés, humanamente, protestó. Él nunca fue en busca de Dios o de la comisión a la que Dios lo llamó. Él protestó, en esencia diciendo: «Oh

Señor, me es imposible hacerlo. Sufro de un impedimento del habla — tartamudeo». Después Dios le dijo a Moisés que había designado a su hermano Aarón como su portavoz.

En esencia, Dios le dijo a Moisés: «Harás lo que te mando». Y a partir de entonces lo hizo.

Dios llamó a Moisés para que guiara y sacara a los descendientes de Abraham — que para entonces sumaban unos dos o tres millones — de la esclavitud egipcia. A estos «hijos de Israel» en el monte Sináí, Dios hizo una proposición. Si ellos se convertían en su nación, y consentían en ser gobernados por sus leyes y estatutos, Él los haría la más sobresaliente nación de la Tierra — entregándoles las tremendas y temporales bendiciones nacionales físicas (solamente en esta vida) que los harían la más próspera, poderosa y pacífica nación sobre la Tierra. El pueblo aceptó.

Desde ese momento, Dios entró en un pacto con ellos — más tarde conocido como «el Antiguo Pacto» — sirviendo Moisés como mediador. Fue un contrato matrimonial en que Israel consintió en obedecer a su Esposo (Dios), y Dios convino en hacer su parte y convertirlo en la nación más importante sobre la Tierra si lo obedecía. Pero, Satanás aún se encontraba muy activo en este planeta. Los israelitas optaron por el adulterio espiritual — peor que tener relaciones sexuales con una ramera.

Dios llamó a Jonás para la muy especial misión de amonestar a la ciudad de Nínive de su inminente destrucción. Jonás trató de huir de Dios, escondiéndose en una nave. Pero cuando Dios llama a alguien para una misión especial, El se asegura que ésta se realice.

Dios llamó al profeta Isaías, el cual protestó que era un hombre de labios inmundos. Pero Dios limpió sus labios. Entonces Isaías contestó: «Heme aquí, envíame a mí».

Dios llamó al profeta Jeremías. Sin duda alguna, de la misma manera que lo hizo con Jesucristo años más tarde, Dios lo consagró aun antes de que naciera. Sin embargo, Jeremías alzó sus manos y protestó, diciendo: «No sé hablar, porque soy niño». Dios firmemente le dijo: «A todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande». Jeremías obedeció.

El apóstol Pablo, originalmente conocido con el nombre de Saulo, enérgica y fervorosamente persiguió a la Iglesia de Dios. Pero Dios lo derribó, haciéndolo entrar en razón, y después se convirtió en uno de los más grandes hombres de Dios desde Adán.

Aun yo no busqué a Dios. Escogí ser publicitario y periodista. Cuando yo tenía 25 años, un ángel en un sueño intenso que tuvo mi esposa reveló que Dios me estaba llamando a su servicio. Me sentí abochornado, ya que lo que menos deseaba ser era un ministro de Jesucristo.

Dije a mi esposa: «No sé si ese sueño tenga algún significado. Por qué no contárselo al ministro de la iglesia que se encuentra en la esquina. Quizás pueda decirte si en realidad tiene algún significado». Como sucedió con Jonás, Pablo y otros que se les había permitido seguir en su propio camino por un poco más de tiempo, así fue en mi caso y por el momento este sueño fue muy pronto olvidado. Transcurrió una década. Después Dios me motivó al más intenso — casi de día y de noche — estudio e investigación de mi vida, que resultó del reto dual que ofendió mi vanidad.

El intenso estudio bíblico resultó en que renunciara a todas mis previas creencias religiosas y que desde ese momento Dios me abriera el entendimiento a su Palabra — conduciéndome al verdadero arrepentimiento — siendo conquistado por Dios y su Palabra en una entrega incondicional — y, en fe viviente entregarle una vida que para mí ya no tenía valor. Si en alguna manera le era útil, humildemente se la entregaba. Y como la vida de otros siervos que Él ha conquistado, la usó por estos cincuenta y un años.

Ahora para regresar al hilo de nuestro relato. A su tiempo, Dios mandó a su Hijo unigénito — él «Verbo» que había estado eternamente con Dios.

Era él «segundo Adán».

Como el primer Adán, no solamente tenía que creer y obedecer a Dios, sino que también era preciso que venciera a Satanás y rechazara su camino.

Oh sí, Él fue tentado en todos los puntos como el resto de nosotros — sólo que Él nunca pecó.

Satanás aún se encontraba en la Tierra. Él fue violentamente perturbado por la venida del segundo Adán. Jesús fue el Mensajero del Nuevo Pacto, llevando el mensaje de ese Pacto procedente de Dios. Ese mensaje fue su evangelio. Satanás estaba determinado de evitar que fuera proclamado porque incluía desterrar a Satanás de sobre la Tierra.

Trató de que el bebé Cristo fuera matado. Pero Dios salvó a su hijo Jesús. Por unos treinta años, Jesús tuvo que hacer frente a las tentaciones de Satanás, pero Él venció.

Después se presentó la más severa tentación que jamás haya tenido que enfrentar hombre alguno. Jesús ayunó por cuarenta días y cuarenta noches sin un bocado de comida o una gota de agua. Pero este ayuno le ayudó a acercarse aun más a su Padre Dios.

Aunque físicamente débil, espiritualmente estaba fuerte. El relato de esa tentación se encuentra en los primeros once versículos del capítulo cuatro de Mateo. Fue la más titánica lucha de todas. Jesús fue tentado como ningún otro hombre lo había sido. Sin embargo, Él resistió y venció a Satanás y se mantuvo fiel al camino de Dios.

Todo esfuerzo por parte de Satanás para vencer a Jesús, calificaba aun más a Jesucristo para reemplazar al diablo y restaurar el gobierno de Dios — para establecer el Reino de Dios, que es la Familia de Dios.

A Jesús se le requirió vencer a Satanás —era necesario que lo resistiera y lo derrotara con el fin de calificar para sentarse sobre el trono desde donde gobernaría toda la Tierra

¿Pero qué de aquéllos llamados por Dios desde Abel hasta el presente?

Fíjese en algo que no han comprendido todas las iglesias, seminarios teológicos y estudiantes de la Biblia.

Note lo que Cristo mismo dijo en Apocalipsis 3:21: «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono».

Al que venza — ¿venza qué? Fíjese, venza «así como yo he vencido». Pero que se le requirió a Jesús que venciera para poder sentarse ahora en el trono de su Padre y más tarde en el suyo — como heredero del trono de David en Jerusalén.

Considere y medite en esto. Si a Jesús se le requirió vencer a Satanás — el ex Lucero, quien aún se encuentra en el trono donde Dios originalmente lo puso — para calificar en suceder al descalificado Lucero en ese trono, ¿debe acaso esperarse menos de nosotros los humanos para que también podamos sentarnos en ese trono con Cristo?

Mantenga este hecho en mente. Las palabras de Jesús que arriba citamos solamente son aplicables a aquéllos llamados antes de que Cristo regrese en todo poder y gloria para sentarse con Él en su trono cuando así lo haga Él.

He dicho muchas veces que el mundo en general ha sido cortado de todo contacto con Dios — por 6000 años datando desde Adán. Jesús claramente dijo: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere...» (Juan 6:44). A menos que sea traída a Cristo por Dios el Padre, toda la humanidad está totalmente separada de Dios.

¿Entonces acaso es Dios injusto? ¿Están los demás perdidos — condenados, sin una oportunidad, a la final segunda muerte en «el lago de fuego»?

¡De ninguna manera!

Le mostraré que aquéllos no llamados ahora sencillamente no están siendo juzgados. No están «perdidos», pero tampoco «salvos». Qué trágico es que estos cristianos protestantes ignoren la verdad.

Pero primero, note lo que también dice Jesús en Apocalipsis 2:26-27: «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro...»

Aquéllos llamados y traídos a Cristo por Dios tienen que seguir venciendo a Satanás «hasta el fin» de esta vida. Pero no tan sólo se sentarán con Cristo en su trono, sino que bajo su autoridad gobernarán a todas las naciones. Esto será el cumplimiento de la profecía encontrada en Daniel 7:18.

Los festivales representan la obra maestra que está realizándose aquí en la Tierra

Ahora llegamos a una verdadera revelación.

Dios dio sus festivales anuales, con sus siete Días (Sábados) Santos anuales a su «Iglesia» — entonces llamada la Congregación de Israel — en los tiempos de Moisés.

Fueron intentados para representarle al pueblo de Dios, año tras año, su plan maestro de redención — que conduce al increíble potencial humano.

Estos festivales fueron ordenados que se cumplieran para siempre. Jesús, los apóstoles y la primitiva Iglesia de Dios los observaron. Pero, según el leal saber y entender del autor, sólo una Iglesia continúa observándolos en la actualidad — la Iglesia de Dios Universal.

Dichos días revelan una verdad sorprendente, que de lo contrario sería ocultada del conocimiento humano.

La raza humana comenzó con Adán. Pero la salvación y la calificación espiritual para el trascendental potencial humano empezaron con Cristo. La creación humana comenzó con Adán, pero la creación espiritual principió con el segundo Adán.

Empieza con el perdón de los pecados, después de que uno se arrepiente. La persona convertida se entrega por completo a Dios y con fe viviente cree en lo que Cristo dice.

Por consiguiente, el primero de estos festivales es la Pascua. Representa anualmente al pueblo de Dios, la sangre derramada de Cristo — él «Cordero de Dios» sacrificado para pagar en nuestro lugar la pena del pecado que nosotros los humanos nos hemos acarreado.

Después sigue el Festival de los Panes sin Levadura — siete días en que ninguna levadura ha de comerse o encontrarse en las casas de los seguidores de Dios. La levadura leuda — como lo hace la vanidad — el epítome del pecado. Este festival dura siete días, inmediatamente después de la Pascua — con el primer y último de estos días siendo Días Santos anuales (santas convocaciones).

Estos primeros festivales ocurren en la primavera — desde el catorce hasta el veinticinco del primer mes del calendario sagrado de Dios. La Fiesta de las Primicias (Pentecostés en el Nuevo Testamento) representa, como en Jerusalén, la primera o la temprana cosecha de grano en la primavera. La Fiesta de las Primicias (Pentecostés) anualmente le recuerda al pueblo de Dios que ahora, antes de la segunda venida de Cristo, ellos son considerados meramente la relativamente muy pequeña primera siega espiritual — mientras que todos, menos los pocos que Dios ha llamado, han sido separados de Dios y su salvación espiritual.

Los restantes cuatro festivales ocurren durante la estación de la cosecha otoñal — representando la siega espiritual principal. Estas fiestas santas ocurren durante la principal cosecha física en la estación otoñal del año.

El cuarto festival, un solo Día Santo, es la Fiesta de las Trompetas. Representa la venida de Cristo en supremo poder y gloria para gobernar a todas las naciones — y para ofrecer la salvación espiritual a todos los que entonces se encontrarán con vida.

El quinto festival es otra fiesta de un solo día — un día de ayuno. En la Biblia es llamado el Día de Expiación. Es observado por el judaísmo como «Yom Kippur».

Este tan solemne día representa el destierro de Satanás por parte de Cristo para que la humanidad al fin pueda ser «una» con Dios. La humanidad separada de Dios no puede ser una con Él hasta que Satanás sea quitado del medio. Entonces todos serán llamados y traídos a Cristo por Dios — si así lo desean — y serán herederos de la salvación espiritual que se alcanza por medio de Cristo.

Cinco días más tarde empieza la Fiesta de los Tabernáculos, la cual dura siete días. Este festival representa la siega espiritual principal — los mil años en que Cristo y aquellos que han calificado gobernarán a todas las naciones. Satanás será desterrado en el bíblicamente simbólico «pozo del abismo». Por supuesto que vencer a Satanás ya no será un requisito. El primero de estos siete días es un Sábado anual.

El día que sigue a la Fiesta de los Tabernáculos es un festival de un solo día — además es el séptimo Sábado anual. Representa una resurrección al juicio de todos los que no fueron previamente llamados. De todos aquellos seres humanos miles de millones — que vivieron bajo la influencia de Satanás y murieron sin ser llamados — sin haberse «perdido» ni «salvado» espiritualmente. Este gran número de individuos que no conocieron y obedecieron a Dios serán resucitados mortales — serán humanos de carne y sangre, tal y como lo fueron anteriormente. Después les será posible examinar los previos resultados de aquellos 6000 años en que la Tierra fue influida por Satanás — cuando predominaba la perversidad humana, el pecado, y como resultado de estas cosas, el sufrimiento, la angustia y la muerte. Después, por vez primera, Dios los llamará. Satanás será desterrado para siempre. Pero así y todo tendrán que hacer sus propias decisiones.

Con acceso al registro de lo sucedido a un mundo dominado por Satanás durante 6000 años, así como al registro del período de 1000 años en que la humanidad fue instruida por Cristo y los santos inmortales, ellos podrán estudiar los resultados y compararlos.

Es de esperarse que casi todos se sometan al llamado de Dios y reciban la salvación espiritual y la vida eterna.

Pero eso no es todo.

Después seguirá una resurrección final (Apocalipsis 20:13) de todos aquellos que hayan sido llamados a una redención espiritual durante los últimos 7000 años, que rechazaron la amorosa misericordia de Dios y se rebelaron contra Él sabiendo la verdad. Tendrán que enterarse plenamente de lo que han rechazado y contra lo

que se rebelaron. Todos ellos habrán muerto ya una vez, y ahora con la segunda muerte, perecerán para siempre en el lago de fuego, el cual es descrito en 2 Pedro 3:7, 10.

Sin embargo, ya no sufrirán más, tal y como es revelado en Malaquías 4:1-3. No quedarán raíz o rama alguna de ellos serán como cenizas bajo las plantas de los pies de los que viven. Serán como si nunca hubieran existido (Abdías 16-17).

Pero para los salvos que reciben vida inmortal, «ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Apocalipsis 21:4)

9

¿Por qué la Iglesia?

UNO NO PUEDE COMPRENDER el verdadero propósito y la función de la Iglesia sin un entendimiento del pueblo de Israel del Antiguo Testamento. Conocida como el reino de Israel, era una de las naciones que en ese entonces existían. Pero también era una Iglesia conocida como la Congregación de Israel. O como se le llama en Hechos 7:38, «la congregación en el desierto».

Uno no puede comprender ni el papel de la antigua nación de Israel, ni el de la Iglesia de Dios neotestamentaria, a menos que mantenga en mente el propósito de Dios en poner a la humanidad sobre la Tierra.

Dios está reproduciéndose a sí mismo. Su objetivo cardinal para el ser humano es la creación de un carácter santo, justo y espiritual. Mantenga eso constantemente en mente mientras comparamos o hacemos un contraste de «la congregación en el desierto» del Antiguo Testamento y la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento. La creación de este carácter justo es la preparación del máximo objetivo de Dios.

Hemos dado una explicación sobre la mente natural del hombre, y cómo es diferente del cerebro animal. Hay un espíritu en el hombre. Este espíritu es de forma intrínseca; no es un alma o una persona. Imparte al cerebro humano el poder del intelecto — de pensar, razonar y decidir. Esto se explica detalladamente en el capítulo siete.

Por lo tanto, esta mente con la que cada ser humano nace es la mente carnal humana. Sobre la cual Romanos 8:7 dice: «Por cuanto la mentalidad de la carne es enemistad contra Dios; porque no se somete a la ley de Dios, ya que ni siquiera puede» (Versión Reina-Valera — Revisión de 1977). Esta mentalidad o mente es limitada a la adquisición del conocimiento físico.

Es imposible comprender las cosas de Dios — conocimiento espiritual — sin recibir el don de su Espíritu Santo — un segundo espíritu añadido al espíritu «humano» con el cual cada persona nace.

La creación que Dios hizo del hombre, como creación física, fue perfecta, pero incompleta. La creación física comenzó con Adán, pero la creación espiritual debe empezar con el segundo Adán — Jesucristo.

Cuando Dios sentenció a la raza humana, que procedió de Adán, a estar separada de Él por espacio de 6000 años, Él hizo una excepción, pues reservó para sí mismo la prerrogativa de llamar a su servicio a aquellos que Él quisiera escoger para realizar su propósito.

Dios había llamado a Abraham, y 430 años más tarde, llamó a sus descendientes por medio de Isaac e Israel, entonces llamados «los hijos de Israel». En ese tiempo eran esclavos en Egipto. Bajo el liderazgo de Moisés, Dios los sacó de Egipto para que heredaran la Tierra Prometida.

En el monte Sinaí, Dios les ofreció un pacto o acuerdo, más tarde conocido como «el Antiguo Pacto». Dios les prometió hacer de ellos la más próspera y poderosa nación en toda la Tierra, si sólo obedecían su gobierno. Pero Dios únicamente les ofreció recompensas temporales, materiales y nacionales — no su Espíritu Santo y la vida eterna.

En el capítulo 10 veremos que la mentalidad hostil que no se somete a Dios ha sido astuta e invisiblemente inculcada en las mentes humanas por Satanás mediante el espíritu humano. Ningún bebé nace con ella. El «príncipe de la potestad del aire» (Efesios 2:2) empieza a implantarla en la mente humana tan pronto que ésta comienza a funcionar y a absorber conocimiento.

Los intelectos modernos han dicho: «De llenarse con suficiente conocimiento, la mente humana podrá solucionar todos los problemas de la humanidad».

Uno de los propósitos del Antiguo Pacto que Israel había de probar, por múltiples generaciones de israelitas, era que aun cuando al ser humano se le proporciona el conocimiento del gobierno de Dios y de su camino de vida, la mente carnal se niega a — y por consiguiente no puede — solucionar sus problemas, vivir en paz, y disfrutar de la plena felicidad y gozo que conducen a la eterna salvación.

Sin embargo, los seres humanos no obedecerán y se negarán a caminar por el sendero de Dios, el cual conduce a la paz, la felicidad y el gozo eterno — si ese segundo Espíritu no es agregado al espíritu «humano».

Las experiencias de muchas generaciones de israelitas probaron que la mente natural del hombre es hostil hacia Dios — que no se sujeta a la ley de Dios, la cual hace posible que se pueda disfrutar de la paz, felicidad y abundancia.

Adán y Eva habían sido instruidos por Dios en cuanto a su camino. Ellos lo rechazaron y prefirieron el sendero del interés propio — el de la vanidad, la codicia, el egoísmo, los celos, la envidia, la competencia, la contienda, la violencia y la destrucción.

Pero a los israelitas del Antiguo Pacto, Dios les reveló el conocimiento del camino de Dios por medio de Moisés y los profetas.

Ellos no tenían excusa alguna. Eran, en Adán, una creación física — pero sin la creación espiritual que únicamente puede realizarse por medio de Cristo, él «segundo Adán», sencillamente se negaron a escoger y andar por el camino de vida que produce la paz y el bienestar universal.

Repito, no tenían excusa alguna. Fue el hombre — el primer Adán — que pensó que podía vivir una vida mucho más feliz sin el Espíritu Santo, el cual despreció.

Dios envió sus profetas a los israelitas del Antiguo Pacto, para que los amonestaran y les suplicaran que cambiaran. Apedrearon a muerte a muchos de sus profetas.

Por medio del profeta Jeremías, Dios imploró: «... Vuélvete, oh rebelde Israel, dice el Eterno; no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo, dice el Eterno... Reconoce, pues, tu maldad, porque contra el Eterno tu Dios has prevaricado, y fornicaste con los extraños [las naciones gentiles] debajo de todo árbol frondoso, y no oíste mi voz, dice el Eterno. Convertíos, hijos rebeldes, dice el Eterno, porque yo soy vuestro esposo... » (Jeremías 3:12-14).

Los israelitas del Antiguo Pacto eran de mentes carnales, las cuales eran hostiles a Dios y no se sujetaban a las leyes y los caminos divinos.

Ahora, la Iglesia de Dios neotestamentaria

Acuérdese que los israelitas del Antiguo Pacto vivieron en los días del primer Adán. Satanás, él «príncipe de la potestad del aire», al implantar astutamente su actitud hostil en el espíritu «humano», reinó con supremacía en ese entonces. Y con la excepción de aquéllos en la Iglesia de Dios, aún es así en la sociedad actual.

Tampoco olvide que todas las naciones y pueblos, con la excepción de la nación de Israel, habían sido totalmente separados de Dios y de su conocimiento. Estos pueblos continuaron aplicando sus propias ideas sobre cómo se deben gobernar, aunque sin darse cuenta que estaban siendo influenciados por Satanás. Establecieron sus propias religiones e hicieron sus propios dioses, los cuales procedieron de la imaginación de ellos. Acumularon su propio conocimiento materialista — aunque más de la mitad vivían — como sucede en la actualidad con tantas naciones — en la más miserable pobreza, suciedad y analfabetismo imaginables. Sufrieron las consecuencias de andar por el camino de Satanás.

Fue y aún sigue siendo, con excepción de la Iglesia de Dios y el mensaje de esperanza que ésta propaga, un mundo sin esperanza. Pero Jesucristo, el segundo Adán, había de venir al debido tiempo, trayendo una genuina esperanza tan trascendentalmente maravillosa que la mente humana de sí misma no puede captarla. Fíjese en dos profecías que por inspiración de Dios fueron registradas por los profetas del Antiguo Testamento: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo del Eterno de los ejércitos hará esto» (Isaías 9:6-7).

Esta profecía predice la manifestación de Cristo como rey — un gobernante — con el fin de volver a establecer el gobierno de Dios sobre la Tierra.

Después, anunciando su venida como Salvador de la humanidad, leemos: «Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Isaías 7:14).

Ahora veamos esta profecía cumplirse en el Nuevo Testamento: Un ángel se le apareció a José, prometido de María, la madre de Jesús. «José», le dijo el ángel, «hijo de David, no temas recibir a María tu mujer [prometida], porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros» (Mateo 1:20-23).

Esta profecía revela a Cristo como Salvador.

Y nació Jesús — el segundo Adán. Engendrado de Dios antes de su nacimiento humano, como ningún otro ser humano lo había sido. Jesús era hombre y Dios — Dios con nosotros. Dios hecho humano, para que como tal pudiera morir por toda la humanidad. Sí, Dios en la semejanza de la carne humana, que podía vencer a Satanás — el ex rey Lucero — y así calificar para restaurar el gobierno de Dios sobre la Tierra.

Satanás trató de destruir a Jesús poco después de que naciera — antes de que pudiera crecer y calificar, y anunciar el Reino de Dios. Pero Dios protegió al bebé Cristo, haciendo que José y María huyeran con Él a Egipto hasta que muriera Herodes, rey romano provincial de Judea.

«Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría... » (Lucas 2:40). Jesús fue dotado con el Espíritu Santo de Dios desde su nacimiento.

Ya he dicho que como él «príncipe de la potestad del aire», Satanás astuta e invisiblemente implanta su actitud de rebelión en las mentes humanas, valiéndose del espíritu «humano». Satanás comienza a inculcar esta actitud carnal tan pronto que la mente de un niño o niña pueda pensar y absorber conocimiento. Pero Jesús desde la infancia estuvo lleno del Espíritu Santo, y pudo resistir el «tirón» magnético que solemos llamar naturaleza humana.

Jesús nunca tuvo una mente carnal — hostil contra Dios. Su mente, desde su más temprana niñez, estaba sujeta a la ley de Dios. Por consiguiente, Él estaba constante y continuamente venciendo a Satanás de una manera que ningún otro ser humano lo ha hecho.

Ahora, volviendo a lo que Marcos registró: «Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia. Y luego el Espíritu le impulsó al desierto. Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás... » (Marcos 1:9-13).

Después de cuarenta días y cuarenta noches sin un bocado de comida o una gota de agua, Jesús se encontraba físicamente muy débil, pero espiritualmente muy fuerte.

Enseguida comenzó la más increíble batalla que jamás haya tomado lugar — para el galardón más importante de todos los tiempos. El relato detallado de esta suprema lucha se encuentra registrado en el capítulo cuatro de Mateo, comenzando con el versículo uno.

Muchos doctores de medicina creen que ningún hombre puede vivir por cuarenta días sin comida o agua. Son lamentablemente ignorantes en cuanto al ayuno se refiere. Jesús en realidad estaba sufriendo de extrema inanición. No hay palabras que puedan describir el hambre feroz que Jesús sufrió.

Satanás dirigió su ataque directamente a la debilidad máxima de Jesús en ese preciso momento. Lanzó su primer golpe — en este enfrentamiento donde tanto se arriesgaba — a lo que él sabía eran las más grandes debilidades, tanto espiritual como físicamente — la vanidad y el hambre.

«Si», habrá dicho Satanás despectivamente, «si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan».

Un ser humano espiritualmente débil se hubiera erizado de rabia, y muy enojado hubiera contestado: «¡Que si soy Hijo de Dios! ¿Qué quieres decir si lo soy? ¡Te voy a probar si soy el Hijo de Dios o no! ¡Te mostraré que puedo hacer milagros!» Y para satisfacer su hambre desesperante, hubiera caído en la trampa calculadora de Satanás.

Pero Jesús se mantuvo firme en su obediencia a Dios. Él contestó: «Escrito está», inmediatamente dirigiéndose a las Escrituras de Dios: «No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Satanás había fracasado en su intento más sobresaliente de tentar. Pero él no se da por vencido muy fácilmente. Yo sé eso por experiencia. Satanás atacó nuevamente, diciendo:

«Si eres Hijo de Dios», — Satanás repitió su ataque al punto más débil del ser humano — la vanidad — pero ahora bajo distintas circunstancias. Llevó a Jesús al pináculo del templo, y le dijo: «Échate abajo; porque escrito está» — el mismo Satanás también puede citar las Escrituras, sólo que él las aplica erróneamente y tuerce su verdadero significado. «A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos té sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra», — no vaya a ser que te hagas daño al no sostenerte la gravedad y caigas velozmente y con impacto. Satanás estaba probando la fe de Jesús en Dios, como también ponía ante Él un repetido reto contra la vanidad humana. Los ministros de Satanás pueden citar las Escrituras, pero las tuercen y las tergiversan fuera del contexto y el significado propuestos por Dios.

Jesús no perdió tiempo en contraatacar a Satanás. «Escrito está», dijo nuevamente, «no tentarás al Señor tu Dios».

La escritura sobre las manos de los ángeles sosteniendo a uno era aplicable solamente a una caída accidental. Echarse deliberadamente sería «tentar a Dios». En otras palabras, se estaría dudando del significado verdadero de la Palabra de Dios. Probar al Sumo Creador de esta manera sería manifestar duda en que Él haría lo prometido. Satanás se traía más cosas entre mangas. Ahora tentó a Jesús en cuanto a la codicia y el egoísmo — en obtener y arrogarse el poder.

Satanás ahora llevó a Jesús a un monte muy alto y le mostró todos los reinos de este mundo. Después le dijo: «Todo esto te daré, si postrado me adorares».

En otras palabras, Jesucristo y Satanás sabían que si Jesús calificaba, sería Cristo quien recibiría dominio sobre los gobiernos de todas las naciones de la Tierra. Pero ambos estaban enterados de la sentencia de 6000 años por parte de Dios sobre la humanidad, y que Jesús tendría que esperar casi 2000 años antes de que se le entregaran el poder y la gloria del dominio mundial.

Jesús no negó que este poder gubernativo estaba en las manos de Satanás. Sin embargo, también sabía que era mentiroso y que no cumpliría su palabra, y si la cumplía, comprendía que tendría dominio mundial sólo si se sometía a la autoridad de Satanás. Bien sabía que este poder lo podía recibir de Dios y estaba dispuesto a esperar hasta el tiempo cuando su Padre celestial decidiera dárselo — después de terminarse la sentencia de 6000 años sobre el hombre, cuando Dios lo coronaría y lo enviaría nuevamente a la Tierra con supremo esplendor, poder y gloria.

En esta ocasión, Jesús decidió ponerle fin a esta lucha colosal por el poder mundial. «Vete, Satanás», ordenó Jesús con autoridad. Y Satanás, derrotado en su esfuerzo por retener dominio mundial, le dejó (Mateo 4:10-11).

Pero no piense que Satanás se resignó —de ninguna manera. Él trató de derrotar a los apóstoles de Dios y a su Iglesia. Planeó cómo manipular los poderes humanos para perseguir a la Iglesia de Dios y suprimir el mensaje del evangelio sobre la esperanza mundial. Todavía está guerreando ferozmente contra la Iglesia y el apóstol de Dios, aun en esta generación final de su perverso mundo.

Pero Jesucristo vive, y Dios está en su trono con Jesús a su diestra. Y Satanás solamente puede hacer lo que Dios le permite. Volviendo a Marcos 1:14: «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado, arrepentíos, y creed en el evangelio». Es decir, creer el mensaje que Jesús proclamó acerca del venidero Reino de Dios, el cual gobernará sobre todas las naciones.

El tiempo se había cumplido. Jesús logró calificar en donde el primer Adán fracasó, en despojar a Satanás del dominio mundial con el fin de restaurar el gobierno de Dios en la Tierra — para establecer la Familia de Dios, nacida del Espíritu, que gobernará en el Reino de Dios.

Partiendo de Nazaret, Jesús residió en Capernaum, en la costa norte del Mar de Galilea. Jesús no era un vagabundo. Él vivió en una casa, contrario a las muchas falsas suposiciones de la actualidad.

Inmediatamente, Jesús mandó llamar a sus discípulos para enseñarlos y prepararlos con el fin de que pudieran ser sus apóstoles después de que su misión personal en la Tierra hubiera terminado, y predicaran su mensaje del Reino de Dios.

Jesús estaba caminando a lo largo de la costa del Mar de Galilea, y llamó a los hermanos Pedro y Andrés para que lo siguieran. Estos dos hermanos no habían ido en busca de Jesús. Ellos no aspiraron a convertirse en sus apóstoles — habían escogido ser pescadores. Pero ahora, al pedírselo Jesús, lo abandonaron todo y lo siguieron.

Después de esto, Jesús llamó a su discipulado a otros dos hermanos — Jacobo y Juan. Ellos también habían escogido ser pescadores — no apóstoles (Mateo 4:18-22).

Mateo había decidido ser un cobrador de impuestos. Más tarde Jesús habría de decirles a sus doce discípulos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros» (Juan 1 5:16).

Y, como en Marcos 1:14-15, en el relato de Mateo dice que «recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino» (Mateo 4:23).

Hasta que Jesús calificó en restaurar el gobierno de Dios al vencer a Satanás, no podía haber aseguramiento alguno, excepto en la mente y el propósito de Dios, de la restauración del gobierno que Satanás había rechazado.

Por unos tres años y medio, Jesús recorrió lo largo de la tierra de Israel, predicando en sus sinagogas las buenas nuevas de la futura esperanza del mundo y enseñando y preparando a sus discípulos para las responsabilidades que como apóstoles tendrían que desempeñar.

Finalmente, después de ser azotado brutalmente para que su Iglesia contara con acceso a la sanidad física por intervención divina, Jesús fue crucificado — para que por su sangre derramada nuestros pecados pudieran ser perdonados — y pagó la pena de muerte en nuestro lugar.

Nace la Iglesia

Después de estar tres días y tres noches en el sepulcro, Jesús fue resucitado. Por esta resurrección, Él se convirtió en el Hijo primogénito de Dios (Romanos 1:4) — el primero así nacido de entre muchos hermanos que después lo seguirían por una resurrección más tardía.

Después de su resurrección, Jesús pasó cuarenta días con sus apóstoles, «hablándoles acerca del reino de Dios» (Hechos 1:3).

Después ascendió al cielo, a la diestra de Dios en el trono celestial (Hebreos 12:2; Apocalipsis 3:21).

Diez días más tarde (en el año 31 E.C.), se celebró el día santo anual llamado «la fiesta de las primicias», y en el Nuevo Testamento, «el día de Pentecostés».

De los muchos miles que habían escuchado a Jesús proclamar el Reino de Dios durante tres años y medio, solamente 120 creyeron en su mensaje (Hechos 1:15).

En ese día santo festivo, aparte de los 120 discípulos, se habían reunido devotos judíos de muchas partes del mundo.

Después aconteció algo sorprendente y sin precedente. Se trata del despliegue sobrenatural de la venida del Espíritu Santo de Dios para llenar su Iglesia con este poder. Y nunca se ha repetido tan gran espectáculo.

Sucedió repentinamente: «Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados [los 120 discípulos]» (Hechos 2:2). El viento puede hacer un ruido considerable. En otra parte se compara el Espíritu Santo al viento (Juan 3:8). Sea dicho de paso que ningún sonido de viento como éste se oye en las reuniones «pentecostales» del presente.

Pero los discípulos no tan sólo oyeron — ellos vieron este despliegue sobrenatural. «Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos [cada uno de los 120]» (Hechos 2:3). Y ellos, los 120, «fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen» (versículo 4).

Noticias de este despliegue milagroso se divulgaron rápidamente, y fue entonces que se juntaron los muchos judíos devotos de las diversas naciones — «y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar [a los 120] en su propia lengua» (versículo 6). Nótelos, cada individuo los oyó hablar en su propia lengua extranjera. Y entendían claramente lo que hablaban en sus diversos idiomas. El milagro fue más en el oír que en el hablar.

Entonces Pedro, el apóstol principal, por vez primera inspirado por el Espíritu Santo de Dios, predicó un sermón muy inspirante, enseñando que Jesús era Señor (Rey - Gobernante) y Cristo (Salvador).

Dios añadió en «aquél día como tres mil personas» (Hechos 2:41), las cuales fueron bautizadas en ese mismo día.

Y fue así como nació la Iglesia de Dios — la misma que hoy es conocida como la Iglesia de Dios Universal. La sucesión del linaje por el cual la Iglesia de Dios Universal puede ser positivamente identificada como la continuación de la misma Iglesia del capítulo dos de Hechos, será mostrada más tarde.

¿Por qué la Iglesia en la actualidad? Su propósito

Cuando Jesucristo regrese a la Tierra con esplendor, gloria y poder sobrenaturales, vendrá a su templo. ¿Dónde está aquel templo? ¿Cuándo será construido?

Muchos estudiosos de la Biblia han pensado y especulado. Los israelíes ¿destruirán al fin la Cúpula de la Roca, la mezquita que hoy se encuentra en el lugar donde estaban el templo de Salomón y el de Herodes, donde Jesús enseñó cuando se encontraba en la Tierra?

La profecía de Malaquías dice: «He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis [Cristo], y el ángel del pacto... » (Malaquías 3:1).

Fue Juan el Bautista quien preparó el camino — pero antes de la primera venida de Cristo. Cuando proseguimos leyendo los versículos 2-6, vemos claramente que esta profecía de Malaquías se refiere a la segunda venida con poder y con gloria, y para reinar.

Entonces ¿quién, como mensajero humano (el que lleva un mensaje) había de preparar el camino para su segunda venida? ¿Y cuál es el templo al cual ha de llegar?

Veamos brevemente la profecía de Hageo. Habla del contingente de judíos que regresaron a Jerusalén 70 años después de la destrucción del templo de Salomón, para construir el segundo templo en ese mismo lugar.

La profecía es acerca de Zorobabel, gobernador del contingente y constructor del segundo templo. Este fue el mismo templo adonde vino Jesús, sólo que ampliado, restaurado y adornado por el rey Herodes.

Pero Zorobabel fue sólo un tipo o modelo. La profecía, como vemos claramente comenzando por el versículo 6, capítulo 2, es para el milenio.

«Porque así dice el Eterno de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho el Eterno de los ejércitos... La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera... » (versículos 6-7, 9).

Está hablando del tiempo del fin, de la segunda venida de Jesucristo.

¿Qué significa aquello de que la gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, es decir con un esplendor mayor que del templo de Salomón, que fue el más gloriosamente esplendoroso de todos los edificios en la Tierra? Sin duda el segundo templo, construido por Zorobabel, no podía compararse con el esplendor del templo de Salomón, si bien era más grande.

Pero Dios hablaba del templo al cual Cristo vendrá cuando retorne gloriosamente a la Tierra como Rey de reyes y Señor de señores.

Cristo vino la primera vez en tiempos del Israel del Antiguo Testamento a un pueblo carnal y rebelde. Era ése un templo material, así como el pueblo físico y carnal al cual vino.

Pero la segunda vez vendrá con poder y gloria supremos. Y esta vez vendrá a un templo glorioso — a un templo no material ¡sino espiritual!

Hablando de la Iglesia de Dios, dice en el segundo capítulo de la Epístola a los Efesios:

«Así que ya... sois... conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios [la Iglesia]; edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor» (efesios 2:19-21).

¡El Cristo glorificado, que llega a un templo glorificado, con una gloria mucho más grande que la del templo de Salomón!

Tómese nota, pues, de que Cristo no viene a un edificio material sino a su Iglesia, la cual será glorificada con ÉL.

Nótese también en Efesios, capítulo 4: «de quien todo el cuerpo [el cuerpo de Cristo: la Iglesia], bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente... (versículo 16).

Ahora entendamos: El Israel del Antiguo Testamento, tanto la Iglesia como el Estado, existió en tiempos del primer Adán. Tenían el espíritu humano — eran de mente carnal, hostiles contra Dios; no sujetos a la ley de Dios. Pero Dios les dio sus leyes (tanto espirituales como sacrificatorias, ceremoniales y estatutarias). Esto demostró que sin el segundo Espíritu, el Espíritu Santo de Dios, los hombres no escogerían el camino de vida correcto, aunque Dios mismo les había revelado el conocimiento no sólo de sí mismo sino de su gobierno.

Pero la Iglesia de Dios del Nuevo Testamento tuvo el Espíritu de Dios unido al espíritu humano, desde sus comienzos.

Las leyes sobre sacrificios y los ritos ceremoniales habían sido un simple sustituto temporal de Cristo y del Espíritu Santo. Cuando vino la realidad, la sustitución se acabó, pero la ley espiritual básica, la ley del amor codificada en los Diez Mandamientos, permaneció. Ahora la Iglesia, teniendo el Espíritu Santo, estaba obligada a obedecerla no sólo según la palabra rígida sino también según el espíritu, principio o intención de la ley (2 Corintios 3:6).

Ahora llegamos al propósito y la función de la Iglesia de Dios.

Tan pronto como se fundó la Iglesia, los apóstoles Pedro y Juan sanaron a un cojo en forma sensacional y luego Pedro predicó a las multitudes que este hecho había atraído (Hechos 3:1-26). Pero los sacerdotes, capitanes del templo y saduceos inmediatamente echaron a los apóstoles en la cárcel (Hechos 4:1-3). A la mañana siguiente, los llevaron ante el sumo sacerdote y su familia, acompañados de otros gobernantes y dignatarios. Les amenazaron seriamente y les ordenaron que dejaran de predicar en el nombre de Cristo.

Estos apóstoles eran seres humanos, y semejante experiencia los afectó. Por eso se fueron directamente a un grupo de miembros de la Iglesia en busca de ánimo, oración y refortalecimiento moral (Hechos 4:23).

Aquellos hermanos leales de la Iglesia «alzaron unánimes la voz a Dios... » (Hechos 4:24) orando unidos, pidiéndole a Dios inspiración y fuerza divina para que los apóstoles pudiesen seguir proclamando el mensaje con valor.

Nótese aquí una función importante de la Iglesia. Los miembros legos no salieron con el mensaje sino que dieron su apoyo unánime a los apóstoles que llevaban el encargo de la gran comisión. Veamos: «Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló... » (Hechos 4:31).

Estos hermanos de la Iglesia pudieron respaldar a los apóstoles sólidamente y con lealtad porque eran «de un corazón y un alma [mente]» (versículo 32).

Más tarde, cuando se instigó una persecución violenta, el apóstol Santiago fue martirizado. Herodes también hizo encarcelar a Pedro, probablemente con la intención de matarlo (Hechos 12:1-4).

«Pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él» (versículo 5).

¿El resultado? Dios envió a un ángel para que soltara las cadenas de Pedro y lo sacara en secreto de la prisión. Pedro huyó a Cesárea.

El error prevalente

En este punto conviene aclarar una idea errónea pero universal. Se trata de la suposición de que Dios está desesperadamente librando una batalla con Satanás, tratando de «salvar» a todos los seres humanos ahora. Ante tal idea, ¡tendríamos que reconocer que Satanás lleva todas las de ganar! Pero no existe tal lucha. Satanás sólo tiene poder para hacer lo que Dios le permite.

El corolario de la anterior suposición es el error, más trágico aun, de pensar que todos aquellos que no se salvan ahora, se pierden, condenados a un fuego infernal eterno (el cual, dicho sea de paso, también es un mito). La vasta mayoría ni se salva ni se pierde. ¡Sencillamente no se les juzga todavía!

Fue nuestro primer padre humano quien decidió. Dios aceptó su decisión y dictó su sentencia sobre el mundo de Adán por 6000 años — con excepción de aquellos a quienes Él llamó para algún desempeño especial. La sentencia de 6000 años está a punto de vencer, y nos espera ahora, a las puertas, un mundo feliz de paz y vida eterna.

Jesucristo ratificó enfáticamente dicha sentencia que Dios había dictado sobre el mundo. Dijo claramente: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere» (Juan 6:44). Y nadie puede venir a Dios excepto por medio de Cristo.

Así pues, aclaremos de una vez por todas que el propósito de la Iglesia definitivamente no es predicar ni persuadir a todo el mundo para que se salve espiritualmente ahora, antes de la segunda venida de Cristo.

Algunos han pensado que la gran comisión corresponde a la Iglesia en su totalidad, y que es evangelizar y «salvar» al mundo ahora. El resultado ha sido un gran número de misioneros provenientes de las filas del cristianismo tradicional.

Veamos ahora los tres pasajes donde se explica la gran comisión.

Examinemos cómo se plantea la gran comisión en Mateo 28: «Pero los once discípulos [Judas ya había muerto] se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando le vieron, le adoraron; pero

algunos dudaban. Y Jesús se acercó y les habló diciendo... » ¿A quién le habló? No a la Iglesia en su totalidad sino únicamente a los discípulos que habían de convertirse en los apóstoles. «... Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos [aprendices — aquellos a quienes se les enseña] a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:16-20).

Nótese cuidadosamente. Esta gran comisión de ser enviado con el mensaje evangélico de Cristo, se dio únicamente a los que eran apóstoles, y la palabra «apóstol» significa «uno que es enviado» con el mensaje.

Algunos, interpretando mal el pasaje que citamos arriba, creen que todas las personas en todas las naciones habían de convertirse en aquel entonces. Obviamente, el sentido de la frase es de ir a todas las naciones y enseñar y hacer discípulos en ellas, pero no convertir a cada individuo de cada nación en discípulo. Además, «bautizándolos» sólo puede referirse a aquellos que eran llamados especialmente por Dios, ya que Cristo dijo: «Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere».

Ahora veamos cómo Marcos plantea la gran comisión. Muchas versiones traducidas directamente del griego omiten los versículos 9-20 del capítulo 16, considerando que no son inspirados sino que fueron añadidos más tarde. Sin embargo, veamos lo que dicen los versículos 15-16:

«Y les dijo [a los 11 apóstoles]: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura». Es decir, anunciad la buena nueva del Reino de Dios venidero. «El que creyere y fuere bautizado será salvo... » Pero Jesús había dicho que nadie puede venir a Él (es decir, creer) si su Padre no lo llama. De manera que solamente creerían y serían bautizados aquellos que Dios llamaría. Por lo tanto no hay ninguna contradicción. La gran comisión se dio a los apóstoles, a aquellos que fueron «enviados» con el mensaje, y no a los legos de la Iglesia.

Entonces ¿qué? ¿Acaso los legos no tenían función alguna en la proclamación del evangelio? Definitivamente sí, como ya lo hemos visto. Su función era respaldar a los apóstoles, apoyarlos con sus diezmos y sus ofrendas. Ellos constituyen parte de un grupo bien organizado, como veremos en mayor detalle.

No hay indicio alguno en la versión de Mateo ni en la de Marcos, de que habían de bautizarse otras personas fuera de las llamadas por Dios para un servicio especial.

Ahora veamos Mateo 24, una profecía para nuestra generación actual. «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mateo 24:14).

La Iglesia, un cuerpo organizado

¿Es la Iglesia de Dios sólo cierto número de cristianos aislados y dispersos, cada uno actuando a su manera para divulgar el evangelio o para lograr su propia salvación y vida eterna?

Jesucristo llamó especialmente a sus apóstoles y los preparó. A ellos les dio la gran comisión, y no a la totalidad de la Iglesia. Pero ¿y la Iglesia de Dios? ¿Cómo está organizada? Se trata de un organismo espiritual, pero también está organizada en el plano físico, como veremos ahora.

La Iglesia es la Familia de Dios engendrada por Él (Efesios 2:19) con los miembros «edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2:20).

El versículo 21 prosigue explicando que la Iglesia es como un «edificio, bien coordinado, [el cual] va creciendo para ser un templo santo en el Señor».

Este es el templo al cual Cristo vendrá cuando regrese con gloria. Es este cuerpo de Cristo, la prometida de Él, la que será su esposa cuando Él regrese (no olvidemos que el Antiguo Pacto fue también un pacto de matrimonio).

«Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella... a fin de presentársela a sí mismo una iglesia gloriosa... » (Efesios 5:26-27).

Y de esa misma boda, dice: «¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero [Cristo], y su esposa [la Iglesia resucitada y glorificada] se ha preparado» (Apocalipsis 19:6-7).

No sólo es un organismo espiritual sino también una organización bien coordinada. Léase 1 Corintios 12: «No quiero, hermanos, que ignoréis... » (versículo 1). «... Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo» (versículo 20).

Pero es un cuerpo bien organizado (versículos 4-6, 11-12). «Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de

operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo... Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere. Porque así como el cuerpo es uno... » — unido, organizado como un grupo de acuerdo unánime, no compuesto por individuos disgregados tratando de servir a Dios cada cual a su propia manera.

«Porque así como el cuerpo es UNO y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo... » (versículos 12-13). «Para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros» (versículo 25).

«Y a unos puso Dios en la iglesia primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas» (versículo 28).

Ahora volvamos a Efesios. ¿Qué podemos decir del miembro que se sale de la Iglesia para tener su propia relación con Cristo, para lograr su propia salvación? ¿Está fuera del cuerpo de Cristo!

Nótese bien que la Familia de Dios está edificada sobre un fundamento. ¿Construiríamos un edificio sobre un fundamento de arena? La Iglesia de Dios está edificada «sobre el fundamento de los apóstoles [Nuevo Testamento] y profetas [Antiguo Testamento, cuyas profecías son para nosotros hoy — 1 Corintios 10:11], siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo» (Efesios 2:19-20).

¿Cuán bien organizada? «En quien todo el edificio [la Iglesia], bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor» (versículo 21).

«De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor» (Efesios 4:16).

Sí, Cristo organizó su Iglesia. «Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efesios 4:11-13).

¿Y qué decir del miembro aislado, de la «coyuntura» o parte que se va por su cuenta o que sigue a un hombre en lugar de la Iglesia de Dios, la cual ha brotado en sucesión continua desde la Iglesia apostólica fundada por Cristo en el año 31 E.C.? Es como un trozo de madera o piedra que se encuentra totalmente fuera del Cuerpo de Cristo, y por lo tanto no forma parte alguna de ese cuerpo que ha de unirse con Cristo en matrimonio.

Hemos visto que Dios les dio a los miembros legos de la Iglesia la misión especial de respaldar a sus apóstoles en la responsabilidad de ir al mundo con el evangelio — de apoyarlos con sus oraciones, aliento, diezmos y ofrendas.

Pero esta tarea de dar sus oraciones, su aliento y su apoyo económico fue una tarea asignada por Dios, como medio para desarrollar en ellos el mismo carácter santo y justo de Dios de manera que se hicieran aptos, juntamente con los apóstoles y evangelistas, para reinar con Cristo en el Reino de Dios. Este medio para desarrollar el carácter en los miembros legos de la Iglesia es el medio del altruismo, no el sistema satánico del egoísmo.

El camino de Dios y su ley es el camino del dar, del amor por los demás. Aquel que trate de ser un cristiano separado y aislado, que procure obtener su propia salvación, está adoptando el camino del egoísmo, que es el camino de Satanás. Yo, por lo menos, no intentaría meterme en el Reino de Dios por el camino de Satanás.

Nótese de nuevo por qué Dios ha puesto apóstoles, evangelistas, pastores y otros ancianos en su Iglesia. No es sólo para difundir el evangelio de esperanza al mundo sino también para «perfeccionar a los santos... para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto... »

Ahora bien, un individuo solo y aislado ¿puede edificarse a sí mismo fuera de la Iglesia? Muy improbable. Y ése no es el camino de Dios.

¿Cómo Dios infunde su verdad en la Iglesia? No es por medio de cada individuo separadamente sino por medio de los apóstoles y de los demás ministros bajo ellos.

En tiempos de los primeros apóstoles en el siglo primero, no toda la Biblia se había escrito. Dios se valió de unos pocos profetas, mediante los cuales se comunicó. Los profetas daban el mensaje a un apóstol. Hoy la Biblia está completa. Dios no se ha valido de profetas en su Iglesia en nuestros días.

Sin embargo, los legos de la Iglesia recibieron enseñanzas e instrucciones de los apóstoles. Los primeros doce recibieron enseñanzas de Cristo personalmente — lo mismo que Pablo. Jesucristo fue el Verbo personal de Dios y la Biblia es la Palabra escrita de Dios. Es toda la misma verdad y la misma enseñanza. El apóstol de Dios para nuestros días fue instruido por la Palabra de Dios escrita, ¡y es exactamente la misma enseñanza!

Pero ¿y qué del creyente separado y aislado que trata de obtener la salvación solo o siguiendo a un hombre cualquiera o alguna de las centenas de sectas llamadas cristianas? El tal se encuentra cortado de la enseñanza verdadera, la cual Cristo revela a su apóstol y por medio de éste.

¿Qué ocurre si alguien en la Iglesia está en desacuerdo con algún punto doctrinal? Pues está fuera de armonía con la Iglesia de Dios. Y Dios tiene sólo una Iglesia.

Se manda que todos en la Iglesia hablen una misma cosa: aquello que Cristo ha enseñado a su apóstol por medio de su Palabra escrita o en persona.

El apóstol Pablo escribió a la Iglesia en Corinto: «Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa» (1 Corintios 1:10). Algunos querían seguir a Pedro, otros a Apolos y otros a Pablo. Pero Pablo era su apóstol, y Cristo les enseñó por medio de Pablo.

El creyente individual, que se haya separado, seguirá lo que en su concepto es la verdad de Dios; pero ésta no es la manera en que Dios obra.

Dios, en su sabiduría todopoderosa, ha levantado la Iglesia como su medio para enseñar la misma verdad a todos, y para que todos hablen una misma cosa. Para que no hable cada cual lo que bien le parezca.

Dios levantó la Iglesia no sólo para que sus apóstoles y evangelistas fueran por el mundo anunciando la buena nueva del venidero Reino de Dios, sino también como el medio por el cual el cuerpo formado por los legos podría desarrollar el carácter santo y justo de Dios, dando de sus oraciones continuas por los apóstoles, dando su voz de aliento, dando sus diezmos y ofrendas.

Entonces ¿qué ocurre con el individuo que sigue a un hombre fuera de la Iglesia o que trata de conseguir su propia salvación obteniendo en vez de dar lo que los miembros deben aportar a la Obra? Recordemos la parábola de las diez minas en Lucas 19. Esta indica cómo Cristo da a cada miembro una mina (que representa el Espíritu Santo) en el momento de convertirse. Pero el cristiano tiene que crecer en el conocimiento y la gracia de Cristo, y al hacerlo, mediante la actitud y el acto de dar en la Iglesia de Dios, recibe una cantidad creciente del Espíritu de Dios. En cambio, el miembro aislado y separado probablemente saldrá perdiendo (véase Lucas 19:20-24).

¿Por qué la Iglesia?

Por último, respondamos a la pregunta: ¿Por qué la Iglesia? ¿Por qué Cristo no optó por «salvar» a los individuos separadamente? ¿Cuál es el verdadero objeto de la Iglesia?

El propósito y la función de la Iglesia han sido totalmente incomprendidos, como ocurre con casi todo lo de la Biblia. Satanás ha engañado a todo el mundo (Apocalipsis 12:9).

Jesucristo no vino con una campaña para salvar almas. La idea falsa más ampliamente difundida es aquella de que Cristo está luchando contra Satanás por «salvar a todo el mundo ahora», y que todos los que no se salven quedarán «perdidos» — condenados. No serán ni lo uno ni lo otro, puesto que ni siquiera están siendo juzgados todavía.

Pero en Adán, por decisión suya, la humanidad quedó sentenciada a 6000 años de separación de Dios (esto con excepción, claro está, de los pocos llamados para una misión especial).

Jesucristo ratificó esta sentencia enfáticamente (Juan 6:44). Ningún pasaje de la Biblia contradice esta clara afirmación de Jesucristo.

Jesús escogió y llamó a sus apóstoles, y durante tres años y medio los preparó para que fueran, juntamente con los profetas y con Él mismo, el fundamento sobre el cual se edificaría la Iglesia. También dio ejemplo a sus apóstoles durante esos tres años y medio proclamando el Reino de Dios venidero. Luego murió por los pecados de la humanidad y fue resucitado y ascendió al trono de Dios en el cielo.

En el día de Pentecostés del año 31 E.C., envió al Espíritu Santo, haciéndolo manifiesto en forma visible y audible, para fundar su Iglesia.

Aquel día de Pentecostés, fue Pedro, jefe de los apóstoles, quien proclamó el mensaje del evangelio, y Dios añadió a 3000 personas que fueron bautizadas el mismo día.

Uno o dos días más tarde (posiblemente al día siguiente), Pedro y Juan sanaron a un cojo y Pedro predicó el evangelio. Dios añadió otros 2000 a su Iglesia.

Pocos parecen caer en cuenta de que ni Cristo ni los apóstoles se embarcaron en una cruzada para salvar almas, ya que ésta no es sino una costumbre protestante moderna. Los apóstoles, al igual que Cristo, proclamaron el evangelio, las buenas nuevas de un mundo mejor. No era una invitación emocional a «entregarle el corazón al Señor».

Es cierto, desde luego, que en un principio los apóstoles recalcaron el hecho de que ellos eran testigos presenciales del Mesías y de su resurrección, porque los judíos escépticos se negaban a aceptar a Jesús como Mesías. Los apóstoles lo habían acompañado durante tres años y medio antes de su crucifixión y durante 40 días después de su resurrección.

Pero también proclamaron el mismo mensaje que Jesús les había dado — el mensaje del Reino de Dios. No se ponían a «ganar almas para el Señor», sino que Éste «añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hechos 2:47).

Cuando los apóstoles se tuvieron que enfrentar a persecuciones feroces, amenazas y encarcelamientos, los legos de la Iglesia los animaron, oraron fervientemente por ellos, y los apoyaron económicamente.

Aclaremos, pues, la verdad de una vez por todas. ¡El propósito de la Iglesia no era «salvar al mundo ahora»!

Dios tuvo un doble propósito al fundar su Iglesia en un mundo aislado de Dios:

1) Proveer un grupo unido de creyentes guiados por el Espíritu para que respaldaran a los apóstoles (y evangelistas) que habían sido entrenados específicamente para ir al mundo con el mensaje de Cristo. Esto era su parte en la gran comisión. Su obra era dar: dar de sus oraciones, de su confianza y de su apoyo económico para la obra evangélica organizada. Y éste es el medio del cual se vale Dios, y su «campo de entrenamiento» para:

2) Vencer a Satanás y desarrollar constantemente el carácter santo y justo, que los hace aptos para sentarse con Cristo en el trono del gobierno mundial.

La manera de desarrollar el carácter santo de Dios es la de dar. El camino de Dios es el camino del dar, del amor desinteresado. El camino de Satanás es el egoísmo, la búsqueda del propio bien, la hostilidad hacia el camino de Dios y su Iglesia.

Quiénes permitan que una actitud de hostilidad y rebelión contra la Iglesia de Dios y contra su gobierno en la Iglesia les induzca a salirse, a juntarse solos o a seguir a un hombre, ¡están simplemente buscando su propia salvación egoísta! Ese no es el camino de Dios.

La gloria que nos espera

Felizmente, la sentencia de 6000 años que pesa sobre el mundo de Adán y que lo aparta de Dios, tocará a su fin en nuestra generación. El mundo hoy (que sigue siendo de Satanás, excluyendo naturalmente a la Iglesia de Dios), se está dirigiendo vertiginosamente a la crisis suprema de la tribulación global. Pero dicen que «tras la tormenta viene la calma».

Repentinamente, cuando el mundo menos lo espere, Jesucristo vendrá con poder y gloria sobrenaturales. «A la hora que no penséis», dijo Jesús.

¡Pero su Iglesia estará preparada!

«Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron [murieron]. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:15-17). ¡El viene a reinar sobre todo el mundo!

Entonces se cumplirá la profecía de Apocalipsis 19:6-7: la voz poderosa del arcángel que clamará: «¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina! Gocémonos y alegrémonos... » La Iglesia resucitada gloriosa reinará con Cristo mil años.

Satanás será relegado. Dios llamará a todos los seres vivientes a su salvación. Después del milenio vendrá el Juicio del Gran Trono Blanco (Apocalipsis 20:11-12), cuando todos aquellos que estaban apartados de Dios serán resucitados en carne mortal y llamados a la salvación y a la vida eterna.

Luego, la gloriosa eternidad. Todos los santos, hechos inmortales, heredarán el trascendental potencial humano: renovarán la faz de todos los planetas deteriorados y terminarán la gloriosa y hermosa creación a lo largo y ancho del universo — ¡con gloria y felicidad eternas!

10

¿Qué significa la conversión?

Cuántas veces ha escuchado usted a los no creyentes — juzgando a alguien que profesa a Cristo decir con desdén: «¡Pues si esto es lo que significa ser un cristiano, prefiero mil veces no serlo!»?

¿Cuántos no hay que juzgan a Dios por la manera de vivir de quienes se dicen ser cristianos? ¿Y cuántos suponen que antes de que uno pueda convertirse en cristiano debe vivir una vida perfecta!

¿Cuántos no hay que dicen: «Si tan sólo pudiera dejar de fumar, me convertiría en cristiano»?

¿Cuántos no piensan que un cristiano debe ser perfecto alguien que jamás hace nada malo? Suponga que usted, efectivamente, ve o sabe de un cristiano que comete un error. ¿Acaso ello significa que en realidad él es un hipócrita — que, después de todo, no es un verdadero cristiano?

¿Es posible que uno llegue a pecar en tanto que es cristiano, y que aun así siga siendo un cristiano verdaderamente convertido?

La asombrosa verdad es que muy pocos conocen lo que es, en efecto, un cristiano. Pocos saben cómo es que uno llega a ser convertido — si se trata de algo repentino, de algo que ocurre de una sola vez, o más bien de un proceso paulatino. ¿Acaso la conversión tiene lugar súbitamente, o es algo gradual? Es tiempo ya de que entendamos lo que constituye la verdadera conversión.

¿Pueden pecar los cristianos? Y si alguno lo hace, ¿significa su «perdición»?

Primeramente, permítaseme formular — y contestar — la siguiente pregunta: «¿Qué significa la verdadera conversión cristiana?» ¿Acaso convierte a uno en cristiano el formar parte de una iglesia? ¿O se vuelve uno cristiano con sólo pronunciar las palabras: «Acepto al Señor Jesucristo como mi Salvador personal»?

Acudamos a la Biblia en pos de una definición.

En Romanos 8:6-9 leemos: «Porque la mentalidad de la carne es muerte, pero la mentalidad del Espíritu es vida y paz. Por cuanto la mentalidad de la carne es enemistad [hostil] contra Dios; porque no se somete a la ley de Dios, ya que ni siquiera puede; y los que viven según la carne [los que son carnales] no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él» (Versión Reina-Valera, Revisión de 1977).

Así pues, un cristiano es alguien que ha recibido, y en cuya mente mora, el Espíritu Santo de Dios. De otra manera, no es de Él — es decir, no es cristiano.

La falsa conversión

Millones podrán profesar ser cristianos, pero a menos que el Espíritu Santo de Dios, otorgado como su don por medio de la gracia, esté en ese momento morando en ellos, ¡no son cristianos!

Millones podrán tener sus nombres inscritos en los libros de registro de las diferentes iglesias, y aun así «no ser de Él» — ¡no ser cristianos en realidad! Y millones viven en este engaño (Apocalipsis 12:9).

De manera que, ¡comprendamos esto! Una persona es un cristiano — a los ojos de Dios — únicamente en tanto que el Espíritu Santo de Dios mora en él. ¡Ni un instante antes! ¡Ni un instante después!

Y así, una persona verdaderamente convertida es la que ha recibido — y actualmente tiene — el Espíritu Santo de Dios morando en ella. Sin embargo, aún hay mucho más que entender con respecto a lo que constituye la verdadera conversión.

La verdadera conversión

Si bien es cierto que en un sentido la verdadera conversión tiene lugar en un momento preciso — en un instante bien definido también lo es que en otro sentido la conversión debe desarrollarse paulatinamente — a lo largo de un proceso de crecimiento y maduración.

Ahora observe bien lo que a continuación se indica.

¿Cuándo es que uno se convierte realmente en un cristiano? ¿Cuando recibe el Espíritu Santo de Dios! En Romanos 8:9 leímos que a menos que tengamos el Espíritu Santo, no somos de Cristo — no somos cristianos.

Existe un tiempo específico y bien definido en el que el Espíritu de Dios entra en el individuo. En el mismo momento en que recibe el Espíritu Santo, en el primer sentido antes mencionado, queda convertido. Sí, en un instante. Si tiene el Espíritu de Cristo, es de Cristo — ¡es cristiano! La vida misma de Dios ha entrado en él — lo ha impregnado. Ha sido engendrado como hijo de Dios.

Pero, ¿significa esto que su salvación ha quedado asegurada? ¿Ha sido plena e irrevocablemente «salvo»? ¿Es esto todo lo que se requiere? ¿Se ha vuelto ahora, repentinamente, perfecto? Acaso ¿ahora le es imposible pecar?

¡No! ¡De ninguna manera! Pero, ¿por qué? ¿Cuál es la respuesta? ¿Por qué existe tanta confusión al respecto?

¿Por qué es que casi nadie comprende el propósito mismo de la vida cristiana?

El propósito de la vida cristiana

¿Por qué la gente no comprende el mismo evangelio que Jesucristo enseñó? El enseñó el Reino de Dios. Lo mismo hicieron sus apóstoles, inclusive Pablo. Jesús habló casi siempre en parábolas. Repasemos rápidamente una o dos de ellas. Observe lo que Jesús reveló. Trate de comprender el potencial maravilloso e increíble que tenemos.

Veamos la parábola del noble que partió hacia un país lejano, para posteriormente regresar. Se encuentra en Lucas 19:11-27. Jesús es aquel noble. Él iba a un país lejano — al cielo, donde se encuentra el trono de Dios, sede del gobierno de todo el universo. Él pronunció esta parábola porque sus discípulos pensaron que el Reino de Dios habría de aparecer inmediatamente. Hasta la fecha han transcurrido más de 1900 años y el Reino de Dios aún no ha aparecido.

Así es que en la parábola, Él llamó a sus diez sirvientes y a cada uno le dio diez minas (una unidad monetaria de aquel entonces). Esto simboliza una unidad de valor espiritual con la que cada uno habría de empezar. En otras palabras, esto representaba aquella porción del Espíritu Santo de Dios que fue otorgada a cada uno al momento de su conversión.

Pero sus ciudadanos lo odiaban. Lo rechazaron como su gobernante. Dijeron, «No queremos que éste reine sobre nosotros». El Reino de Dios es un gobierno reinante. Ellos, en aquel entonces, no recibieron la conversión — no les fue dada ni una sola «mina». (Pero aún alcanzarán la conversión, según revelan muchas otras escrituras.)

La razón de la ascensión del noble (Jesús) al cielo era «para recibir un reino y volver». En otras palabras, Él se dirigía al trono del gobierno de todo el universo, donde está sentado Dios Todopoderoso, el Padre, a fin de que le fuera conferido el dominio del mundo. La ceremonia de coronación tendrá lugar en el cielo, en el trono del gobierno universal. Cuando Él retorne, estará coronado con muchas diademas (Apocalipsis 19:12). El volverá para regir a todas las naciones con poder divino y todopoderoso (versículo 15).

Pero volvamos a Lucas 19. A su retorno, sus sirvientes, a quienes había hecho entrega del dinero — es decir, la unidad inicial del Espíritu de Dios al momento de su conversión — son llamados a rendir cuentas, «para saber lo que había negociado cada uno» mientras Él estuvo ausente. Esto significa que cada cristiano tiene la obligación de crecer espiritualmente — crecer en conocimiento espiritual y en gracia (véase 2 Pedro 3:18). La vida cristiana es una vida de aprendizaje — de entrenamiento para una posición dentro del Reino de Dios cuando seamos transformados de mortales a inmortales — cuando dejemos de ser humanos de carne y sangre para convertirnos en seres espirituales, con vida inmortal inherente en nosotros mismos.

En la parábola, el primero de los sirvientes vino a informar que había multiplicado en diez tantos lo que le había sido encomendado. Como usted puede ver, el recibir el Espíritu de Dios es un don que Él nos hace — es la parte que a Él le corresponde — y lo recibimos por medio de la gracia, como un don. Nada podemos hacer para ganarlo o merecerlo.

Pero a todo lo largo del Nuevo Testamento se revela que seremos recompensados según nuestras obras, mas no salvos por esas obras que hayamos realizado. Este hombre, por su propia iniciativa, había multiplicado su don espiritual en diez tantos — su mina se había convertido ahora en diez minas. Recibió una mayor recompensa que aquel que sólo obtuvo cinco minas.

El noble (Cristo) le dijo: «Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades».

Él había llenado los requisitos para convertirse en un gobernante. Había sido fiel a los mandamientos de Dios — a su gobierno. Debemos aprender a ser gobernados antes de poder, a nuestra vez, gobernar.

El segundo siervo había aumentado en cinco tantos su surtido espiritual de bienes. Había calificado, en esta vida, para recibir la mitad de lo que al primer siervo se le entregó. Recibió la mitad de la recompensa.

El Reino de Dios

De manera que la parábola de las minas muestra que los cristianos habrán de gobernar bajo Cristo cuando sea establecido el Reino de Dios. Jesús hablaba de gobierno — de un gobierno mundial. Esta parábola fue dada para mostrar que el Reino de Dios no habría de ser establecido en aquel entonces. El Reino no es algo etéreo y sentimental que llevamos «en nuestro corazón». ¡No es la Iglesia!

La profecía de Daniel muestra que los santos habrán de gobernar, bajo Cristo el Mesías, cuando Él establezca su gobierno mundial. Véase Daniel 2 — lea todo el capítulo y entonces tome nota del versículo 44. Este Reino hará desaparecer toda otra forma de gobierno — todo gobierno humano — y permanecerá firme para siempre. Observe Daniel 7 y en particular los versículos 18 y 22. Será un reino terrenal — no uno en el cielo, sino «debajo de todo el cielo», versículo 27.

Jesús dijo: «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro ... » (Apocalipsis 2:26-27).

Dijo además, «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apocalipsis 3:21). Cuando Jesús dijo esto por medio del apóstol Juan en 90 E.C., Él estaba en el cielo con su Padre, en el trono desde el cual se gobierna todo el universo.

Cuando Jesús se siente en su propio trono en esta Tierra, será sobre el trono de David, en Jerusalén. Tome nota de lo que se dice de Jesús: «Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lucas 1:32-33).

Pero Él no tenía pensado establecer el gobierno mundial del Reino de Dios en aquel entonces. La Biblia habla de tres mundos — o eras — en orden cronológico. En primer término, el mundo antiguo que fue sepultado bajo las aguas — anterior al Diluvio; después, este presente siglo (mundo) malo; y, finalmente, el mundo por venir. Jesús, mientras era juzgado ante Pilato, dijo que había nacido para ser Rey (Juan 18:37), pero que su Reino no era de este mundo (versículo 36). ¡El habrá de reinar en el mundo de mañana!

Bajo Cristo, los santos (cristianos guiados por el Espíritu Santo) habrán de reinar «sobre la tierra» (Apocalipsis 5:10) durante mil años (Apocalipsis 20:4,6).

¿Por qué ha sido engañado todo el mundo con un falso evangelio (Apocalipsis 12:9)? ¿Por qué ha sido engañado de manera que crea en un Reino de Dios que no es el verdadero?

Lea una vez más las muchas parábolas de Jesús. Ahí se enseña sobre el Reino de Dios. Ahí se revela claramente el hecho de que el Reino de Dios es el gobierno mundial que ya próximamente será establecido por Cristo, quien vendrá con todo poder y gloria, para traernos paz mundial, abundancia, dicha y felicidad.

El propósito de la vida cristiana es preparar a futuros reyes que gobiernen con y bajo Cristo. ¿Cómo, entonces, se convierte uno en cristiano? ¿En qué momento? Y, ¿cómo es que la salvación es un proceso, así como una fase inicial en la que uno se convierte, instantáneamente, en cristiano?

He aquí la pura verdad que usted necesita saber.

El verdadero arrepentimiento

Repito: «Un cristiano [un individuo verdaderamente convertido] es aquel que ha recibido, y en cuya mente mora, el Espíritu Santo de Dios».

Pero, ¿cómo recibe uno el Espíritu de Dios?

En el día en que se inició la Iglesia de Dios, el apóstol Pedro dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2:38).

¿Arrepentirse de qué? Del pecado. ¿Y qué es el pecado? «El pecado es infracción de la ley» (1 Juan 3:4). ¿Cuál ley? La ley a la que la mente carnal, que es enemistad contra Dios, no se sujeta la ley de Dios (Romanos 8:7). Una vez más leemos del «Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen» (Hechos 5:32).

Estas son las dos condiciones para recibir el don de Dios que es su Espíritu Santo: arrepentimiento y fe. El ser bautizado constituye la manifestación externa de nuestra fe interior en Cristo. El arrepentimiento no consiste únicamente en sentirse apenado por algo que uno ha hecho. Es, más bien, un sincero arrepentimiento de lo que uno es y ha sido — de toda su actitud y vida pasada, separado de Dios.

Es un cambio total de forma de pensar y de sentir y de vivir. Es un cambio hacia un nuevo camino de vida. Es una renuncia al camino egocéntrico de la vanidad, la codicia, la hostilidad a la autoridad, la envidia, los celos, el egoísmo y la falta de interés en el bienestar de los demás, y una aceptación del camino de vida teocéntrico (centrado en Dios), el camino de la obediencia, la sumisión a la autoridad, del amor hacia Dios más que el amor a sí mismo, así como también de un amor e interés por el bienestar de nuestros semejantes igual al interés que sentimos por nuestra propia persona.

El amor es el cumplimiento de la ley de Dios (Romanos 13:10) — pero la ley de Dios es una ley espiritual (Romanos 7:14) y únicamente puede ser cumplida «por el amor de Dios [que] ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Romanos 5:5).

El Espíritu Santo abrirá la mente de un individuo para que entienda las instrucciones de Dios con respecto a cómo vivir, pero no lo obligará a vivir a la manera de Dios — es decir, no atrae ni tampoco empuja a la fuerza. Cada cristiano debe tomar su propia iniciativa, si bien el Espíritu de Dios le brindará toda la ayuda, la fe y el poder que necesite. Pero son los que «son guiados por el Espíritu de Dios» quienes «son hijos de Dios» (Romanos 8:14).

La verdadera conversión cristiana

Las dos condiciones ya citadas para llegar a ser un cristiano — el arrepentimiento y la fe — son algo que nosotros mismos debemos aportar. Pero éstas no nos convierten en cristianos — no producen la conversión. Es lo que Dios aporta — al otorgarnos su Espíritu Santo por medio de su gracia, como un don gratuito — lo que nos convierte.

Nuestro arrepentimiento y fe no nos dan el derecho a recibir el Espíritu de Dios. Dios no nos da su Espíritu debido a que nos arrepentimos y creemos. Él da su Espíritu porque quiere darlo. Él quiere que tengamos su Espíritu como un don de Él desde antes de que nosotros nos arrepintamos. Es sólo que Él exige como condiciones el arrepentimiento y la fe.

No obstante, ningún hombre puede decir, de sí, «Ah, ahora comprendo — debo arrepentirme. Está bien, decido arrepentirme». Uno no puede decidir a la ligera arrepentirse, como si fuera algo de rutina. ¿Por qué?

Jesucristo dijo que ninguno podía venir a Él si el Espíritu del Padre no le trajera (Juan 6:44, 65). Dios concede el arrepentimiento (Romanos 2:4). Dios llama a la persona y actúa en la mente y la conciencia por medio de su Espíritu, que opera desde el exterior. Por regla general se suscita un verdadero conflicto interno. El individuo ha sido sacudido con el conocimiento de que ha practicado la maldad — de que es perverso — que ha pecado — en fin, de que es un pecador. Es llevado al punto del verdadero arrepentimiento, no únicamente por lo que ha hecho, sino por lo que ahora ve que él es. No es nada fácil. El «yo» jamás se resigna a morir. Arrepentirse es rendirse incondicionalmente a Dios ¡someterse a su ley!

Sin embargo, es el individuo mismo quien toma la decisión. Si él, en efecto, se arrepiente, se rinde ante Dios y con fe acepta a Jesucristo como su Salvador personal, entonces, al cumplirse estas dos condiciones, Dios promete infundir su mente con el don del Espíritu Santo, que es la vida misma de Dios — vida espiritual. Este Espíritu le imparte a esa persona la naturaleza divina.

Ahora bien, hasta este punto, ¿qué es lo que ha ocurrido? El recién converso apenas ha sido engendrado de Dios — no ha nacido aún. Muchas personas que creen haber «nacido de nuevo» al momento de recibir el Espíritu Santo están equivocadas, si bien más con respecto a la terminología que al proceso que tiene lugar.

Este nuevo converso no ha recibido la medida plena del Espíritu de Dios que Cristo tenía; es únicamente un bebé espiritual en Cristo. Ahora debe crecer espiritualmente, tal como un embrión recién concebido en el vientre de su madre debe crecer físicamente hasta estar lo suficientemente desarrollado para nacer como humano.

El converso ahora se ha arrepentido en su mente, desde lo más profundo de su corazón. Ha sido completamente sincero. Con todo candor y sinceridad en su mente y corazón ha dado la media vuelta y ha empezado a vivir una vida diferente. Ahora es un cristiano — ha recibido el Espíritu Santo de Dios. Ha sido convertido, y es ahora cristiano. Realmente desea hacer lo recto obedecer a Dios — vivir según el camino de Dios.

¿Qué ocurre si peca un cristiano?

Tenemos, pues, que un cristiano convertido es alguien que ha recibido el Espíritu de Dios, el cual mora en él, guiándolo de manera que siga el camino de vida de Dios. Un cristiano convertido ha renunciado a su pasada forma habitual de vivir — su camino egoísta, desentendido de Dios. Ahora vive habitualmente por la Palabra de Dios — vive en conformidad con esa revelación.

Pero suponiendo — tal como ocurriría con un bebé de 10 ó 12 meses de edad que trata de aprender a caminar — que al «andar» en este nuevo camino, tropieza, «cae», por así decirlo, y comete un pecado. ¿Acaso entonces está condenado — perdido? ¿Ha dejado de ser un cristiano?

Quiero que todos entiendan y tomen nota de lo que el apóstol Juan fue inspirado a escribir para nuestro beneficio. Se encuentra en la Primera Epístola de Juan:

Refiriéndose a Cristo, en su salutación inicial, como a «lo que era desde el principio... la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Juan 1:1-3).

El verdadero cristiano ha sido reconciliado con Dios mediante Cristo. Y, dotado del Espíritu de Dios, en efecto disfruta de una verdadera comunión con el Padre y el Hijo, Jesucristo. Y aún su comunión con sus hermanos en la fe es por medio de Dios y Cristo. El está unido a ellos, tal como las diversas ramas están adheridas a una vid y unidas entre sí a través de y por esa vid. Compárese la analogía de Jesús en Juan 15:1-7. Es el caso que los cristianos, en efecto, caminan con Cristo — y dos no pueden andar juntos si no están de acuerdo entre sí (Amós 3:3).

Continuemos ahora en 1 Juan 1: «Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad» (versículos 5-6). En otras palabras, Él — el Cristo viviente — camina en la luz como si fuera sobre un sendero luminoso. Pero si nosotros andamos en tinieblas, entonces, el nuestro es un sendero completamente distinto, en el que existe la oscuridad. Por consiguiente, no estamos andando con Él, y si decimos que sí lo hacemos, entonces mentimos.

Pero suponga que al estar caminando con Él — en la luz uno de nosotros tropieza y cae. No se trata aquí de rechazarlo a Él o su sendero por uno diferente — uno de tinieblas. Si decimos, «Oh, lo siento», ¿acaso no nos dará Él una mano y nos ayudará a levantarnos para que continuemos por ese mismo camino? ¿Acaso se enojaría Él y diría, «Apártate de mi camino — ve a seguir un sendero de tinieblas y oscuridad»?

En otras palabras, el verdadero cristiano ha abandonado su vida anterior de pecado habitual y su actitud anterior de egoísmo y vanidad. Previamente no tenía la menor intención de vivir según el camino de Dios, pero ahora ha cambiado de dirección. En general, su vida ahora consiste en seguir el camino habitual de la vida cristiana.

Sin embargo, él no es perfecto al instante de ser convertido y recibir el Espíritu de Dios. Debe crecer, espiritualmente, en la gracia y en el conocimiento de Cristo, según escribió el apóstol Pedro en su Segunda

Epístola, capítulo 3 y versículo 18. Siendo una criatura de hábito, sus anteriores hábitos no desaparecen automáticamente sin ningún esfuerzo de su parte. ¡Todo lo contrario! ¡Debe aprender a sobreponerse al pecado! Es inevitable que de vez en cuando se encuentre desprevenido y cometa un error. Así que continuemos con 1 Juan 1:

«Pero si andamos en luz» — es decir, aunque de vez en cuando podamos tropezar, se trata ahora de una caída ocasional — no de rechazar el camino de Dios — no de volver nuevamente a nuestra vida anterior de pecado continuo y habitual.

¿Empieza usted a comprender la diferencia? El verdadero cristiano tiene la firme intención de vivir como lo manda Dios. Quiere y trata de hacerlo. Y, en general, ésta constituye ahora su nueva forma habitual de vivir. Un tropiezo o un pecado ocasional no significa que en su mente y en su corazón haya rechazado a Dios y a su camino. Continuemos:

«... como él está en luz» — si ése es ahora nuestro propósito, nuestra meta y nuestra forma habitual de vida — entonces «tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia [a quienes somos ahora cristianos] de todo pecado. Si decimos [nosotros, como cristianos] que no tenemos pecado, nos, engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (versículos 7-8).

Si nosotros, ahora cristianos, decimos que ya somos perfectos — que jamás tropezamos, erramos o cometemos un pecado, nos engañamos a nosotros mismos. Yo conocí a una mujer que se engañaba a sí misma de esta manera. Pretendía estar por encima de todo pecado — afirmaba que jamás pecaba. Y aunque era lo que muchos llamarían una «buena mujer», en realidad estaba cometiendo el más grande de todos los pecados — ¡el del orgullo y la vanidad espirituales! Se gloriaba de su estado de perfección. Carecía de humildad cristiana.

Pero, si al caminar por este sendero luminoso con Dios, uno tropieza y cae, ¿acaso Dios lo desecha a uno como si fuera algo indeseable?

Versículo 9: «Si confesamos [nosotros, los cristianos; no se está haciendo referencia aquí a los no convertidos] nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad».

Es importante que tomemos nota de la palabra «si». «Si confesamos nuestros pecados». Cuando tropezamos, debemos estar dispuestos a reconocerlo — debemos arrepentirnos de ello debemos pedir perdón. Si lo negamos o echamos a otro la culpa, no seremos perdonados. Debemos confesarlo — ¡a Dios!

«Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros». El contexto continúa en el segundo capítulo: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis».

En otras palabras, no debemos pecar — debemos tratar de evitar cualquier pecado. Dios no nos da licencia para pecar. Pero, «si alguno hubiere pecado, abogado tenemos [nosotros, los cristianos] para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados [nuevamente, hablando de nosotros, que somos cristianos]; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Juan 2:1-3). Pero, por supuesto, Él es la propiciación por los pecados de los no convertidos en el mundo únicamente a partir del momento en que llegan a arrepentirse de veras y tener la fe en Cristo.

La verdadera conversión un proceso

Por no comprender todo este proceso que hemos examinado, muchos se desalientan. Y algunos aun dejan de tratar de vivir una vida cristiana. ¿Por qué? Debido al falso concepto de que un cristiano es alguien que se vuelve perfecto de un solo golpe, o que uno no puede convertirse en cristiano sino hasta que haya vencido todos sus hábitos equivocados y se haya vuelto justo por su propio esfuerzo.

Es vital que entendamos cómo opera el verdadero cristianismo. El cristiano recién engendrado debe crecer espiritualmente. ¿Qué pensaría usted de un bebé humano que de pronto alcanzara dos metros de estatura, sin pasar por el proceso de crecimiento? El crecer requiere tiempo. Hay un instante en el que la persona recibe la impregnación del Espíritu Santo de Dios — cuando por primera vez se convierte en cristiano. Pero es sólo un bebé espiritual debe crecer espiritualmente.

La persona recién convertida con toda sinceridad ha dado una media vuelta en su mente y en su corazón. Efectivamente ha logrado hacer contacto con Dios y ha recibido su Espíritu Santo. La naturaleza divina de Dios mismo ha sido concebida dentro de ella. Pero es todo lo que tiene: Meramente una concepción — no la maduración completa. Aún es humana — mortal — de carne y sangre. Aún está compuesta de materia, no de espíritu.

¡Comprenda esto!

Durante casi 6000 años, la humanidad ha seguido el camino del orgullo y la vanidad, del egoísmo y la codicia, de la indiferencia hacia los demás — ha sucumbido al espíritu de la competencia, de la oposición, de la discordia, del afán de adquirir y de exaltar al yo. Los humanos han vivido con la sola idea de agradarse a sí mismos; han dado rienda suelta a los celos, a la envidia, al resentimiento hacia los demás, a un espíritu de rebelión en contra de toda autoridad y de hostilidad hacia Dios y su ley.

El cristiano debe sobreponerse a estas tendencias.

El cristiano debe desarrollar un carácter justo, que consiste en elegir el camino correcto, y resistir el equivocado — en disciplinarse a sí mismo para andar por el sendero debido, en lugar de continuar por el del deseo propio y de la vanidad.

El carácter perfecto

El propósito de Dios al haber creado a la humanidad — al haber hecho que usted naciera — es reproducirse a sí mismo.

Dios, por sobre todas las cosas, es carácter justo y perfecto. Y Dios puede crear carácter en nosotros; pero ello debe ser el resultado que proviene de una decisión libre e independiente de parte nuestra. Nosotros, como entes individuales, tenemos una parte importante que cumplir en el proceso.

¿Qué es el carácter perfecto? Es la habilidad que tiene un ente independiente, dotado de libre albedrío, de llegar al conocimiento del bien y del mal — de lo verdadero y de lo falso — y de elegir lo bueno, y tener la voluntad para ejercer la autodisciplina a fin de hacer lo bueno y resistir lo malo.

Al igual que los músculos, el carácter se desarrolla y crece por medio del ejercicio. Yo sé que podría fortalecer mis músculos y hacer que mis brazos sean más fuertes si los contraigo y extendiendo repetidas veces. Pero si a eso agregó un objeto pesado que oponga mayor resistencia, el músculo se desarrollará con mayor rapidez. Existe dentro de nosotros una naturaleza que ejerce una poderosa atracción magnética — una fuerza que va en contra del carácter perfecto y justo — a fin de darnos algo que resistir, con el exclusivo propósito de fortalecer y desarrollar el carácter adecuado.

El carácter de Dios se aferra a su ley — hacia el camino del amor. Es una preocupación desinteresada por el bienestar de los demás. Dios tiene ese carácter. Se preocupa por el bienestar de usted y por el mío. Él dio a su único Hijo para reconciliarnos a Él y hacer posibles para nosotros la dicha de su carácter y la vida eterna (Juan 3:16). Él derrama sobre nosotros todo don bueno y precioso. Aún pone a nuestro alcance su naturaleza divina (2 Pedro 1:4) — cuando nos arrepentimos y abandonamos los caminos errados de este mundo; cuando empezamos a resistir al mundo y a acudir a Él por medio de la fe en Jesucristo como nuestro Salvador personal.

La naturaleza divina de Dios es la naturaleza del amor — de dar, de servir, de ayudar — del interés por los demás. Es también la naturaleza de la humildad.

Cuando uno se convierte — cuando se ha arrepentido y abandonado los falsos caminos del mundo — cuando ha recibido en un solo momento el Espíritu Santo de Dios, su humanidad, su naturaleza humana, no desaparece de repente. Esta también permanece. Aún ejerce esa atracción magnética. Aún seguimos viviendo en este mundo malo, y éste ejerce una atracción. Dios aún permite a Satanás continuar en el mundo y él también ejerce un magnetismo poderoso.

De manera que son tres poderes dominantes los que debemos resistir y vencer. Debemos sobreponernos a Satanás, a este mundo y a nuestra propia naturaleza. Tenemos que luchar contra los tres a fin de que se desarrollen en nosotros fuerza y carácter. Dios dice claramente que son los vencedores quienes serán salvos — quienes reinarán con Cristo (Apocalipsis 2:26-27; 3:21; 21:7).

La ayuda de Dios

Ningún ser humano tiene la fuerza suficiente para lograr esto por sí mismo. Debe pedir y recibir con fe la ayuda y el poder de Dios. Aún con el poder de Dios no podrá vencer estas fuerzas fácilmente o de una sola vez. ¡No es fácil! Cristo claramente dijo que el camino que conduce a la salvación final es duro y difícil (Mateo 7:13, 14). Es una lucha constante — una batalla contra el propio yo, contra el mundo y contra el diablo. La creación del carácter viene como resultado de la experiencia. Requiere de tiempo.

Este desarrollo es un proceso. Se trata de un proceso de crecimiento y de gradual desenvolvimiento. Para llegar a la perfección, se requiere del conocimiento pleno y correcto de la Palabra misma de Dios, porque Jesús enseñó que debemos vivir por toda palabra de Dios (Mateo 4:4; Lucas 4:4).

La mente natural e inconversa no puede comprender plena y correctamente las Escrituras de Dios. Pero el Espíritu Santo abre la mente a este entendimiento espiritual. La adquisición misma de este conocimiento es un proceso que requiere tiempo. Son los hacedores de esta Palabra, no sólo los oidores, los que serán salvos (Romanos 2:13).

Pero, ¿acaso puede algún individuo hacer, en forma inmediata, todo lo que se requiere de él en este nuevo camino que está siguiendo? ¿Puede alguien de pronto vencer todos los hábitos que ahora reconoce que son equivocados? No, él se da cuenta de que tiene que luchar contra los hábitos que adquirió a lo largo de su vida.

Aún debe sobreponerse a la atracción magnética de la naturaleza humana. Esta naturaleza constituye una ley que opera dentro de él — producida por las transmisiones de Satanás el diablo — el príncipe de la potestad del aire (Efesios 2:2). El mundo entero está sintonizado a la mente misma del diablo (Apocalipsis 12:9).

El apóstol Pablo llama a esta atracción de la naturaleza humana — la ley del pecado y de la muerte.

Pablo estaba convertido y fue un verdadero cristiano. Se había arrepentido, aceptado a Cristo, y recibido el Espíritu Santo. En su mente — con todo su corazón y con verdadera e intensa sinceridad — él quería hacer la voluntad de Dios. Pero, ¿acaso Pablo la hizo perfectamente?

Dejemos que él mismo nos lo diga. ¡Escuche!

La experiencia de Pablo

«Porque sabemos que la ley es espiritual», escribió él, «mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago... De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí». Él está hablando aquí de la naturaleza humana que llevaba dentro.

Continúa, «... porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago ... Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros» (Romanos 7:14-23).

La ley de su mente es la ley de Dios — los Diez Mandamientos. La ley que está «en sus miembros» es la naturaleza humana. Entonces Pablo exclama: «¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» Enseguida da gracias a Dios — porque es Dios quien lo hará — a través de Jesucristo y por medio del poder de su Espíritu Santo. ¡Pero esto requiere tiempo!

El cristiano verdaderamente convertido encontrará que con frecuencia tropieza bajo la tentación y cae — tal como un bebé físico tropieza y cae al estar aprendiendo a caminar. Pero el bebé de un año no se desalienta o deja de tratar de caminar. Se levanta y hace otro esfuerzo.

¡El cristiano verdaderamente convertido aún no es perfecto! Dios ve el corazón — el motivo interior — la verdadera intención. Si uno está tratando — si se levanta siempre que cae y con sincero arrepentimiento pide el perdón de Dios, y va de nuevo a poner su mejor esfuerzo a fin de que ese error no se repita — y si persevera con renovado empeño, Dios es generoso en misericordia hacia el hombre en su esfuerzo por vencer.

Creo que ya debe ser obvio que el cristiano recién convertido no se vuelve perfecto de un solo golpe. Él no comete ni debe cometer pecados con un espíritu y actitud de rebelión en forma deliberada y voluntaria. ¡Precisamente eso es de lo que se ha arrepentido! Él ahora desea vivir por completo alejado del pecado. Pero para lograrlo de una manera perfecta, primero necesitaría tener todo conocimiento espiritual. Tendría que vivir por cada palabra de la Biblia. El Espíritu Santo imparte percepción espiritual para poder comprender la Biblia. Y llegar a entender toda la Biblia toma tiempo. Tenemos que crecer en el conocimiento de cómo vivir perfectamente sin pecar.

Un cristiano puede, por fuerza de hábito o en un momento de debilidad y tentación, pecar. Pero si es cristiano, de inmediato se arrepentirá, y con base en este arrepentimiento el sacrificio de Cristo lo limpia de pecado (1 Juan 1:7-9).

Frecuentemente las personas convertidas son abrumadas por tentaciones más poderosas que las anteriores a su conversión. Luchan contra el pecado, se esfuerzan por sobreponerse. Pero aún no son perfectas.

Algunas veces son tomadas desprevenidas. En ocasiones aún pueden pecar. Entonces, por así decirlo, despiertan y se dan cuenta de lo que han hecho y se arrepienten. Se llenan de remordimiento — están verdaderamente apenadas — disgustadas consigo mismas. Acuden a Dios y claman pidiendo su ayuda pidiéndole más poder y fortaleza para vencer (Hebreos 4:16).

¡Este es el camino del cristiano!

Es el camino de la lucha constante — de esforzarse por vencer el pecado — de buscar a Dios en oración sincera, pidiendo ayuda y poder espiritual para vencer. Y si son diligentes, constantemente ganarán terreno. Constantemente crecerán en el conocimiento de Dios, por medio de la Biblia. Constantemente erradicarán hábitos perniciosos, creando en su lugar hábitos provechosos. Continuamente se acercan a Dios a través del estudio de la Biblia y por medio de la oración. Siguen creciendo en carácter y se dirigen hacia la perfección — aún no son perfectos.

¿Y si uno muere?

Pero, alguno preguntará, ¿qué ocurre si la vida de uno es cortada y muere antes de haber alcanzado esta perfección? ¿Será salvo o estará perdido? La respuesta es que nunca obtendremos la perfección absoluta en esta vida.

He dicho anteriormente que una persona convertida, en efecto, recibe el Espíritu Santo en un preciso momento — en un solo instante. No la plenitud que tenía Cristo. Sin embargo, es, en ese momento, un individuo convertido — cambiado en mente y en actitud, optando por otro camino, en el cual él mismo ha decidido andar. Y aunque todavía no haya alcanzado la perfección aunque tropiece bajo la tentación y haya algunas veces caído espiritualmente — en tanto que en su mente y corazón esté sinceramente dispuesto a seguir el camino de Dios, a sobreponerse a sus debilidades y a crecer espiritualmente — en tanto que el Espíritu de Dios esté morando en él — mientras sea guiado por ese Espíritu, sigue siendo un hijo engendrado de Dios.

Si en cualquier punto a lo largo de su vida, muere prematuramente, ese hombre será resucitado — será salvo — se levantará inmortal en el Reino de Dios.

Jamás se dé por vencido

Es únicamente aquel que se da por vencido y abandona el camino (Hebreos 10:38) — el que desprecia a Dios, el que rechaza su camino y a Cristo como su Salvador — el que descuida o se aparta del sendero de Dios, en su mente y en su corazón (en su propósito interior), quien deliberada e intencionalmente, en su interior — o bien, como resultado de una prolongada negligencia — abandona a Cristo — quien se perderá.

Si una vez convertido, habiendo recibido el Espíritu de Dios y experimentado los gozos del camino de Dios, uno deliberadamente rechaza ese camino, toma la decisión, no bajo la presión de una fuerte tentación, sino deliberada y terminantemente, de no seguir el camino de Dios, entonces Dios dice que es imposible restaurar a semejante persona al arrepentimiento. Tendría que arrepentirse de esa decisión. Pero si la tomó voluntariamente, no en medio de una tentación apremiante, sino calmada y deliberadamente — libremente — entonces simplemente no se arrepentirá de ella.

¡Pero cualquiera que tema haber cometido el «pecado imperdonable» — que esté preocupado por ello y tenga el ardiente deseo de no haberlo cometido y aún desee y añore la salvación de Dios alguien así no lo ha cometido — puede arrepentirse y proseguir hacia la salvación, si ése es su deseo!

¿Qué hacer?

Si usted ve a un cristiano cometer un error, no juzgue ni condene — ¡eso le corresponde a Dios, no a usted! Tengamos compasión y misericordia — nosotros no conocemos los motivos interiores de los demás — ¡únicamente Dios los conoce!

Y si usted mismo ha tropezado y caído, no se sienta desalentado. Levántese y prosiga su camino.

Dios mira el corazón — la actitud — la intención.

En tanto que uno, en su corazón, tenga el deseo verdadero de caminar en el camino de Dios con Él — en tanto se aflija y se arrepienta cuando haya cometido el pecado ocasional — y mientras busque en todo momento sobreponerse al pecado y andar en el camino de Dios habitualmente, ciertamente tropezará ocasionalmente, pero

si confiesa su falta y se arrepiente, será perdonado. Por otra parte, si es diligente en su vida cristiana, sus caídas ocasionales serán cada vez menos frecuentes — estará haciendo buen progreso, venciendo, desarrollándose espiritualmente y creciendo en el carácter santo y justo de Dios.

¿Cuál es su actitud? Cuando usted ha pecado, ¿no ha tenido ello la menor importancia para usted? Si es así, está en terreno peligroso. ¿Justifica usted sus faltas, suponiendo que otros tienen la culpa? Eso jamás justificará sus pecados. ¿Aún desea seguir el camino de Dios? Entonces no es demasiado tarde. Apártese de los pecados, confiéselos — a Dios. ¡Arrepíentase! Levántese, tome la mano que Cristo le tiende para ayudarle, y prosiga a la meta, sobreponiéndose al pecado y creciendo espiritualmente.

Pero recuerde, una vez que usted sabe que realmente se ha arrepentido y que ha sido perdonado, no repita los pecados, sino olvídelos. Como escribió el apóstol Pablo, «olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Filipenses 3:13-14).

11

La naturaleza humana, y como el mundo entero está engañado sobre su origen

EN UNA OCASIÓN ESCUCHÉ A ALGUIEN DECIR: «No más mira a ese lindo y dulce bebé — y pensar que está lleno de esa malvada y vil naturaleza humana».

¿Pero era esto cierto?

Piense en esta paradoja. ¿Cómo puede ser explicada? La mente humana puede producir verdaderas maravillas. Hemos enviado grupos sucesivos de hombres a la Luna. Hemos hecho posible que regresen salvos y sanos a la Tierra. Sin embargo, estas increíbles mentes humanas no pueden solucionar los problemas que tenemos aquí en la Tierra — no pueden producir la paz mundial. ¿Por qué? Toda la violencia, las guerras, la corrupción, la improbidad y la inmoralidad son cosas que se les culpa a la naturaleza humana.

Pero, ¿de dónde procede la naturaleza humana? ¿Acaso la inculcó el Sumo Creador en nosotros desde la creación? ¿Nacimos con ella? Y por favor tome en cuenta que estoy hablando de la naturaleza humana en su fase espiritual perversa — llena de vanidad, codicia, egoísmo, envidia, celos, competencia, contienda, rebelión contra toda autoridad, resentimiento y odio.

Para dar una respuesta completa se requiere un conocimiento de lo que es la naturaleza de la mente humana — accesible únicamente por medio de la revelación divina. Lo que compone la mente humana, en comparación al cerebro animal, ya ha sido explicado. Pero, ¿por qué tan maravilloso poder mental produce tanta maldad?

¿Acaso un Dios que es todo amor, misericordia y poder, deliberadamente plagó a la raza humana que Él mismo creó, con una naturaleza innata de vanidad, codicia y egoísmo — con un corazón de hostilidad contra Dios, lleno de engaño, envidia, celos y odio?

¿Cómo era Adán cuando fue creado?

Primero, veamos lo que es revelado sobre el primer hombre Adán y su naturaleza cuando fue creado.

La Biblia sólo revela, en forma muy breve, los puntos verdaderamente culminantes de la historia humana durante los primeros dos mil años: un tercio del tiempo transcurrido desde la creación del hombre hasta el presente. Apenas once capítulos están dedicados a todo ese período. El relato sobre la primera pareja creada se limita a un brevísimo sumario.

Los primeros seres humanos fueron el resultado del último acto de creación, en el sexto día de lo que comúnmente conocemos como «semana de la creación», registrada en Génesis 1:1.

Dios había creado la vida vegetal — la flora — en el tercer día de esa semana, y la vida animal — la fauna — durante el quinto y el sexto días, fijando que cada criatura se reprodujera «según su género» (versículo 25), es decir, el ganado de ganado, los leones de leones, los caballos de caballos, etc..

Y entonces dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»; en otras palabras, «hagamos al hombre según el género Dios». ¡En realidad Dios estaba reproduciéndose a sí mismo!

Notemos que el nombre «Dios» — Elohim en la lengua hebrea en que originalmente se escribió el Génesis — es un sustantivo colectivo o uniplural, al igual que «familia», «grupo», «iglesia», etc. Se trata, por tanto, de una familia compuesta por más de una persona. Es como un equipo, como una iglesia, que forma una

unidad, pero una unidad compuesta por varias personas. El Dios a quien Jesucristo oró es el Padre de esa familia que es Dios. Dios es una familia, pero una sola, es decir, un Dios.

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Génesis 1:27). ¿Por qué? Porque la reproducción humana es el tipo de Dios reproduciéndose a sí mismo. Y la reproducción física exige ambos sexos.

Pero continuemos: «Y los bendijo Dios... » ¿Acaso bendijo Dios al hombre creando en él una naturaleza malvada y pecaminosa, totalmente incapaz de someterse a los deseos divinos? « ... Y les dijo: fructificad y multiplicaos; llenad la tierra... » (Génesis 1:28).

«Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (versículo 31). Si los primeros humanos — tal como Dios los creó — eran «buenos en gran manera», ¿podía haber en ellos una naturaleza perversa y hostil a Dios?

Esta pregunta debería dar a todos los lectores bastante sobre que reflexionar.

¿Qué nos revela este relato de la creación de los primeros seres humanos acerca de Adán? ¿Qué nos dice acerca de la naturaleza de Adán al tiempo de su creación? Repito: esta parte de la Biblia se limita a consignar, muy brevemente, los puntos realmente culminantes. Sin embargo, lo poco que se nos revela es todo lo que necesitamos saber.

«El Eterno Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar... » (Génesis 2:19).

Aquí en el más breve resumen, podemos ver claramente si se nos está presentando una naturaleza rebelde y desobediente en Adán o, por el contrario, un espíritu de sumisión y obediencia a la voluntad divina.

No hay absolutamente ninguna indicación de rebeldía. Al contrario, vemos que Adán cumplió el deseo divino y puso nombre a los animales.

Este episodio revela la actitud y la naturaleza de Adán al tiempo de su creación, antes de que sucumbiera a la tentación satánica, descrita en el tercer capítulo de Génesis. Fíjese el lector atentamente. Nada, en el relato de lo ocurrido antes de la tentación satánica, indica en Adán la presencia de una actitud maligna, hostil o rebelde. Nada refleja en Adán una naturaleza torcida o un corazón lleno de engaño y maldad, atributos que Jeremías 17:9 asigna a la naturaleza humana. Ni advertimos tampoco en Adán una mente carnal, hostil contra Dios, que no está sometida a la ley divina ni puede estarlo (Romanos 8:7).

Pero tampoco se nos revela una naturaleza humana colmada del Espíritu de Dios. Adán no había tenido aún su confrontación con Satanás. Aún no había desobedecido. Pero tampoco había probado el fruto del «árbol de la vida» para recibir el inmanente amor y poder del Espíritu Santo de Dios, lo que le hubiera impartido una naturaleza divina (2 Pedro 1:4).

En consecuencia, la única revelación que tenemos respecto a la naturaleza de Adán, antes de su pecado, es que dicha naturaleza no era malvada, diabólica u hostil a Dios. Puede haber existido en él la naturaleza física y mental de la autopreservación, pero no una naturaleza satánica de egoísmo.

Tenemos que darnos cuenta de que Dios creó a Adán, y a la raza humana, para cumplir un propósito. Y necesitamos tener en mente, una vez llegados a este punto, qué propósito era ése.

Los ángeles habían habitado este planeta antes de la creación del hombre (2 Pedro 2:4-6). Y estos ángeles habían pecado. Dios les había dado a un rey — Lucero, un superarcángel — para que los rigiera conforme a las leyes del gobierno de Dios (Isaías 14:12-15; Ezequiel 28:11-17). Todo esto ha sido ya explicado en los capítulos anteriores.

Este altísimo rey, Lucero, era el ser supremo, en lo que a perfección creada se refiere (Ezequiel 28:12-15). Pero recordemos que el carácter santo y justo es algo que no puede ser creado por un acto instantáneo de creación. Es algo que debe ser desarrollado, dentro de una entidad independiente, por medio de un proceso en el cual el ser creado llega a distinguir el bien del mal, a escoger el bien y a rechazar el mal, aun en contra de sus propios deseos de satisfacción egoísta.

El gran Lucero y los ángeles que le siguieron (aparentemente una tercera parte de todos los ángeles) fueron originalmente creados como seres inmortales, compuestos de espíritu. Pero, a fin de que pudieran tener personalidad e individualidad como seres independientes, era necesario que estuvieran provistos con facultades para conocer, pensar, razonar y tomar sus propias decisiones.

Esos ángeles rebeldes siguieron a su rey Lucero en la decisión de alejarse de Dios, rebelándose contra su gobierno — su camino de vida. Se rebelaron contra el sendero del amor y del interés hacia el bienestar de los demás. El camino de la humildad, obediencia y amor de la criatura hacia su Creador — el sistema del dar, servir,

cooperar, y compartir. Pero los ángeles rebeldes escogieron el camino de la vanidad, la ambición, la codicia, la rebelión, los celos, la envidia, la competencia, la lucha, la violencia, el resentimiento, la amargura y la destrucción. Obviamente, los restantes dos tercios de los ángeles han permanecido fieles, leales y obedientes al gobierno de Dios.

Pero ahora, para cumplir el propósito divino para los habitantes de esta Tierra, para realizar la inmensa e imponente finalidad de Dios a través de todo el universo (que pudo haber sido de los ángeles si no se hubieran rebelado), Dios está reproduciéndose a sí mismo por medio del ser humano.

Lucero, el superarcángel, era el supremo pináculo de los poderes creativos de Dios, el máximo de perfección que Dios podía producir en un ser creado. Al rebelarse Lucero, Dios quedó como la única entidad totalmente incapaz de desviarse de los rectos senderos divinos. Para Dios, es imposible pecar. ¡Él nunca pecará! Y fue entonces que Dios trazó el propósito de reproducirse a sí mismo por medio de los seres humanos.

Semejante propósito exigía el desarrollo en los humanos del mismo carácter santo y justo de Dios. Y era necesario, para que este propósito se cumpliera, que el hombre estuviera compuesto de materia física, que escogiera someterse al gobierno de Dios, que rechazara a Lucero (ahora convertido en Satanás, el Adversario) y a su rebeldía egoísta, y que luchara por sobreponerse a ese egoísmo. El propósito que Dios trazó al colocar al hombre sobre la Tierra sólo puede cumplirse si el hombre escoge la obediencia al gobierno divino, si el hombre selecciona el camino de Dios, desistiendo total y absolutamente de seguir el que Satanás le propone.

Dios, pues, creó al hombre de materia física. Y creó en él una mente como la suya, aunque inferior, pues esa mente humana estaba compuesta de cerebro físico, dotado de intelecto por un espíritu (esencia) — así es con todos los seres humanos.

Aunque el carácter sagrado y justo que debe desarrollarse en el hombre realmente debe proceder de Dios, cada uno tendrá que tomar sus propias decisiones. Cada quien debe escoger si va a rechazar a Satanás, luchar contra sus seducciones y obedecer las leyes divinas.

Adán fue compelido, por consiguiente, a hacer su propia elección. Dios deliberadamente permitió a Satanás la oportunidad de enfrentarse con Adán y proponerle a éste su camino de rebeldía. Pero Dios no quiso que Satanás llegara primero a Adán. Dios mismo le había enseñado a Adán cuáles eran sus caminos: obediencia al gobierno de Dios que se basa en las leyes divinas, al igual que antes les había dado las mismas enseñanzas a Lucero y a sus ángeles.

Luego Dios permitió a Satanás enfrentarse a Adán, pero Satanás tuvo que hacerlo mediante la mujer de Adán. Satanás sutilmente se las ingenió para engañar a Eva, haciendo que ésta descreyera lo que Dios les había enseñado. Adán siguió a Eva en su elección de rebelarse contra Dios y rechazar sus enseñanzas. Adán y Eva se arrogaron la facultad de discernir el bien del mal, distinguiendo por sí mismos lo uno de lo otro.

Y entonces algo les ocurrió a las mentes de Adán y Eva: los ojos de ambos se abrieron (Génesis 3:7). El espíritu y la actitud de rebeldía penetraron en sus mentes. Sus mentes (corazones) se pervirtieron, se llenaron de engaño y maldad.

Y esa maldad que se apoderó de ellos procedía de Satanás, no de Dios. Ellos no habían sido creados con esa naturaleza perversa.

Pero, ¿cómo es que la humanidad, hoy en día, ha llegado a tener esa actitud negativa que nosotros llamamos «naturaleza humana»? ¿Es que los hijos de Adán y Eva la heredan de ellos? ¿Es que esa actitud se transmitió a nosotros por herencia?

Consideremos un ejemplo acerca de la herencia. Dios hizo que Adán se durmiera, y extrajo de él una de sus costillas, con la cual hizo a Eva. ¿Es que todos los hombres en la actualidad se encuentran con que, por herencia, les falta una costilla? ¡Por supuesto que no! Las características adquiridas no se transmiten por medio de la herencia.

La actitud o «naturaleza» pecaminosa de Adán y Eva fue escogida por ellos, y fue algo que adquirieron de Satanás. No se trata de algo que ellos, por herencia, transmitieron a sus descendientes. El mismo Dios llama al segundo hijo de Adán y Eva «el justo Abel».

Entonces, ¿cómo se explica que los humanos, universalmente, hayamos llegado a tener esta actitud negativa, a la que hoy en día llamamos «naturaleza humana»?

La explicación se encuentra, en parte, en la Segunda Epístola del apóstol Pablo a los Corintios. Pablo dijo a éstos que él deseaba presentar esa Iglesia «como una virgen pura a Cristo». Y añadió: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo» (11:2-3).

Satanás todavía estaba activo en la Tierra cuando Pablo escribió su epístola. (La razón se explica en otra parte de este libro.) Los corintios no habían recibido su mala naturaleza por herencia. Más bien Pablo temía (ya en época del Nuevo Testamento) que ellos pudieran ser engañados directamente por Satanás en la misma forma en que lo fue nuestra madre original.

Eva no tenía una mente malvada antes de que Satanás se le presentara. Pero éste, sutilmente, se las ingenió para engañarla. Los hijos de Eva no nacieron con esa naturaleza perversa. Ni tampoco nacieron con ella los miembros de la Iglesia de Corinto. Pero Pablo temía que Satanás, todavía obrando el mal después de 4000 años, pudiera pervertir sus mentes, como ya mucho antes lo había hecho en el caso de Eva.

Satanás todavía se mantenía activo en la época en que Jesucristo vino a este mundo. Él trató de destruir al niño Cristo. Y Satanás seguía haciendo de las suyas cuando Jesús, a la edad de 30 años, fue bautizado. Trató entonces de destruirlo espiritualmente, tentándolo. Al igual que había destruido espiritualmente a Adán, procuró hacer lo mismo con el «segundo Adán». ¡Y Satanás sigue activo hoy en día!

Sin embargo, Satanás se las ha arreglado para convencer a muchas de las mejores inteligencias de nuestros tiempos (si no a todas) de que él sólo es un mito inexistente. Las inteligencias más brillantes, sin siquiera sospecharlo, están engañadas (Apocalipsis 12:9).

¡He aquí una verdad que usted necesita conocer!

A la Iglesia de Efeso, Dios dijo, por medio del apóstol Pablo: «... Vosotros... anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Efesios 2:1-2).

Trate de comprender. Satanás es aquí llamado el «príncipe de la potestad del aire». Yo no hubiera podido comprender esto hace sesenta años. En ese entonces no me daba cuenta de cómo puede ser transmitida instantáneamente la comunicación de sonido e imagen por el aire.

En previos capítulos he hecho hincapié en que el ex arcángel Lucero fue el ser más perfecto y poderoso que Dios creó. Satanás es compuesto de espíritu y por eso es invisible a los ojos humanos.

Este ser grande y poderoso, aunque malvado, tiene literalmente el poder de sobrellenar el aire que rodea esta Tierra. En otras palabras, ¡Satanás transmite!

No importa donde usted se encuentre en el momento de leer estas líneas, lo más probable es que, en torno suyo, haya voces (y tal vez música) en el aire. Un radio o televisor, sintonizado en la longitud de onda adecuada, hará que esos sonidos e imágenes le sean audibles y visibles.

El espíritu dentro de cada ser humano está automáticamente sintonizado en la longitud de onda de Satanás. Usted no oye nada porque Satanás no transmite con palabras, ni con sonidos, musicales o de otro tipo. Satanás transmite en actitudes. Transmite en actitudes de egoísmo, lujuria, codicia, vanidad, celos, envidia, resentimiento, competencia, lucha, amargura y odio.

En breve, el egoísmo, la hostilidad, el engaño, la maldad, la rebelión, etc. — todo eso que llamamos «naturaleza humana» realmente es la naturaleza satánica. ¡Esa es la actitud de Satanás! Y transmitiéndola, sobrellenando el aire con ella, Satanás realmente influye en el mundo actual, sin que éste siquiera lo sospeche. Así es como Satanás engaña hoy en día al mundo entero (Apocalipsis 12:9 y 20:3). Siendo Satanás invisible, la gente ni lo ve ni lo oye.

El príncipe de la potestad del aire — el dios de este mundo es la fuente real de lo que nosotros hemos llegado a llamar «naturaleza humana».

¡Y ésta es la verdadera causa de todos los males del mundo! Pero parece que nadie es capaz de comprenderlo así y, por consiguiente, el mundo no toma medida alguna al respecto. El mundo sigue culpando a la naturaleza humana y suponiendo que fue Dios quien nos creó con esa naturaleza malvada. En realidad, se trata de la naturaleza de Satanás.

Permítame dar un ejemplo de la forma en que podemos ser impulsados, influidos y dirigidos por Satanás, mediante las «transmisiones» que él nos envía a través del aire. Cuando Dios quiso que los judíos cautivos en la antigua Babilonia retornaran a Jerusalén para construir el segundo templo, Dios sembró esta idea en la mente de Ciro, rey de Persia. El Imperio Persa le había arrebatado el poder a Babilonia. Lo que sigue es la explicación de cómo Dios motivó a Ciro a actuar en la forma deseada por Él:

«En el primer año de Ciro rey de Persia... despertó el Eterno el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar... por todo su reino... » el regreso de un contingente de judíos a Jerusalén (Esdras 1:1).

Dios no le habló a Ciro en palabras ni mediante otra forma de comunicación directa, como había hablado con Moisés y con los profetas. Dios se comunicó con Ciro por medio del espíritu de éste. Dios despertó su

espíritu, haciendo que Ciro deseara tomar la medida a que nos hemos referido. Dios hizo que Ciro supiera que, al hacer su proclamación respecto al retorno de los judíos, estaba actuando de acuerdo con la voluntad divina.

Aplicando este mismo principio, Satanás, el príncipe de la potestad del aire, despierta los espíritus de los humanos, infundiendo en ellos actitudes, estados de ánimo e impulsos de egoísmo, vanidad, lujuria y codicia, actitudes de resentimiento contra la autoridad, de celos y de envidia, de competencia y lucha, de violencia, asesinato y guerra. La gente no reconoce la fuente de tales actitudes, sentimientos, motivaciones e impulsos. Como ya dije, la gente no ve al invisible Satanás. No oyen una audible voz y no saben que estas actitudes proceden de Satanás (Apocalipsis 12:9). Pero la gente siente tales actitudes, impulsos y deseos. Y así es como Satanás engaña al mundo entero.

La gente se siente deprimida y no sabe por qué. Pero es que no está al tanto del fenómeno que hemos descrito. En las mentes de los humanos, sin que ellos lo sospechen siquiera, se les ha estado inculcado desde la infancia, en mayor o menor grado, la actitud egocéntrica que está siendo transmitida por Satanás. Y el ser humano va absorbiendo esa actitud, hasta que la misma llega a convertirse en su actitud normal y habitual. Por supuesto, los efectos no son iguales en todas las mentes. Una persona será peor que otra. Pero la tendencia natural está presente. El hombre llega a ser naturalmente egoísta. El egoísmo se convierte en parte de su misma naturaleza. Y nosotros la llamamos «naturaleza humana».

Todo esto constituye un notable ejemplo de astucia de Satanás. Él ha podido engañar a las más brillantes inteligencias humanas. Y así el mundo entero ha sido desviado por Satanás, a lo que yo frecuentemente llamo el sendero del conseguir, del obtener, que se ha convertido en lo natural y habitual, hasta el punto de que a ese egoísmo ya le llamamos «naturaleza humana».

Pocas personas se dan cuenta de cuántos pasajes en la Biblia, especialmente en el Nuevo Testamento, nos advierten acerca de Satanás y sus argucias. Pero antes de comentar más sobre éstos, vamos a continuar con el segundo capítulo de la Epístola a los Efesios.

Antes vimos que en el capítulo uno de esta epístola a la Iglesia en Efeso, el apóstol Pablo da gracias y alaba a Dios porque «nos» ha bendecido (a Pablo, los hermanos conversos en Efeso y todos los cristianos en general) con toda bendición espiritual en los lugares celestiales. Dios nos escogió antes de que nacióramos — antes de la fundación del mundo — siendo predestinados a ser llamados a la salvación espiritual. Dios nos ha derrochado generosamente con su gracia. Nos enseña que los llamados en este tiempo — la era de la Iglesia Neotestamentaria — son los primeros en ser llamados a esta gloriosa gracia (patentizando que esto no es el tiempo en que Dios está tratando de salvar a todo el mundo, sino únicamente a aquellos predestinados a ser llamados ahora). Pablo había oído de la fe que tenían y oró para que sus ojos fueran plenamente abiertos al increíble potencial humano — la suprema grandeza de su herencia divina.

Ahora pasemos a los puntos culminantes del segundo capítulo: Ustedes, los cristianos de Efeso, estaban espiritualmente muertos, pero Cristo los ha impregnado con la vida eterna. Ahora ustedes están espiritualmente vivos.

En el pasado, ustedes vivían de acuerdo a los patrones de este mundo (siguiendo el sendero del egoísmo), según el príncipe de la potestad de) aire. Satanás, en 2 Corintios 4:4 (Versión Reina—Valera, Revisión de 1977), es llamado el dios de este mundo, que ha cegado las mentes de aquellos que no creen en Cristo y en su verdad. Pero no es que estos hombres hayan heredado esa ceguera espiritual. Fue Satanás quien directamente cegó a los que vivieron en esa generación.

Pero en este segundo capítulo de la carta paulina a los Efesios, Satanás es llamado el príncipe de la potestad del aire. Note bien esa palabra: potestad — la potestad del aire. Pablo entonces le llama espíritu (ser espiritual) que ahora — en la época de él y de los Efesios a quienes escribe — está realmente trabajando u operando sobre aquellos seres de este mundo que no son obedientes, es decir, sobre el mundo en general.

«... En vuestros delitos y pecados... anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo; conforme al príncipe de la potestad del aire [el gobernante invisible de este mundo], el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (versículos 1-2).

Esto demuestra que Satanás es el ser invisible que, sin que los hombres se den cuenta, realmente motiva sus mentes, inclinándolas a lo que yo llamo el sendero egoísta del obtener, del conseguir.

«... Entre los cuales [es decir, entre esos hijos de desobediencia] también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne... y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás» (versículo 3). Esta «naturaleza» ha sido adquirida de Satanás. No es algo que heredamos de nuestros padres o algo que haya

sido creado por Dios. Lo que se ha convertido en algo habitual y, por consiguiente, en natural, se convierte en naturaleza dentro de nosotros.

Tal naturaleza no es una característica hereditaria, sino adquirida. Este mismo pasaje demuestra que el autor de tal naturaleza es Satanás, no Dios.

«... Eramos por naturaleza hijos de ira», dice Pablo. Sería absurdo que la ira de Dios recayera sobre nosotros por algo que el mismo Dios nos haya dado. Adán no fue creado con esta «naturaleza malvada». Adán la adquirió de Satanás. Lucero (Satanás) fue creado perfecto. Adquirió su naturaleza perversa a causa del falso razonamiento. Y estos Efesios, en la generación del apóstol Pablo, la habían adquirido de Satanás. Pero ahora, en Cristo, a través de su gracia, Jesús les había dado vida a quienes antes estaban espiritualmente muertos por su perversa naturaleza adquirida.

Mas, ¿qué ocurre con los cristianos conversos? Su espíritu, como el de todos los demás, está sintonizado en la misma longitud de onda de Satanás. La misma tendencia está presente en ellos, tal como si esa naturaleza negativa fuera algo inherente al hombre desde su nacimiento. Pero es que Satanás se la está infundiendo en las criaturas desde su más temprana infancia. El verdadero cristiano, sin embargo, se ha arrepentido, ha rechazado el sendero del mal. Ha aceptado los caminos de Dios, los patrones del gobierno de Dios.

El capítulo segundo de la Epístola a los Efesios explica este proceso. La gente en general, en este mundo, está espiritualmente muerta. Se ha adaptado a ir por el camino del egoísmo, «siguiendo la corriente de este mundo». Ha obedecido al gobernante invisible, que todavía actúa en aquellos que no han respondido a la verdad de Dios.

La conversión no desconecta la longitud de onda de Satanás. La tendencia a resentirnos por las injusticias, reales o imaginarias, que atribuimos a otros, y la inclinación de aprovecharnos de los demás, todavía pueden constituir tentaciones. Y éstos son los obstáculos que los cristianos conversos deben tratar de vencer.

Cuando Jesús hablaba de vencer, conquistar o superar, se refería a superar estos caminos satánicos que contradicen la ley de Dios. El cristiano debe, como escribió el apóstol Pedro por inspiración divina, crecer en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

«Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros», leemos en Santiago 4:7. Resistir al diablo es oponerse a los pensamientos, actitudes, tendencias y acciones egoístas que Satanás ha ido inculcando en nosotros desde la infancia y que continuamente está transmitiéndonos, para que el hombre los asimile, sin siquiera sospecharlo, y para que penetren en la mente a través del espíritu en el hombre.

Sin embargo, ningún hombre es obligado a contestar y obedecer estos impulsos que son difundidos por Satanás. El diablo no tiene poder de coerción para forzar a nadie a que piense o haga mal. Pero los desprevenidos automáticamente lo hacen sin darse plena cuenta de lo que está sucediendo en sus mentes. Ellos se dejan arrastrar por la corriente.

2 Corintios 4:4 clarifica la tesis de que la naturaleza perversa en el hombre ha sido algo individualmente adquirido de Satanás por cada persona.

Antes de familiarizarme con la radio, yo no podía haber entendido cómo Satanás inculca esta actitud torcida en los humanos. Satanás es un ser espiritual super poderoso. Se le entregó un trono como rey de la Tierra. Y él mismo, por sus propios procesos de razonamiento, adquirió su naturaleza malvada. Dios no creó esa naturaleza en Lucero (Ezequiel 28:15). Aunque descalificado ahora para administrar el gobierno de Dios sobre la Tierra, Satanás permanecerá aquí hasta que su sucesor — quien ha calificado — sea instalado en su puesto administrativo aquí en la Tierra. Existe una razón por la cual Cristo no ha venido aún a tomar ese puesto, eliminando a Satanás y restaurando el gobierno de Dios.

Antes de que Jesucristo pudiera calificar para restaurar el gobierno de Dios y reinar sobre todas las naciones, tuvo que soportar las más astutas tentaciones de Satanás. Usted puede leer de esa suprema lucha en el capítulo 4 de Mateo. Jesús tuvo — en carne humana — que rechazar el camino de Satanás, ser completamente obediente a Dios, y predicar sumisión a la ley divina espiritual para así calificar en restaurar el gobierno de Dios sobre la Tierra.

Y fue inmediatamente después de aquello — después que hubo calificado para restaurar el gobierno de Dios — que Cristo apareció en Galilea, predicando el evangelio del Reino de Dios, y diciendo: «El tiempo se ha cumplido» (Marcos 1:1, 14-15). Ese tiempo no llegó hasta después de la lucha titánica en la cual Cristo resistió las asechanzas de Satanás, lo venció y demostró su dominio sobre él.

Ahora advierta algo que posiblemente usted no había notado antes:

Repetidamente he dicho que éste no es el tiempo en que Dios está tratando de convertir al mundo. Por ahora, Él está llamando sólo a unos pocos, comparativamente.

¿Por qué? ¿Por qué Dios no está llamando, ahora, a todos los hombres?

¿Es que los que estamos siendo llamados ahora se nos está dando algo especial?

Pensemos en esto: Nosotros, los que somos llamados ahora, debemos resistir a Satanás, quien tratará de atacarnos y destruirnos por todos los medios a su alcance.

Todos los demás están ya dejándose llevar a la deriva por los caminos satánicos. Satanás — no lo dudemos — transmite para atraer a todo el mundo a su camino egocéntrico, el cual es contrario a la ley de Dios. Pero aquellos de nosotros que nos hemos separado de ese camino demoníaco, los que estamos luchando para vencer a Satanás, los que queremos vivir según la ley divina, somos los más odiados por Satanás. El trata de destruirnos de un modo especial. Sin la protección de Dios, sin su poder restringente contra Satanás, ¡jamás podríamos triunfar en esta lucha!

Muy pocos, inclusive los que profesan ser cristianos conversos, se dan cuenta de lo vital, de lo supremamente necesario que resulta estar constantemente conscientes del peligro y de los esfuerzos que Satanás hace para ganarnos, para ganarse a todos los que ya se han alejado de él y están siguiendo los caminos de Dios. Es por ello, precisamente, que Satanás se ha anotado ya tantas victorias (2 Tesalonicenses 2:3).

Pocos siguen en forma activa lo que Dios, por medio de Pablo, dijo a los Efesios: «Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Efesios 6:10-12).

Hay una razón por la que Dios permite que aquéllos, predestinados para ser llamados ahora, tengan que soportar las tentaciones satánicas y su rebelión contra el gobierno divino.

Es necesario — para que nosotros seamos merecedores de convertirnos en gobernantes (bajo Cristo) dentro del Reino de Dios — que no sólo rechacemos a Satanás, sino también que luchemos contra él hasta vencerlo, confiando todo el tiempo en Dios para ser capaces de lograrlo.

Así como nosotros, desde que éramos niños y a lo largo de nuestro proceso de crecimiento y desarrollo, adquirimos la naturaleza satánica, nos liberamos de esa naturaleza por medio de la conversión y de la lucha para a la larga vencer. Adquirimos, en lugar de la naturaleza diabólica que rechazamos, la naturaleza divina. El apóstol Pedro ha escrito que nosotros nos convertimos en «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pedro 1:4), pues ciertamente no nacimos con ella.

Lucero adquirió la naturaleza satánica a causa de su propio razonamiento y por su propia elección. Los humanos hemos adquirido la naturaleza de Satanás desde la infancia, y la llamamos «naturaleza humana». Pero los cristianos conversos, que rechazan el camino de Satanás y le vencen, se convierten en partícipes — es decir, adquirientes — de la naturaleza divina. Para que el propósito de Dios se cumpla, es necesario reconocer el camino de Satanás y rechazarlo y aceptar el gobierno de Dios.

Cuando Dios acometa la empresa de llamar a la salvación espiritual a todos y cada uno de los seres humanos sobre la Tierra, Satanás estará encadenado por espacio de mil años, imposibilitado de transmitir sus impulsos y sus actitudes. ¡El mundo estará en paz! Los que entonces sean llamados no tendrán que combatir contra lo que nosotros los cristianos ahora tenemos que luchar. Pero, ¿por qué serán entonces las cosas así? Hay una buena razón para explicarlo.

A aquellos de nosotros que somos Llamados ahora, Jesús nos ha dicho: «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro... » (Apocalipsis 2:26-27).

Cuando Cristo venga a gobernar, como Rey de reyes y Señor de señores, los que estamos siendo llamados ahora, gobernaremos con Él y bajo Él, a medida que Él restaure el gobierno de Dios en esta Tierra.

Fíjese nuevamente: «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apocalipsis 3:21). Aquellos que se sentarán con Cristo cuando Él venga a restaurar el gobierno de Dios, deben vencer (y ello incluye el vencer a Satanás), así como Jesús lo hizo.

¿Se aplica igualmente esto a aquellos que serán convertidos después de la venida de Cristo, durante el milenio?

La respuesta es no. Las dos citas que anteceden se encuentran en el mensaje de Cristo a las siete Iglesias que abrazan esta era eclesiástica. No se aplican a los que sean llamados luego. ¿Se aplican solamente a la época de Tiatira y Laodicea? No; se aplican a toda la era eclesiástica. Estos siete mensajes se aplican a las siete sucesivas etapas eclesiásticas. Pero se aplican también a la Iglesia integral a lo largo de todas las etapas. En otras palabras, las características de Efeso predominaron durante la primera etapa, y las de Laodicea predominarán en la última, pero varias de esas características se encuentran en todas las etapas. Los mensajes se aplican a la Iglesia integral, pero hay ciertas características específicas que predominan en las distintas etapas.

Pero trate de comprender este punto crucial. Jesús tuvo que calificar para gobernar la Tierra. El propósito de Dios se concentra en restaurar el gobierno divino sobre la Tierra y establecer el Reino de Dios. Jesús tuvo que resistir y vencer las tentaciones — tentaciones muy especiales — que Satanás le propuso. ¿Acaso vamos nosotros a gobernar sin méritos? ¡Desde luego que no! Aquellos que han de gobernar con Cristo, y bajo Cristo, cuando Él restaure el gobierno divino en la Tierra, deben capacitarse, deben merecerlo, deben alejarse de Satanás y escoger los caminos de Dios, es decir, someterse al gobierno de Dios. Tenemos que arrancar de raíz, de cuajo, las ideas y actitudes satánicas, de una manera tan completa que el regresar a los caminos diabólicos sea una imposibilidad para nosotros. En otras palabras, hemos de hacer que el pecar nos resulte imposible (1 Juan 3:9).

Aquéllos llamados a la salvación espiritual después de la venida de Cristo, no tendrán que batallar contra Satanás. Fijémonos en los siguientes versículos bíblicos:

«Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria» (Mateo 25:31). ¡Cristo vendrá con todo el supremo poder y majestad del Dios Creador! Vendrá a restaurar el gobierno de Dios sobre toda la Tierra, sobre todas las naciones. ¡Habrá entonces un supergobierno mundial! Cristo restaurará el trono de David en Jerusalén. Desde 1968, la Fundación Internacional y Cultural Ambassador, auspiciada por la Iglesia de Dios Universal, en cooperación con la Universidad Hebrea y con la Sociedad Arqueológica de Israel, ha estado excavando escombros, en una profundidad de 15 metros o más, que han cubierto el lugar donde se encuentra el antiguo trono de David que existió hace aproximadamente 25 siglos.

Continuemos: «Y serán reunidas delante de él todas las naciones» (versículo 32). Cristo vendrá a gobernar al mundo entero, a restaurar el gobierno de Dios.

Todo gobierno tiene como base alguna ley fundamental.

La ley divina es distinta a las leyes que son promulgadas por los gobiernos humanos. Es una ley espiritual (Romanos 7:14), y es sagrada (versículo 12). La ley de Dios es un sistema de vida, ¡el camino divino! Cuando ese gobierno sea ejercido sobre las gentes, entonces habrá paz, felicidad, alegría, abundancia.

La ley básica del gobierno de Dios es también la que gobierna la vida de los cristianos. El pecado es la infracción de esa ley (1 Juan 3:4). Cristo vendrá a llamar a todos los pueblos a la salvación espiritual y a la vida eterna. Y es entonces cuando Dios procurará la salvación espiritual de todo el mundo, pero no antes de ese momento.

El Evangelio de Mateo continúa diciéndonos: «... y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (25:32-34).

Las naciones que estarán delante del Rey en su trono serán las de este mundo. Aquellos que han sido llamados a la salvación durante la era eclesiástica y en épocas anteriores (los profetas, por ejemplo, etc.) habrán resucitado, para encontrar a Cristo en el aire, durante su descenso a la Tierra (1 Tesalonicenses 4:16-17), y reinarán con Cristo, siendo ya inmortales, compuestos de espíritu (Apocalipsis 2:26-27; 3:21). Ellos con Cristo formarán el Reino de Dios.

Es necesario que pasemos a explicar, al llegar a este punto, la diferencia entre el gobierno de Dios y el Reino de Dios. El gobierno de Dios fue establecido en la Tierra, en la prehistoria, sobre los ángeles.

Pero el Reino de Dios es el gobierno de Dios, así como la Familia de Dios. Los que ahora están siendo espiritualmente salvados, al llegar a la resurrección, heredarán el Reino de Dios. Habrán nacido de Dios, dentro de la Familia divina. Se habrán desposado con Cristo. De este matrimonio espiritual divino, serán engendrados y nacerán hijos espirituales de Dios, a todo lo largo del milenio que comenzará con el regreso de Cristo, como Rey, a la Tierra.

Y ahora pasemos al capítulo 20 del Apocalipsis, donde el apóstol Juan nos narra lo que vio en su visión: «Vi a un ángel que descendía del cielo, con la Llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años» (versículos 1-2).

Cuando Cristo venga de nuevo a la Tierra, con todo su poder y majestad, ya habrá sido coronado con muchas diademas. La ceremonia de la coronación habrá tenido lugar en el cielo (en el trono de Dios el Padre) antes del retorno de Cristo. Cristo habrá sido entonces calificado, y se le habrá dado posesión de su cargo.

Como he dicho antes, Satanás debe permanecer en la Tierra, influyendo en las naciones para que sigan sus caminos, hasta que Cristo, el sucesor, se haya preparado y haya recibido posesión de su cargo. Pero, tan pronto como Cristo retorne, Satanás será encadenado.

Continúa el apóstol Juan: «... y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo» (Apocalipsis 20:3). Entonces los resucitados reinarán sobre todas las naciones, con Cristo, en paz, por mil años.

¡Imaginemos cómo serán las cosas entonces! Cristo y los santos resucitados formarán el Reino de Dios, ejerciendo el gobierno de Dios sobre todos los seres humanos que permanezcan vivos. A Satanás se le impedirá seguir transmitiendo. Cristo gobernará, implantando las normas divinas.

Pero leamos un poco más adelante: «Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar» (versículos 7-8).

Reflexione sobre este punto. Estamos ahora hablando de pueblos que viven en paz. No han sido pervertidos con la naturaleza satánica, a la que ahora nosotros llamamos naturaleza humana. Se trata de pueblos que habrán estado viviendo felizmente en paz perfecta. Pero entonces Satanás comenzará de nuevo a transmitir.

Recordemos que esas naciones estarán formadas por seres humanos. Y Satanás es invisible para ellos. Y note cómo esas naciones cambiarán, tan pronto Satanás sea liberado y pueda comenzar de nuevo su labor de engaño.

«Y subieron [las naciones humanas] sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada... » (versículo 9). ¡Inmediatamente la «naturaleza humana» se apoderará de esas naciones y se llenarán de envidia y de celos contra los santos de Dios! ¡Se llenarán también de ira y recurrirán a la violencia! Pero Dios no les permitirá a esas naciones que destruyan a los justos. Ellos habrán sido advertidos para que se pongan en guardia contra las argucias diabólicas. «... Y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre... donde serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (versículos 9 y 10).

Después de todo esto, se producirá el Juicio ante el Gran Trono Blanco: la resurrección de toda la humanidad, desde los tiempos de Adán hasta la venida de Cristo, la de todos aquellos que no habían estado en la primera resurrección ni habían sido llamados por Dios. En este juicio estará el «libro de la vida», lo que significa que muchos (quizá la mayoría) encontrarán la salvación espiritual y la vida eterna. ¡Al llegar la época del juicio, Satanás ya no estará por los alrededores!

Hasta este momento, Dios ha llamado a muy pocos a la salvación espiritual, en contra de lo que sostienen la tradición general y la opinión del mundo «cristiano».

En la época comprendida desde Adán hasta Noé, sólo está registrado en la Biblia que la salvación les haya sido concedida a Abel, Enoc y Noé (y éste es un período que incluye alrededor de 1900 años). Desde Noé hasta Cristo, podemos mencionar a Abraham, Lot, Isaac, Jacob y José, antes de que Dios rescatara a los israelitas del cautiverio en Egipto. Dios nunca ofreció la salvación espiritual (la vida eterna) a toda la antigua nación de Israel, sino solamente a los profetas y a los que fueron llamados al desempeño de deberes especiales.

Desde la época de Adán hasta Cristo, nadie fue llamado a la salvación espiritual, excepto aquellos a quienes les fue encomendada alguna misión especial.

Desde Cristo hasta nuestros días, sólo una pequeña fracción de la humanidad ha sido llamada, y ello ha sido porque, a esos pocos hombres, se les comisionó para predicar el evangelio, la buena nueva del Reino de Dios.

Nosotros, los que hemos sido llamados en esta era eclesiástica, hemos sido llamados para que califiquemos a ser gobernantes, con Cristo y bajo Cristo, en el Reino de Dios, restaurando el gobierno de Dios. En otras palabras, para que desarrollemos en nosotros el carácter sagrado y justo de Dios. Nuestra participación

en esta misión es el encargo que Dios nos ha dado, como un medio de prepararnos para el futuro gobierno, bajo Cristo y con Cristo, cuando Él venga, ¡y eso ocurrirá muy pronto!

Iniciamos este capítulo planteándonos la cuestión de si la malvada «naturaleza humana» realmente nace en el diminuto cuerpo de un dulce bebé. Ahora, permítame citar tres pasajes bíblicos:

«Traían a él los niños para que los tocara... Mas Jesús, llamándolos, dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios» (Lucas 18:15-16). La naturaleza perversa (que algunos erróneamente suponen que es algo con que nacen los bebés) es la naturaleza del reino de Satanás, pero «de los tales» — de los bebés — es el Reino de Dios.

«En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 18:1-3).

«Pero Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos» (Mateo 19:14).

Nosotros, los humanos, nacemos sin problemas de maldad, pero pronto comenzamos a absorber y a adquirir la actitud egoísta y egocéntrica que Satanás nos transmite. El reino de los ángeles de Satanás — ahora convertidos en demonios — rechazó el gobierno de Dios, que fue así eliminado de sobre la faz de la Tierra.

El propósito de Dios, en crear a los seres humanos y ponerlos sobre la Tierra, fue el de desarrollar en ellos el mismo carácter santo y justo de Dios. Dios quiere a un pueblo que rechace y venza a Satanás y acepte el camino de vida divino.

El gobierno de Dios, en esta época nuestra, existe en la verdadera Iglesia de Dios. ¡Satanás está furioso, pues él odia a esa Iglesia y a ese gobierno! Y trata sutilmente de infundir en las mentes que están bajo ese gobierno de amor, una hostilidad que lo mal representa, como si se tratara de un severo y cruel gobierno demoníaco.

Pero repito: Lucero fue creado perfecto por Dios en todos los aspectos, hasta que la iniquidad se adueñó de él. Satanás adquirió la naturaleza de rebelión y de maldad a causa de falsos razonamientos. Y Adán, a su vez, la adquirió de Satanás. Los Efesios también la adquirieron de Satanás, al igual que todo el resto de la humanidad, con excepción de Cristo. Pero ahora, en Cristo y mediante su gracia, nosotros podemos adquirir la naturaleza divina (2 Pedro 1:4).

El gran propósito de Dios es restaurar el gobierno divino sobre la Tierra, en el Reino de Dios y por medio del Reino de Dios.

Nosotros podemos, por la gracia de Cristo, cambiar la «naturaleza humana» y erradicarla enteramente de nosotros, reemplazándola con la naturaleza divina.

12

¿Hay vida después de la muerte?

POR QUÉ EXISTE TODO ESTE MISTERIO sobre la vida después de la muerte? Por qué tantas religiones sostienen tantas creencias distintas al respecto? ¿Cómo podemos nosotros averiguar cuál es la verdad? ¿Podemos creer en Dios? Adán y Eva no creyeron. Y pocos hombres creyeron en Cristo, es decir, en lo que Él enseñó. ¿Podríamos nosotros creer en Dios si Él mismo nos lo revelara todo?

Le comenté a mi esposa hace medio siglo: «Sé que la Biblia dice que ha de observarse el domingo». «¿Cómo lo sabes?» me preguntó. «¿Lo leíste?»

«No», contesté, «pero sé que la Biblia lo dice. Todas las religiones cristianas se basan en la Biblia, y todas observan el domingo».

«¿Por qué no lo buscas tú mismo en la Biblia, y luego me lo enseñas?» me retó ella.

Pero no pude encontrar lo que buscaba.

Por casualidad, leí en Romanos 6:23: «Porque la paga del pecado es muerte... »

«¿Cómo es esto?» exclamé sorprendido. «En la escuela dominical me enseñaron que la paga del pecado es la vida inmortal no la muerte — en el fuego eterno del infierno». Y entonces continué leyendo el resto del versículo: «... mas la dádiva de Dios es vida eterna».

«¡Esto sí que es una sorpresa!» prorrumpí. «¡Pensaba que ya tenía la vida eterna, que yo tenía un alma inmortal!»

Yo me había separado de la iglesia y de la escuela dominical cuando tenía 18 años, pero había sido educado dentro de una prestigiosa y bien establecida denominación cristiana. Lo que había leído en la Biblia comenzó a intrigarme. Recordaba haber oído a los predicadores referirse al día en que todos iríamos al cielo, asegurando que así lo enseñaba la Biblia. Pero en la Biblia leí las palabras exactas de Cristo: «Y nadie ha subido al cielo... » (Juan 3:13). Después de leer otras declaraciones en el texto bíblico, comencé a pensar que las iglesias, en la actualidad, realmente no creían lo que Cristo había enseñado.

Así es que hace cincuenta y un años, mi mente fue limpiada de todas las anteriores erróneas enseñanzas, suposiciones e ideas acerca de Dios que tenía. Probé la infalible inspiración de la Biblia en su forma original.

Entonces sí pude saber a ciencia cierta lo que Dios decía en su Palabra.

¿Qué es lo que nos dice la Biblia acerca de la vida después de la muerte? ¿Ha existido alguien que después de morir haya en realidad experimentado una vida después de la muerte? ¿Quién puede probar que esa vida existe y explicarnos cómo es?

Hay una respuesta para estas preguntas. ÉL mismo Cristo murió. Y luego resucitó de entre los muertos, y fue visto por muchos, entre ellos sus discípulos, que habían estado a su lado por espacio de tres años y medio antes de su muerte, y que estuvieron con Él 40 días después de su resurrección. Y esos discípulos proclamaron haber sido testigos de la vida de Cristo después de la muerte.

En I Corintios 15:22-23 leerá: «Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados [de la muerte]. Pero cada uno en su debido orden... »

El decimoquinto capítulo de 1 Corintios es «el capítulo de la resurrección». Su tema es la resurrección a la vida después de la muerte. Pero existe en el Plan Maestro de Dios un orden — o sucesión — de resurrecciones.

Continuemos: «Cristo, las primicias» — esto ocurrió hace más de 1900 años — «luego los que son de Cristo, en su venida... » (versículos 23-24).

Más adelante en este capítulo, se explicará sobre la resurrección de aquellos que «son de Cristo» — los cristianos espiritualmente engendrados. Pero, ¿qué de los demás?

Aquellos que mueren en Adán, dice el versículo 22, «en Cristo todos serán vivificados». Leemos en el versículo 23 que «los que son de Cristo [serán resucitados] en su [segunda] venida» ahora inminente — en nuestra presente generación. «Luego [viene] el fin» (versículo 24) — pero los detalles de la resurrección del resto de la humanidad — la gran mayoría de todos los seres humanos que han existido en un tiempo u otro — se encuentran registrados en otra parte de la Biblia.

En Apocalipsis 20, además de la primera, encontramos que se mencionan dos resurrecciones adicionales.

La primera está descrita en el versículo 4, donde dice que los santos que son de Cristo han de vivir y reinar con Él en la Tierra por espacio de mil años. Satanás será prendido y encerrado en el abismo (versículos 1-3), pero los otros muertos no volverán a vivir hasta después que se cumplan mil años (versículo 5).

Después, comenzando con el versículo 11 leemos: «Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios [por motivo de la segunda resurrección]; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras».

Esta será la mayor resurrección en cuanto al número de los que serán resucitados se refiere. Incluirá miles de millones de individuos que vivieron separados de Dios — los que entonces no fueron juzgados.

La Biblia es esencialmente el Libro sobre la nación de Israel. El relato de la resurrección de todos los israelitas que previamente no fueron llamados a la salvación espiritual se encuentra registrado en Ezequiel 37.

El profeta Ezequiel fue tomado en una visión y puesto en medio de un valle lleno de huesos secos. En el versículo 11 leemos que Dios le dijo que estos huesos eran la casa de Israel. Estos esqueletos muertos se representan diciendo: «Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza».

Pero al profeta se le dijo que declarara a estos esqueletos secos: «Así ha dicho el Eterno Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel» (versículo 12).

En la visión, antes de que Dios explicara al profeta la identidad del gran valle de esqueletos, se le dijo al profeta que les dijera a los huesos secos: «Así ha dicho el Eterno... He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis» (versículos 5-6). Continuando con el versículo 13: «Y sabréis que yo soy el Eterno, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo el Eterno hablé, y lo hice, dice el Eterno».

Esta profecía es acerca de una resurrección en que estos israelitas serán resucitados a la vida como seres mortales de carne y hueso — no de una resurrección como la de los santos, a la segunda venida de Jesucristo, en que éstos serán resucitados como seres inmortales compuestos de espíritu; seres con vida inherente en ellos mismos.

Dios nunca les ofreció su Espíritu o la salvación espiritual a los israelitas del Antiguo Testamento. Únicamente promesas materiales y nacionales — y aun eso en cambio de obediencia, lo que ellos se negaron a hacer.

Pero entonces, en esta resurrección del Gran Trono Blanco, juntamente con todas las demás personas que han sido separadas de Dios, estos israelitas (inclusive aquellos que no fueron llamados aun después de la primera venida de Jesucristo) serán resucitados a la vida mortal como seres de carne y hueso. Ellos entonces tendrán la oportunidad de comprender plenamente que el Eterno es Señor, y cuando se conviertan, Dios los llenará de su Espíritu Santo. Ellos, también, juntamente con todos los individuos de las diversas naciones que no han sido específicamente llamados antes del milenio, vivirán nuevamente como seres humanos (físicos) en esta resurrección. Después de un período de desarrollo y vencimiento, vendrá su salvación espiritual — sin ningún Satanás en medio de ellos para engañarlos.

Ahora volvamos al capítulo 20 de Apocalipsis. Desde el versículo 13 al 15 encontramos indicación de que habrá entonces una última resurrección de los incorregibles que han rechazado la eterna salvación que se les ofreció. Ellos, con cualesquier otros que al terminar el milenio todavía estén vivos y tengan la misma actitud rebelde, morirán la segunda muerte — completa extinción — en el lago de fuego, descrito por Pedro como la faz de la Tierra convertida en una masa ardiente.

Malaquías agrega: «Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Eterno de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y... hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho el Eterno de los ejércitos» (Malaquías 4:1-3); «y serán como si no hubieran sido» (Abdías 16).

¿Y qué sucederá en el ínterin — entre el instante de la muerte y la resurrección? Las enseñanzas bíblicas — contrarias a las muchas doctrinas religiosas y eclesiásticas — dicen que los muertos fallecen por completo — que quedan plenamente inconscientes.

Fíjese bien en las inspiradas sabias palabras de Salomón: «Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben... » (Eclesiastés 9:5).

Recientemente, un ministro de la Iglesia de Dios Universal me contó de las experiencias que él tuvo con tres posibles suicidas. En cada caso les dijo: «Bueno, suicídese — pero primero debería saber lo que le sucederá en el preciso momento que muera. En cuanto a su estado consciente se refiere, usted despertará en la resurrección en la fracción del segundo que siga su muerte — y si usted se asesina, tendrá que enfrentarse a todos sus problemas y además el de haberse asesinado. ¿Por qué no soluciona sus problemas ahora, antes de cometer este asesinato?» Ni una de estas tres personas se suicidó.

Así es que nada se remedia en tratar de salir por la puerta falsa del suicidio, creyendo que es el camino más fácil para escapar de sus dificultades. Lo único que la muerte trae es un despertar instantáneo en la resurrección. Usted no sabrá absolutamente nada desde el segundo que muera hasta el segundo que despierte en la resurrección. Estos hombres, explicó el ministro, supusieron que con el suicidio todo terminaría — y que escaparían de todos sus problemas, pero al fin pudieron darse cuenta que no sólo aún tendrían que enfrentarse a ellos, sino que agregarían una acusación de asesinato contra sí mismos en aquel juicio. Por esto pudieron comprender que el suicidio no era el camino más fácil para escapar de sus dificultades.

No, la muerte no es un amigo, sino un enemigo. Cristo vino para destruir la muerte — para hacer posible que todos disfruten de una vida feliz, abundante y llena de tranquilidad a su debido tiempo. Él vino para que tuviéramos vida, y para que la tuviéramos en abundancia.

Sin duda alguna, hay vida después de la muerte — y Cristo hizo posible un trascendental potencial humano tan grande que parece increíble. Él vino para morir en nuestro lugar — para pagar la pena en que hemos incurrido y para darnos vida.

Él mismo Cristo, además, enseñó que hay vida después de la muerte.

Se lo enseñó así al fariseo Nicodemo, pero Nicodemo no le creyó. «Si he dicho cosas terrenales y no creéis... » (Juan 3:12).

¿Por qué Nicodemo el fariseo no comprendió cuando Cristo le dijo: «A menos que un hombre nazca de nuevo, no puede ver el Reino de Dios»?

¿Por qué los hombres no entienden estas mismas palabras hoy en día? ¿Cuántos hombres, en la actualidad, están conscientes de que el evangelio de Cristo fue la proclamación de una sensacional noticia, nunca antes anunciada?

Jesús fue un «locutor de noticias»

Los judíos de aquella época conocían — o debían conocer — la profecía de Malaquías respecto a todo esto. Se trataba del evangelio de Dios, y la palabra «evangelio» justamente significa «buena noticia».

Jesús fue un «locutor de noticias», y la noticia que Él trajo era algo absolutamente nuevo, que nunca antes le había sido proclamado a la humanidad. Era la noticia más maravillosa jamás anunciada. Era una noticia referente al indescriptible y trascendente potencial del hombre.

El mensaje tremendo que Jesús nos trajo no se refería a hechos pasados. Ese mensaje contenía el anuncio anticipado del casi increíble y utópico mundo de mañana. Era un mensaje que se refería a la vida después de la

muerte. Era el anuncio de que nosotros, los hombres, podríamos nacer de nuevo. ¡Sin embargo, casi nadie lo creyó! .

¿Por qué esta verdad nunca ha sido reconocida por el mundo como la estupenda noticia que realmente es?

¡Porque los enemigos del evangelio, en el primer siglo de la era cristiana, se encargaron de ocultarla!

La Iglesia de Dios, cimentada en Cristo y en los apóstoles originales, fue fundada el día de Pentecostés, en el año 31 E.C. Aproximadamente dos décadas más tarde, cuando el apóstol Pablo escribió su Epístola a los Gálatas, ya la noticia evangélica había sido suprimida, y falsos ministros se habían encargado de enseñar al pueblo a creer en un falso evangelio. Estas son palabras de Pablo: «Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo» (Gálatas 1 :6-7). Y el mismo Pablo también escribió: «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad» (Romanos 1:18). En la Segunda Epístola a los Corintios en el capítulo 11, Pablo nos habla de los falsos apóstoles de Satanás (versículos 13-15), que vienen predicando un evangelio distinto (versículo 4).

¡Ha llegado la hora, pues, de que el verdadero mensaje sea anunciado! Ha llegado la hora, hoy en día, de que la verdadera significación del mensaje sea declarada con toda claridad, para que todos puedan comprenderla. (Véase Mateo 24:14.)

Así lo haremos en este capítulo. ¡Y a usted le lanzamos el reto crucial de que lo lea! Usted necesita comprender cuál fue el anuncio evangélico. De lo contrario, jamás podrá entender qué quiso decirnos Cristo cuando nos habló acerca de «nacer de nuevo».

¿Cuál fue la noticia evangélica?

Notemos primero, brevemente, cuál fue el mensaje de Cristo. Hay un preaviso del mismo en la profecía de Malaquías: «He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí, y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto... » (Malaquías 3:1).

Notemos ahora el inicio de la proclamación del portador del mensaje. Se encuentra registrado en el primer capítulo del Evangelio de Marcos: «Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en Isaías el profeta... » (versículo 1). Y a continuación sigue la cita de Malaquías a la que acabamos de referirnos. Esta, a su vez, es seguida por el relato que concierne a Juan el Bautista, que prepara el camino al mensajero.

Luego, en los versículos 14 y 15, leemos: «Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio». ¿En otras palabras, creed la buena nueva!

¿Qué es el Reino de Dios?

¿Qué quiere decirnos Cristo al hablarnos del Reino de Dios? Todo el mensaje de Cristo —su evangelio— gira alrededor del Reino de Dios. Sin embargo, pocos hombres, aun hoy en día, están enterados de ello y de su significado.

Un reino es (a) una nación compuesta de individuos, y (b) el gobierno de esa nación.

En algunos casos, los pobladores de una nación son los descendientes — hijos — de un hombre. La nación de Turquía probablemente descende del antiguo Esaú, el hermano gemelo de Jacob, cuyo nombre fue cambiado al de Israel. (Jacob es el padre de la nación que lleva el nombre de Israel.) Antes de que estos hermanos nacieran, Dios dijo a su madre Rebeca: «Dos naciones hay en tu seno» (Génesis 25:23).

Jesús, el Mesías, habría de venir como «el mensajero del pacto». El «antiguo pacto» había establecido a los hijos humanos de Israel como una nación o reino de seres humanos, la que se llamó reino de Israel. Jesús vino como mensajero, proclamando un nuevo pacto, que establecería a los hijos de Dios, compuestos de espíritu, como el Reino de Dios.

Al igual que el antiguo reino de Israel estaba compuesto de la familia humana del hombre Israel, así el Reino de Dios estará compuesto de la Familia divina de Dios.

Pero, ¿qué tiene esto que ver con la vida después de la muerte?

Entre ambas cosas, existe una relación total.

¿Por qué los gobernantes judíos rechazaron el evangelio?

Los gobernantes judíos de la época de Jesús pensaron que Él proclamaba el inmediato establecimiento de un nuevo gobierno, para así derrocar al Imperio Romano que dominaba a Judea como estado vasallo.

Uno de estos prominentes judíos era un hombre llamado Nicodemo, al que ya nos referimos antes. Nicodemo era fariseo, y los fariseos eran hostiles a Jesús, a causa del evangelio que proclamaba. Nicodemo, sin embargo, quiso conocer personalmente al mensajero e intercambiar impresiones con Él. Para evitar las críticas de sus colegas, fue a ver a Jesús de noche.

«Sabemos», le dijo, «que has venido de Dios como maestro...» (Juan 3:2).

El uso de la primera persona del plural indica que los fariseos conocían la identidad divina del mensajero y la fuente de su mensaje. Pero estos fariseos eran gentes que evaluaban las cosas según la conveniencia del momento. Les interesaba proteger su posición como gobernantes dentro del Imperio Romano, no enterarse de las revelaciones divinas.

Jesús captó la importancia de las primeras palabras de Nicodemo. El mensaje de Cristo era el anuncio del advenimiento del gobierno mundial de Dios, es decir, del Reino de Dios.

Los gobernantes judíos tuvieron miedo de ese mensaje. Jesús era de su misma raza, judío como ellos. Los fariseos temieron que, si no se oponían a Jesús, serían destituidos de todo poder y probablemente condenados a muerte como agentes subversivos que constituían una amenaza para el gobierno romano. Los fariseos creyeron que Jesús estaba proclamando el derrocamiento inmediato de aquel gobierno.

El Reino de Dios no es de este tiempo

Jesús, por consiguiente, no quiso malgastar palabras. Clara y directamente proclamó que su Reino no era de este mundo ni de esa época, sino del mundo de mañana, es decir, de una era diferente y futura. Y no era tampoco un Reino compuesto de humanos, sino de seres inmortales, ¡compuesto por la Familia Dios!

Jesús, por tanto, explicó a Nicodemo: «... el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3).

Es importante notar la relación vital que hay entre el «nacer de nuevo» y el Reino de Dios. Es decir, Cristo está haciendo hincapié en el hecho de que su Reino no es de este tiempo — no de este mundo.

Pero la abrupta declaración inicial de Jesús dejó confuso a Nicodemo. Y todavía hoy los dirigentes de los cientos de sectas y denominaciones que se llaman cristianas continúan estando confusos y engañados. Sin embargo, no están confusos de la misma manera en que lo estuvo Nicodemo.

Nicodemo sí entendió claramente lo que significaba nacer. Él sí supo que nacer significaba salir del seno materno a la luz del mundo. Pero los dirigentes religiosos de hoy buscan interpretaciones diferentes. Lo que Nicodemo no podía entender era el cómo — es decir, de qué manera — podía alguien nacer de nuevo. Por supuesto, teniendo una mentalidad orientada a lo carnal, sólo podía concebir un segundo nacimiento físico. ¡Pero sí sabía, al menos, lo que significaba nacer!

¿Acaso naceremos una segunda vez como humanos?

Intrigado y confuso, preguntó: «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?» Y añadió: «¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?» La confusión de Nicodemo no se refería al significado de la palabra nacer. Lo que Nicodemo no podía comprender era la posibilidad de un segundo nacimiento. Él pensaba que Cristo le estaba hablando de un segundo nacimiento humano. Y Nicodemo no podía pensar en otro nacimiento que no fuera el físico, pues su mente no podía aprehender las cosas espirituales.

Note que Cristo claramente expresó que el Reino de Dios era algo que se podría ver, pero no a menos que naciéramos de nuevo. Es decir, que el Reino de Dios no será visto durante nuestra vida física. También (véase versículo 5) sabemos que el Reino de Dios es algo en lo que se puede entrar, pero no hasta que hayamos nacido de nuevo, es decir, hasta haber pasado por otro nacimiento enteramente diferente.

He aquí el punto crucial que lo explica todo: «Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es».

El hombre, ahora, es carnal. Es humano. Está hecho de sustancia material. «Polvo eres», le dijo Dios a Adán, «y en polvo te convertirás». Además, también nos dice el Génesis: «Entonces el Eterno Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Génesis 2:7; véase también Génesis 3:19).

Los que nacen de nuevo para ser espíritu

Jesús dijo explícitamente que, cuando se nace del espíritu, la persona así nacida será espíritu. ¡No lo digo yo! Lo dice la Biblia. Compruébelo usted mismo.

El Reino de Dios, pues, estará formado por seres espirituales, no por seres humanos.

En el nacimiento humano, nuestra madre, al darnos a luz, nos trae al mundo. Cuando seamos nacidos del espíritu, entonces pasaremos de la Iglesia de Dios (entidad física) al Reino de Dios (un reino de seres espirituales).

EL hombre, ahora, está compuesto de carne, que es una sustancia material. Cuando nazca de nuevo, será espíritu — un ser espiritual, no ya humano. Estará compuesto de espíritu, con vida inherente, que no dependerá del aire que se respira ni de la sangre que circula por venas y arterias.

Refiriéndose a la próxima era, cuando el Reino de Dios esté instaurado en el mundo, es decir, refiriéndose a la vida después de la muerte, Jesús dijo estas palabras: «Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios . . . » (Mateo 22:30). El matrimonio es una unión física, carnal. En la era del Reino de Dios, cuando hayamos nacido de nuevo, seremos espíritu, no entes carnales. Nacidos de Dios como seres espirituales, ya no seremos humanos. Los ángeles son espíritus; están compuestos de espíritu (véase Hebreos 1:7). Pero note que Jesús no dijo que seremos ángeles, sino que seremos como los ángeles — sin sexo y compuestos de espíritu. Los ángeles han sido creados como seres espirituales, pero no han sido engendrados por Dios ni nacidos de Dios como hijos suyos. Nosotros, por tanto, seremos más grandes que los mismos ángeles.

Jesús lo explicó así a Nicodemo: «El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu» (Juan 3:8).

Al viento no podemos verlo, y el viento es comparado aquí con el espíritu. Ambos son invisibles. Esto explica por qué, en la carne mortal que ahora tenemos, no podemos ver el Reino de Dios. Los que lo hereden, serán espíritu, y el espíritu es normalmente invisible para los ojos humanos.

Por ahora, somos seres de carne y hueso

El apóstol Pablo explicó con claridad que el Reino de Dios es algo que los seres humanos podemos heredar, pero no en esta era, es decir, no mientras estemos compuestos de sustancia material. «El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo» (1 Corintios 15:47). Es decir, ese segundo hombre es un ser divino.

Y esto mismo es lo que Jesús estuvo explicándole a Nicodemo. Nicodemo era un ser terrenal, humano. Estaba compuesto de carne, no de espíritu. Había nacido de la carne; por tanto, era carne. Pero cuando uno nazca del espíritu, entonces también será espíritu. Pablo quiso explicar a los corintios esta simple verdad.

Pero nosotros no podemos ser seres espirituales durante esta era.

Hay un elemento temporal relacionado con nuestro nuevo nacimiento al Reino de Dios.

Veamos al respecto 1 Corintios 15:49: «Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial». Al igual que ahora somos carne, luego seremos espíritu, cuando seamos resucitados, es decir, cuando nazcamos de nuevo. Entonces, en nuestra resurrección, cuando seamos espíritu, veremos el Reino de Dios y entraremos en él.

«Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (versículos 50-52). Es entonces que podremos nacer de nuevo; es entonces que podremos ver el Reino de Dios, heredarlo y entrar en él, no antes.

¿Cómo es que seremos transformados? Las siguientes palabras del apóstol Pablo nos dan la respuesta: «Porque es necesario que esto corruptible [la carne que ahora tenemos] se vista de incorrupción [se vista del

espíritu, nacido de Dios] y esto mortal se vista de inmortalidad». Es necesario que nuestra carne material sea transformada en sustancia espiritual.

Mientras no nazcamos de nuevo, no podremos ver el Reino de Dios. Esto es lo que Jesús dijo a Nicodemo (Juan 3:3).

Mientras no nazcamos de nuevo, no podremos entrar en el Reino de Dios. Jesús se lo dijo a Nicodemo (Juan 3:5).

Mientras nuestra carne no sea transformada en espíritu, no podremos entrar en el Reino de Dios. Jesús se lo dijo a Nicodemo (Juan 3:6-8).

Mientras estemos compuestos de carne y hueso, no podremos heredar el Reino de Dios (1 Corintios 15:50).

Mientras no se produzca la resurrección, que tendrá lugar a la venida de Cristo, nuestra carne corruptible no será convertida en espíritu incorruptible (1 Corintios 15:50-53, y también versículos 22-23).

Hasta la resurrección, por consiguiente, no podremos ver el Reino de Dios, entrar en él ni heredarlo. ¡No podremos nacer de nuevo hasta el tiempo de la resurrección!

Ahora somos herederos, pero no poseedores de la herencia

Mientras nos encontremos en nuestro estado actual — hijos de la carne, compuestos de carne —, no podremos ver el Reino de Dios, heredarlo ni entrar en él. Fíjese ahora en la situación o estado del cristiano verdaderamente converso en esta vida — en este mundo: «Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (Romanos 8:9). Es decir, si uno no ha recibido el Espíritu Santo, y si éste no se encuentra morando en uno, entonces no es cristiano. Afiliarse a una iglesia no lo convierte a uno en cristiano. Uno se convierte en cristiano cuando recibe el Espíritu de Dios y acepta su dirección.

Nacimiento espiritual es comparable al nacimiento físico

Veamos ahora cómo el proceso por medio del cual el Espíritu de Dios entra y mora en uno, puede ser comparado al proceso mediante el cual el espermatozoide masculino físicamente fertiliza al óvulo femenino. Es decir, la vida espiritual eterna es algo que también se da o se imparte, para que luego se produzca una persona espiritual. El óvulo fertilizado — el embrión — todavía no es una persona humana nacida. Es una entidad a la cual el padre le ha impartido vida. Es una entidad engendrada por el padre, pero ni el embrión ni el feto son personas nacidas. De la misma manera, el humano que ha sido espiritualmente engendrado, todavía no es una persona o ser espiritual, como sí lo será, según dijo Jesús, cuando ya haya nacido de nuevo.

Continuemos con el capítulo 8 de la Epístola de Pablo a los Romanos: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (versículo 11).

¡Comprendamos bien esto! Se establece una comparación directa entre el nacimiento de la carne y el nacer de nuevo del Espíritu de Dios. Jesús dijo que lo que nace de la carne, es carne — un ser humano nacido. Y lo que nace del Espíritu (de Dios), es espíritu, es decir, una persona espíritu.

La vida mortal humana comienza cuando la célula espermática, procedente del cuerpo del padre, fecunda — le imparte vida física — al óvulo que se encuentra dentro del cuerpo de la madre. En este momento, el padre engendra, pero no da a luz. La madre, más tarde, se encargará de esto. La parte física que en ese proceso le corresponde al padre queda terminada en el momento en que su hijo es engendrado. Y entonces empieza un elemento de tiempo, pues en el momento de la concepción, el parto (el nacimiento) no ha ocurrido aún.

Toda esta explicación es imprescindible, ya que la cristiandad engañada alega que, cuando se recibe a Cristo, se acepta a Cristo, se profesa a Cristo o se recibe por vez primera el Espíritu Santo de Dios, ya la persona ha nacido de nuevo. Es por eso necesario que nos fijemos bien en la comparación que estamos haciendo con el proceso de la concepción y el nacimiento físicos.

Un elemento de tiempo

En el proceso de la reproducción humana física, interviene un elemento o factor de tiempo. Transcurre cierto tiempo desde el instante de la concepción hasta el momento del nacimiento. Ese período, en la raza humana, es de nueve meses.

A ese período de nueve meses le llamamos gestación. Después de la concepción, el óvulo ya fertilizado es llamado embrión. Al cabo de unos pocos meses, se le da el nombre de feto. Pero durante ese período de gestación de nueve meses, no nos referimos al embrión ni al feto como a seres ya nacidos. Ese embrión o ese feto sí es hijo de sus padres, pero todavía está atravesando por el proceso que culminará en su nacimiento. Es un hijo no nacido aún. El padre ya lo ha engendrado, pero la madre todavía no ha dado a luz.

En cuanto al nacer de nuevo, el proceso de este segundo nacimiento comienza cuando la vida espiritual de Dios nos es impartida mediante el Espíritu Santo que, emanando de la Persona misma de Dios, penetra en nuestro interior para habitar en nosotros. Conviene repetir una vez más las palabras de Pablo: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Romanos 8: 11). Esta es la descripción de lo mismo que Pablo explica en 1 Corintios 15:50-53: — ¡la resurrección!

Quiero que esto quede bien claro: Millones de cristianos profesos sinceramente creen que, cuando ellos profesan a Cristo, o reciben su Espíritu Santo, ya han nacido de nuevo. Pero lo que realmente ocurre es lo siguiente:

Cuando una persona, después de arrepentirse de sus faltas, de adherirse a la fe y de bautizarse, recibe al Espíritu Santo, el Espíritu de Dios le une a la Iglesia de Dios. La Iglesia es llamada el cuerpo de Cristo. Leemos: «Porque por un solo espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo... » (1 Corintios 12:13).

Nuestra madre la Iglesia

A la Iglesia también se le llama en la Biblia «la Jerusalén de arriba», o «Jerusalén la celestial» (Hebreos 12:22). Teniendo esto muy en cuenta, note lo que nos dice Pablo en su Epístola a los Gálatas: «Mas la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre» (4:26).

Esta es la analogía que surge de todo ello: Cuando somos engendrados por Dios Padre mediante la recepción de su Espíritu Santo, somos puestos dentro de la Iglesia, la cual, durante este período de gestación, es nuestra madre.

La madre humana alimenta al hijo que lleva en su seno, con alimento físico, de modo que ese hijo — en su etapa embrionaria y fetal — pueda crecer y desarrollarse físicamente. Y la madre lo lleva en la parte de su organismo donde mejor la criatura puede estar protegida contra el riesgo de lesiones físicas, hasta que llega el momento del parto.

La madre espiritual — la Iglesia — tiene la misión de «apacientar la grey» (véase 1 Pedro 5:2), por medio del ministerio que Dios le ha dado «a fin de perfeccionar a los santos... para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto... »(Efesios 4:12-13). Al igual que el feto humano se desarrolla y crece físicamente durante el período de gestación que precede a su nacimiento, también nosotros, después de ser engendrados por el Espíritu de Dios, nos desarrollamos y crecemos espiritualmente antes de nuestro segundo nacimiento.

La vida humana comienza con lo que la Biblia llama «simiente corruptible», es decir, la célula espermática. La vida divina, en cambio, empieza con lo que es incorruptible — el Espíritu Santo de Dios que penetra en la persona humana. Pero al igual que el embrión humano debe crecer hasta convertirse en feto, y luego continuar desarrollándose hasta nacer, también el cristiano — en quien se ha iniciado la vida divina por el don que Dios le da de su incorruptible Espíritu — debe crecer hasta alcanzar la perfección, para después nacer dentro de la Familia Dios. Entonces será perfecto, incapaz de pecar.

Pero esa perfección de carácter justo y santo debe desarrollarse con la ayuda de Dios y su Espíritu Santo durante esta vida humana — la etapa de «gestación» espiritual.

La Iglesia no sólo alimentará a sus miembros con la Palabra de Dios (alimento espiritual), sino también protegerá a los hijos engendrados por Dios, no nacidos aún dentro de la Familia Dios, para que no sufran daño espiritual, como bien nos lo enseña el siguiente versículo del apóstol Pablo: «para que ya no seamos niños

fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error» (Efesios 4:14).

Entonces, cuando llegue el tiempo de la resurrección, la Iglesia, que es nuestra madre espiritual, nos dará a luz y naceremos dentro del Reino de Dios — dentro de la Familia Dios compuesta de espíritu.

Hijos de Dios ahora

Romanos 8:14 nos dice: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios». El niño aún no nacido, que permanece en el claustro materno, es hijo de su padre y de su madre, aunque no haya nacido todavía. Del mismo modo, si el Espíritu de Dios mora en nosotros, si somos guiados por el Espíritu de Dios, somos también hijos de Dios. Pero todavía estamos en un estado de gestación; aún no hemos nacidos. Sólo somos herederos designados, pero aún no hemos tomado posesión de la herencia que nos está destinada.

Pablo continúa diciéndonos: «Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados» — es decir, en el futuro, cuando llegue el momento de la resurrección (versículo 17).

Notemos cómo este pasaje se refiere a nuestra resurrección gloriosa, cuando nos convertiremos en espíritu, como a un nacimiento:

«Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios», es decir, la época en que Cristo vendrá a reinar, la época en que resucitaremos a la vida espiritual. «... porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora» (versículos 19-22).

Lo que hemos visto es otra comparación o analogía. Seremos liberados de este mundo y entraremos en el glorioso mundo de mañana y en el Reino que se encargará de gobernarlo. (Note que, aunque nuestra madre la Iglesia está en este mundo, no es de este mundo.)

La creación está esperando el tiempo de la segunda venida de Cristo, la resurrección, y el advenimiento del Reino de Dios, pues la creación va a ser liberada de la esclavitud de la corrupción. Todavía no está liberada. Lo estará después de la resurrección. Si bien este pasaje no se refiere directamente a nuestro nuevo nacimiento, sí constituye una comparación directa con el nacimiento de un niño que nace al mundo saliendo del claustro materno.

La resurrección — momento en que seremos convertidos en espíritu y heredaremos el Reino de Dios — será el tiempo en que nos liberaremos de la esclavitud de lo corruptible y de este mundo de pecado. ¡Es decir, será un verdadero nacimiento!

Cristo, por su resurrección, nació de nuevo

Continuemos leyendo el capítulo 8 de la Epístola de Pablo a los Romanos: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (versículo 29).

Comparemos este texto con los versículos 3 y 4 del capítulo 1 de la misma Epístola: «acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios... por la resurrección de entre los muertos».

Jesús era en la carne, por su primer nacimiento, del linaje de David. Pero por la resurrección de entre los muertos — su nuevo nacimiento — Jesús se convirtió en el Hijo de Dios, es decir, no ya humano, sino compuesto de espíritu. Así Cristo se convirtió en el primogénito entre muchos hermanos, los que también nacerán de nuevo cuando llegue la resurrección de los que pertenecen a Cristo.

Nos damos cuenta, por supuesto, al igual que se dio cuenta Pablo cuando escribió las palabras que acabamos de citar, de que Jesucristo también era Hijo de Dios como ser humano. Aunque nacido de una mujer humana, había sido engendrado por Dios. Esto constituye una comparación de los dos nacimientos: uno, como descendiente de David, nacido de María, su madre humana; otro, como Hijo de Dios, en virtud de su resurrección gloriosa.

Aclaremos enfáticamente que esto no implica que Jesús fue un pecador que necesitaba ser salvo. Jesús fue el pionero que quiso darnos el ejemplo de que también nosotros podemos nacer de Dios.

¿Cómo seremos cuando nazcamos de nuevo?

La Biblia nos da la respuesta a esta pregunta: «Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya...» (Filipenses 3:20-21).

En un pasaje del capítulo 3 de la Primera Epístola del apóstol Juan, se dice claramente que nosotros — es decir, los cristianos conversos, engendrados por Dios — ya somos, ahora, hijos de Dios (como anteriormente explicamos), aunque «aún no se ha manifestado lo que hemos de ser». Nosotros, en el futuro, seremos diferentes. Como Jesús dijo a Nicodemo, seremos espíritu inmortal. Y sigue diciéndonos Juan: «... pero sabemos que cuando él [Cristo] se manifieste, seremos semejantes a él...» Es decir, nos pareceremos a Cristo.

Pero, ¿cómo es el Cristo glorificado? Sus ojos reverberan como llamas. Sus pies brillan como bronce bruñido. Su cara emite destellos como el Sol en todo su esplendor. ¡Su resplandor es tal que nuestros ojos se cegarían si pudiéramos verlo ahora! (Apocalipsis 1:14-16; 19:12-13; Mateo 17:2.)

¡Y así es como usted y yo seremos si finalmente nacemos de Dios!

Nuestro potencial trascendental

Hay otro pasaje bíblico, que muy pocos han comprendido, y que revela nuestro increíble potencial trascendental. Comienza en Hebreos 2:6: «¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?»

Aunque esto fue explicado más detalladamente en el capítulo 3, es importante que sea resumido en conexión con el tema de este capítulo — vida después de la muerte.

En verdad, ¿por qué habría el gran Dios de estar pendiente de nosotros los mortales? ¿Por qué nos puso sobre la faz de la Tierra? ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Cuál es nuestro potencial trascendental? Este potencial va mucho, muchísimo más allá de cualquier cosa que usted haya podido pensar o imaginar. ¡Es algo increíblemente impresionante!

¿Está usted dispuesto a creer lo que se halla explícitamente declarado en la Biblia? Helo aquí, comenzando en el versículo 7 del segundo capítulo de Hebreos:

«Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y de honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos...» Es decir, sobre la creación.

¡Todavía no el universo!

«Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él...» ¿Puede usted medir la trascendencia de estas declaraciones bíblicas? ¡El universo entero, en toda su vastedad e infinitud, le está sujeto al hombre! Pero ese poder es sólo para los hijos ya nacidos de Dios. El hombre no se encuentra aún en ese estado. Cristo es la única excepción. «Pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas», termina de decirnos Pablo al final del versículo 8.

Pero, ¿qué es lo que sí vemos ahora?

«Pero vemos a Jesús coronado de gloria y de honra» (versículo 9). Sí, a Jesús se le ha dado ya la administración ejecutiva del gobierno de Dios — del Reino de Dios — sobre la totalidad del universo. Pero Cristo, hasta que llegue el tiempo en que hemos de heredar y poseer el gobierno de la Tierra, lo que ocurrirá cuando Él retorne, le está permitiendo a Satanás proseguir aquí con su obra de engaño.

Continuemos ahora leyendo: «Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos» (versículos 10-11).

Cristo, nuestro hermano mayor

Somos, como ya hemos citado, herederos de Dios y coherederos con Cristo, como hermanos suyos. Él se nos ha adelantado a la gloria, por medio de su resurrección, como el pionero.

Cristo es el primogénito entre muchos hermanos. EL ha heredado «todas las cosas» — el universo. Nosotros aún no somos herederos. Todavía estamos atravesando el proceso de nuestra gestación para luego nacer de Dios. Jesucristo es ahora nuestro hermano mayor y sumo sacerdote, encargado de supervisar nuestro desarrollo espiritual y de prepararnos para que en el futuro seamos reyes y sacerdotes que reinaremos juntamente con Él.

Durante los primeros mil años, gobernaremos en la Tierra. Pues Él «nos ha hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra» (Apocalipsis 5:10).

Reinando con Cristo

Durante esos primeros mil años, Jesús reinará desde el trono de su antecesor terrenal, David, en Jerusalén. (Véase Isaías 9:6-7.) Cristo dice: «al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro... » (Apocalipsis 2:26-27). Pero, ¿cómo y desde qué lugar hemos nosotros de regir?

También Cristo dijo estas palabras: «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono» (Apocalipsis 3:21).

Cuando hayamos nacido de Dios, seremos seres espirituales. Ya no seremos seres humanos de carne, hueso y sangre. Entonces se nos conferirá poder.

Como profetizó Daniel, los justos se harán cargo de los reinos de la Tierra y los gobernarán por espacio de mil años, estableciendo la paz mundial y el gobierno divino bajo Cristo.

¿Qué ocurrirá después? El capítulo 2 de la Epístola a los Hebreos nos dice que entonces, de nuevo bajo Cristo, recibiremos poder para gobernar el universo entero en toda su vastedad. Porque ese poder le ha sido dado a Cristo, y nosotros, como coherederos suyos, lo compartiremos con Él.

Sí, hay vida después de la muerte para aquellos que sean obedientes a los mandatos de Dios. Será una vida espiritual, cuyo potencial excederá a nuestros más fantásticos e increíbles sueños. ¿Podemos los humanos darnos cuenta del tremendo significado de estas sorprendentes verdades? Nuestra meta principal debe ser la de heredar la vida inmortal. Pues es el deseo de nuestro Padre misericordioso y de su Hijo Jesucristo entregarnos el don de la vida eterna.

13

La paz mundial cómo se establecerá

YO VIAJO A TODAS LAS PARTES del mundo como embajador de la paz mundial (sin misión política). Confiero con muchos jefes de gobierno sobre problemas universales y sobre la paz mundial. Hablo con reyes, presidentes, otros funcionarios gubernamentales de alto nivel, y con prominentes dirigentes en el campo de la ciencia, la educación, el comercio y la industria. No estoy tratando de establecer la paz mundial. Me limito a servir como embajador o emisario de Aquel que, en nuestra generación, la establecerá.

La mayoría de esos líderes son hombres de talento superior. Sin embargo, no han podido abolir los males de la humanidad ni establecer la paz.

Muchos científicos y líderes dicen que la única esperanza de lograr la paz mundial es la formación de un gobierno mundial supremo, que tenga el control de una fuerza militar única. Sin embargo, al mismo tiempo, admiten la imposibilidad de alcanzar este objetivo, afirmando que semejante poder supremo, en manos humanas, nos esclavizaría a todos.

Un pronóstico sorprendente

Pocos se dan cuenta de ello hoy, pero un famoso personaje, hace siglos, hizo una declaración en la que pronosticó la misma solución. Se anticipó cientos de años a su época, y el mundo de su tiempo rechazó y silenció su mensaje. Más aún: el mundo pronto olvidó su pronóstico.

Los dirigentes mundiales harían bien en investigar aquella predicción a la luz de las condiciones actuales del mundo.

Pocos en verdad saben que Jesucristo vino no como un dirigente religioso para convertir al mundo, embarcado en una cruzada para la «salvación de las almas», sino como un pionero portador de pronósticos de futuras nuevas. Ningún otro hombre en la historia ha sido tan falsamente representado y tan totalmente incomprendido.

Cristo vino como mensajero, portador de un mensaje que Dios Todopoderoso enviaba a la humanidad. Ese mensaje contenía grandes noticias: un anuncio vital y sensacional para el futuro. Ese mensaje pronosticaba la paz mundial. Era la buena nueva para el futuro, proclamada como anuncio anticipado de la paz mundial que habrá de establecerse en esta nuestra época. ¡Ese fue el evangelio de Cristo! La misma palabra «evangelio» significa precisamente «buena nueva».

Pero, ¿cuál fue el contenido de ese mensaje, que los enemigos pudieron suprimir en el primer siglo de nuestra era? El único testimonio oficial que los conspiradores del siglo I no pudieron eliminar — la Santa Biblia — se encarga de darnos la respuesta.

«Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios... Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio» (Marcos 1:1, 14-15).

¿Crear en qué evangelio? ¿En qué buena nueva? La buena nueva del advenimiento del Reino de Dios.

Pero, ¿qué quiere Cristo decir al hablar del Reino de Dios? ¿Cómo sabemos nosotros que su mensaje fue suprimido? Y si el verdadero y original evangelio de Cristo fue suprimido, ¿qué mensaje o mensajes fueron proclamados al mundo para reemplazar al que se eliminó?

El testimonio escrito

Decir que el verdadero evangelio proclamado por Cristo fue suprimido — decir que no fue proclamado más al mundo, por espacio de casi 19 siglos, a partir del año 70 E.C. — constituye, en verdad, una declaración chocante y sorprendente.

Lo confirma el mismo testimonio escrito que los conspiradores no pudieron destruir. La iglesia de Dios fue iniciada el día de Pentecostés, el año 31 de nuestra era (Hechos 2). Aproximadamente 20 años más tarde, el apóstol Pablo, bajo inspiración divina, escribió estas palabras a las iglesias de los galatas: «Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo» (Gálatas 1:6-7). Los versículos siguientes contienen una doble maldición contra aquellos que prediquen cualquier otro evangelio.

También el apóstol Pablo escribió esto a los corintios: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús... u otro evangelio que el que habéis aceptado... » (2 Corintios 11:3-4).

Y continuando — versículos 13-15: «Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia... »

Y a los primeros cristianos de Roma: «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad» (Romanos 1:18). El mensaje que Dios nos envió a través de Cristo fue detenido, suprimido.

Más aún: el mismo Cristo hizo saber claramente que su evangelio — el del Reino de Dios — sería suprimido hasta nuestros tiempos.

Sus discípulos le habían preguntado cuál sería la señal por la cual ellos podrían identificar el final de los tiempos, justo antes de su retorno a la Tierra.

Al responderles, lo primero que hizo Cristo fue advertirles contra posibles engaños. Muchos podrían venir en su nombre les dijo — alegando ser los ministros de Cristo, y aun reconociendo que Él, Jesús, era el Cristo; y al mismo tiempo engañarían a muchos hombres. Pero «... será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mateo 24:14).

Esta proclamación del Reino de Dios no podría ser la señal del final de los tiempos, si el evangelio hubiera estado siendo proclamado a todo lo largo de estos siglos.

Como Cristo mismo directamente profetizó que sucedería, muchos han predicado sobre su persona, diciendo que Jesús es el Cristo — predicando sobre el mensajero, pero suprimiendo su mensaje.

Pero el tiempo del fin está aquí. Después de casi diecinueve siglos, ese mensaje se está propagando mundialmente por la Iglesia de Dios Universal.

Algunos han predicado un «evangelio de salvación» (en realidad una falsa salvación) y otros un «evangelio de gracia» haciendo de la gracia, licencia para cometer pecado. Y además, hay aquellos que han optado por un «evangelio social».

Pero Cristo trajo un mensaje vital anunciando el Reino de Dios de su Padre. ¿Qué quiso Él decir con el Reino de Dios? ¿No es sorprendente que casi nadie en la sociedad actual lo sabe?

Un mensaje de gobierno

Pocos parecen comprender que el mensaje de Jesús fue sobre gobierno. Pocos se dan cuenta de que éste no es el tiempo que Dios está tratando de salvar al mundo en el sentido espiritual. Pocos saben que Jesús se interesaba en el aspecto gubernamental.

Jesús nació para ser rey. Fíjese nuevamente en lo que se profetizó en el libro de Isaías sobre Cristo: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro, y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán

límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre» (Isaías 9:6-7).

Note lo que fue dicho a su madre María: «... el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida!... Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lucas 1:26-33).

Cuando llevaron a Jesús ante Pilato, éste le preguntó: «¿Luego, eres tú rey?» Respondió Jesús: «Mi reino no es de este mundo» (Juan 18:37, 36).

¿Por qué ha sido engañado el mundo entero — ignorando por qué la humanidad fue creada y cuál es el propósito de la existencia de seres humanos en la Tierra?

Una y otra vez he preguntado, ¿por qué estamos en esta Tierra? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Cuál es el camino — el sendero que conduce a la paz, el bienestar, la felicidad y la abundancia?

¿Por qué no hay paz mundial? ¿Por qué existen tantas maldades en este mundo? ¿Por qué no puede la ciencia darnos las respuestas? Estas preguntas son las más importantes en la vida humana. ¿Por qué la gente no está interesada en saber las respuestas?

La más grande religión del mundo, en números de adherentes, es el cristianismo. La gente supone que la religión cristiana procede de — se basa en — la Biblia.

Entonces, ¿por qué las diversas sectas y denominaciones del cristianismo tradicional no nos hablan del verdadero tema de la Biblia? ¿Por qué no conocen el auténtico evangelio que Jesús proclamó? Se encuentra en la Biblia — en sus páginas el mensaje no es ocultado. Es sencillo y claro.

¡Ya es hora que alguien clame a voz en cuello a la letárgica, indiferente y soñolienta humanidad que despierte!

¿Hay vida después de la muerte?

Algunas denominaciones fundamentalistas del cristianismo predicán sobre la salvación espiritual — de una vida después de la muerte.

¿Existe vida después de la muerte? La verdad se encuentra de una manera sencilla y clara en la Biblia. Y esto fue esclarecido en el capítulo 12.

El evangelio de Jesús fue acerca del Reino de Dios. ¿Tiene ese mensaje algo que ver con la vida después de la muerte — con la salvación espiritual? Pero el mundo entero está engañado y adormecido. El evangelio del Reino de Dios tiene, básicamente, dos temas — el gobierno y la salvación espiritual (que algunos llaman «nacer de nuevo»). El previo capítulo explicó el tema del «nacer de nuevo». El presente capítulo tiene que ver con el gobierno.

Pero nuevamente pregunto: ¿Qué quiso Jesús decir con el Reino de Dios?

La verdad no es meramente sorprendente — es desconcertante y asombrosa. No obstante, es en realidad buenas nuevas — las más gloriosas buenas noticias que jamás haya recibido el estado consciente humano.

El evangelio de Cristo

Jesús iba por todas partes, predicando la buena nueva del Reino de Dios. Enseñaba en parábolas acerca de este Reino. Envío a 70 hombres a que predicaran también, y les ordenó proclamar el Reino de Dios (Lucas 10:9). Envío a los apóstoles, sobre cuyos hombros la Iglesia de Dios fue fundada, a predicar solamente el Reino de Dios (Lucas 9:1-2).

¿No es sorprendente que el mundo haya perdido el conocimiento de lo que todo ello significaba?

El apóstol Pablo predicó el Reino de Dios (Hechos 19:8; 20:25; 28:23, 31).

¿Ha usted oído a los hombres hablar del Reino de Dios más o menos en los siguientes términos? «Por medio de los cristianos que trabajan por todas partes para producir la paz mundial, la tolerancia y el amor fraternal, el Reino de Dios puede ser al fin establecido en los corazones de los hombres».

Porque el evangelio de Cristo fue rechazado hace 1900 años, el mundo ha tenido que suplantarlos con algo. ¡Los hombres han tenido que acudir a una falsificación! Así, hemos oído hablar del Reino de Dios vagamente, como de una especie de generalizada bonanza espiritual, como de un sentimiento positivo en los

corazones humanos, con lo que el concepto queda reducido a una nada irreal y etérea. Otros, equivocadamente, han entendido que la Iglesia es el Reino de Dios. También hay otros que lo confunden con un «milenio», y no faltan los que, en este mismo siglo, han dicho que el Imperio Británico era el Reino de Dios.

¿Hasta qué extremos es el mundo capaz de ser engañado?

¡El profeta Daniel también sabía!

El profeta Daniel, que vivió 600 años antes que Cristo, sabía que el Reino de Dios es un reino real: un gobierno que regirá a los hombres en la Tierra.

Daniel era uno de cuatro jóvenes judíos extraordinariamente inteligentes y brillantes, que vivieron en la época del cautiverio del pueblo judío. Estos cuatro jóvenes fueron destinados al palacio del rey Nabucodonosor en el Imperio Caldeo, y se les preparó para que asumieran responsabilidades especiales en el gobierno babilónico. Daniel era un profeta, que había recibido el don de una comprensión especial de lo que percibía en visiones y sueños (Daniel 1:17).

Nabucodonosor fue el primer monarca mundial. Había conquistado un vasto imperio, inclusive Judea. El rey una vez tuvo un sueño que le perturbó mucho, haciendo que se preocupara grandemente. Inmediatamente exigió a sus magos, astrólogos y hechiceros que le interpretaran lo que había soñado, pero, desconcertados, no pudieron complacerle.

Entonces Daniel fue traído ante la presencia del rey.

Daniel no presumió de poseer una habilidad o talento humano para interpretar los sueños. «Pero», dijo, «hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días» (Daniel 2:28).

Primero, el propósito divino fue revelar a este poderoso rey humano que hay un Dios en los cielos, un Rey que es el regente supremo de todas las naciones, gobiernos y reyes, ¡un Dios que gobierna el universo! Este rey sólo conocía a las muchas deidades demoníacas paganas, pero no sabía nada del verdadero y viviente Dios Todopoderoso, del Dios activo que efectiva y realmente gobierna el universo entero.

El propósito integral de ese sueño fue revelar el gobierno de Dios, poner de manifiesto el hecho de que Dios efectivamente gobierna, es decir, evidenciar el verdadero Reino de Dios. Ese Reino de Dios constituye el único y verdadero evangelio de Jesucristo. En segundo lugar, ese sueño sirvió para revelarnos lo que ha de ocurrir «en los postreros días», y el testimonio de ello ha sido preservado en forma escrita para que hoy podamos conocerlo. Ese testimonio se refiere a hechos que ocurrirán dentro de las dos próximas décadas, ¡en esta última mitad del siglo veinte!

Un mensaje para esta época nuestra

La Biblia no es una lectura aburrida y monótona escrita para un pueblo que vivió hace 2500 años. ¡Para nosotros, hoy, constituye noticia viva y palpitante! Es el anuncio de lo que va a pasar. Es el anuncio del acontecimiento más colosal de la historia, seguro que tiene lugar durante nuestra propia vida, dentro de muy pocos años.

¡Esto es el verdadero evangelio! ¡El mismo que Cristo predicó! Es un mensaje dirigido a usted y a mí, hoy. Y es vital que usted lo comprenda.

Tome su Biblia y lea los versículos 28-35, del segundo capítulo del libro de Daniel.

En su sueño, el rey Nabucodonosor había visto una gigantesca estatua, mayor que cualquiera otra imagen o estatua construida por el hombre, de dimensiones tan tremendas que resultaba sobrecogedora. La cabeza de la imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; el abdomen y los muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, de una mezcla de hierro y barro.

También el factor tiempo había intervenido en el sueño. Nabucodonosor había estado contemplando la estatua hasta que una piedra sobrenatural cayó de los cielos y desmenuzó los pies de la enorme imagen. Entonces la estatua completa fue desmenuzada en pequeños fragmentos, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Pero la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la Tierra.

¿Qué significaba aquel sueño, si es que realmente tenía un significado? Sí lo tenía, porque este sueño de Nabucodonosor fue obra de Dios. A diferencia de los sueños comunes y corrientes, éste fue causado para enviar

al rey el mensaje de la soberanía de Dios y — porque es parte de la Palabra escrita de Dios — también a nosotros quiso Él enviarnos el mismo mensaje, para así revelarnos hechos importantes del verdadero evangelio.

«Este es el sueño», dijo Daniel, «también la interpretación de él diremos en presencia del rey» (versículo 36).

Esta, por consiguiente, es la interpretación divina, no la de Herbert W. Armstrong. La Biblia nos da la misma interpretación de Dios. Hela aquí: «Tú, oh rey, eres rey de reyes» — pues Nabucodonosor fue el primer soberano de un verdadero imperio mundial — «porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad». Dios estaba rebelándose a sí mismo a este dictador humano, para hacerle saber que Él era el mayor entre todos los reyes.

La gente en la actualidad — en forma igual a este rey caldeo — no piensa en Dios como Rey, como el Ser Supremo que efectivamente gobierna, como cabeza y fuente de todo gobierno. Pero el Dios Eterno quiso rebelarse a sí mismo a Nabucodonosor por medio de Daniel, y a usted y a mí por medio de la Biblia, como un Dios soberano, todopoderoso y gobernante, al que hay que obedecer.

«Tú eres aquella cabeza de oro», continúa Daniel. «Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra» (versículos 38-39).

¿Qué es un reino?

Tenga en mente que estamos hablando de reinos. Daniel está refiriéndose a un reino que dominará sobre toda la Tierra. ¡Está hablando de gobiernos! No se está refiriendo a sentimientos vagos o etéreos que habitan en los corazones de los hombres. Tampoco está hablando de iglesias. Está hablando de la clase de gobiernos en sentido literal, no figurado, que realmente tienen poder y autoridad sobre las naciones formadas por hombres aquí en la Tierra. Sus palabras son muy específicas. No hay posibilidad de darles una interpretación torcida.

La interpretación de Daniel no tiene por qué ser confundida. Es Dios quien nos da su propia interpretación mediante el profeta Daniel. La colosal estatua metálica representaba gobiernos nacionales e internacionales, verdaderos reinos en el sentido literal de la palabra.

Representaba una sucesión de gobiernos que regirían al mundo. Primero estaba la cabeza de oro, que representaba a Nabucodonosor y su reino — el Imperio Caldeo. Después de él, vendría un segundo reino o imperio; después, un tercero, «el cual dominará sobre toda la Tierra».

A continuación, en el versículo 40, vemos que las piernas de hierro representan un cuarto imperio mundial, destinado a ser fuerte, como es fuerte el hierro — militarmente más fuerte que sus predecesores. La plata es menos valiosa que el oro; el bronce, menos que la plata; el hierro, menos que el bronce. Es decir, en el proceso de la sucesión, a pesar de que cada nuevo metal es más fuerte y más duro que los anteriores, se va indicando una decadencia moral y espiritual. Las dos piernas simbolizan el hecho de que el cuarto imperio habría de estar dividido.

Después del Imperio Caldeo, vino el Imperio Persa, mucho mayor; a continuación, el Imperio Greco—macedonio. Por último, el Imperio Romano, que se dividió entre el Imperio de Occidente y el de Oriente, con sus respectivas capitales en Roma y Constantinopla.

Pero lleguemos ahora al versículo 44. Tome su Biblia, y encontrará allí, en lenguaje sencillo, la explicación que nos da Dios de lo que es su Reino:

«Y en los días de estos reyes... » Daniel habla ahora de los diez dedos de los pies, hechos en parte de hierro, y en parte de frágil arcilla. Este fragmento (conectando la profecía con Daniel 7 y con Apocalipsis 13 y 17) está refiriéndose a los nuevos Estados Unidos de Europa, que ahora están formándose del substrato del Mercado Común Europeo, ¡y esto es algo que está ocurriendo ante nuestros propios ojos! En Apocalipsis 17:12 se señala con toda claridad que habrá una unión de diez reyes o reinos, los cuales resucitarán al viejo Imperio Romano (Apocalipsis 17:8).

Fíjese bien en el elemento de tiempo. «En los días de estos reyes», dice el profeta Daniel. Es decir, en los días de estas diez naciones o grupos de naciones, en nuestro tiempo, veremos una breve resurrección del Imperio Romano. Notemos, pues, lo que va a ocurrir:

«... el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido... desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre».

Sí, durante este tiempo

Aquí nos encontramos con cuatro imperios universales — los únicos cuatro que hayan existido. Los capítulos 13 y 17 de Apocalipsis nos muestran que después de la caída original del Imperio Romano, habría diez restablecimientos — de los cuales, siete serían gobernados por una iglesia gentil — la «hija» de la antigua Babilonia — una iglesia afirmando que es cristiana, pero que Dios la llama: «Misterio: Babilonia la Grande» (Versión Moderna) — o más claramente, misterios babilónicos.

Seis han surgido y caído. El séptimo se está formando ahora — la última, final y breve resurrección del Imperio Romano por diez naciones o grupos europeos. Estos son los diez dedos mezclados de hierro y barro.

Durante el tiempo de su existencia — y durarán por un período muy breve de tiempo, quizás no más de dos a tres años y medio — el Dios de los cielos establecerá un reino.

Este, entonces, será el Reino de Dios.

Compárese con el capítulo 17 de Apocalipsis. Aquí se representa una iglesia. No una iglesia pequeña, sino una grande. Ella reina sobre «muchas aguas» (versículo 1), que en el versículo 15 son descritas como diversas naciones, hablando distintos idiomas. Ella se hace pasar como la Iglesia de Dios, que las Escrituras dicen (Efesios 5:23; Apocalipsis 19:7; Mateo 25:1-10, etc.) que es la «esposa» o prometida de Cristo, que espiritualmente ha de casarse con Él a su segunda venida.

Pero esta falsa iglesia ha fornicado. ¿Cómo? Pues, por tener unión política directa con gobiernos humanos de este mundo. Se «sentó» (Apocalipsis 17:3) sobre todas las siete resurrecciones del Imperio Romano — conocido como el «Sacro Imperio Romano». Gobernó sobre los reinos humanos como una esposa ilícita, sin contraer matrimonio, dominando su amante — una relación anormal y profana.

Ella, por lo tanto, ha de sentarse sobre esta última «cabeza de la bestia» — la última resurrección del «Sacro Imperio Romano». Será una unión de iglesia y Estado, y ha de durar por muy poco tiempo. Combatirá contra Cristo a su segunda venida — ése será su fin.

Ahora se encuentra a punto de surgir. Por lo tanto, ya se aproxima la segunda venida de Cristo. Estamos muy cerca del fin de este mundo.

Cuando Cristo venga, Él vendrá como Rey de reyes, gobernando al mundo entero (Apocalipsis 19:11-16). Y su Reino — el Reino de Dios —, como dice Daniel, consumirá todos estos reinos mundanos.

Apocalipsis 11:15 lo expresa así: «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos».

Ese será el Reino de Dios. Ese será el fin de nuestros actuales gobiernos, de esos gobiernos que rigen a Rusia, China, Japón, Italia, Alemania, Estados Unidos y la Mancomunidad Británica de Naciones. Esos gobiernos se convertirán en los reinos, es decir, los gobiernos del Señor Jesucristo, que entonces será Rey de reyes sobre la Tierra entera.

Todo esto clarifica el hecho de que el Reino de Dios es un gobierno en el sentido literal de la palabra. Al igual que el Imperio Caldeo fue un reino, y el Imperio Romano también lo fue, el Reino de Dios será un gobierno que se hará cargo de regir a las naciones de este mundo.

¡Jesucristo nació para ser rey, es decir, gobernante!

Estas escrituras le dicen claramente que Dios es el Gobernante supremo. Le dicen en el lenguaje más claro que Jesús nació para ser rey — que va a gobernar a todas las naciones de la Tierra que su gobierno reinará eternamente.

Pero todo esto es solamente parte de la fantástica, sorprendente y desconcertante verdad sobre el Reino de Dios.

El Reino de Dios gobernará sobre todos los seres humanos y las naciones de la Tierra. Sin embargo, estos seres humanos mortales y las naciones no serán el Reino, ni siquiera en el Reino de Dios. Ellos meramente serán gobernados por este gobierno divino.

Aún tenemos que aprender de qué o de quién se compone. ¿Acaso puede usted como un individuo llegar a ser parte de este Reino?

Puede entrarse en este Reino

En los días de Jesús los líderes religiosos sabían que Él era un maestro venido de Dios con la verdad. Le motejaron de falso profeta, hereje y sedicioso. Sin embargo, sabían que su voz era la de Dios.

Uno de éstos, un fariseo llamado Nicodemo, que ocupaba un oficio de autoridad entre los judíos, vino a Jesús secretamente, de noche.

En el capítulo 12, un aspecto de la visita nocturna de Nicodemo con Jesús fue explicado, pero ahora comprendamos el resto de su conversación.

«Rabí», dijo este fariseo, «sabemos que has venido de Dios... » (Juan 3:2). Sí, los fariseos lo sabían. No dijo, «yo lo sé». Aseveró que «[nosotros] sabemos» — los fariseos. Sabían que ÉL hablaba la verdad; sin embargo, no sólo la rechazaron, sino que lo crucificaron.

Pero Jesús fue directamente al grano. Le habló a Nicodemo del Reino de Dios y le dijo algunas cosas que usted necesita comprender.

Leamos este fragmento del Evangelio de Juan: «Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (3:3). ¡Fíjese bien en esto! ¡El Reino de Dios es algo que puede ser visto, aunque sólo por aquellos que nazcan de nuevo! Es algo que otros no pueden ver.

Pero, ¿se aplica lo anterior a la Iglesia? ¿Pueden los hombres carnales, que no pretenden haber «nacido de nuevo», ver una iglesia? ¡Pues claro que sí! Pero, según la Biblia, no pueden ver el Reino de Dios. ¿Así lo dijo el mismo Cristo! Entonces, si creemos las palabras de Cristo, tenemos que llegar a la conclusión de que la Iglesia no es el Reino de Dios.

Sin embargo, leamos más de la Biblia: «Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (versículo 5). El Reino de Dios, por tanto, es algo en lo que se puede entrar, aunque sólo tendrán acceso al mismo los que hayan nacido del agua y del Espíritu.

Pero continuemos. En el capítulo bíblico que trata de la resurrección, leemos estas palabras: «Pero esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción» (1 Corintios 15:50). El Reino de Dios es algo en lo que se puede entrar y algo que se puede heredar, pero no es algo humano de carne y sangre.

¿Puede la gente de carne y hueso entrar en la Iglesia? Si es así, entonces el Reino de Dios no puede ser la Iglesia, porque el Reino de Dios es algo donde los hombres de carne, hueso y sangre no pueden entrar.

¿Qué piensa usted que es la «Iglesia»? ¿Es un edificio? La gente de carne y hueso puede entrar en los edificios y catedrales llamados iglesias. ¿Es la Iglesia la asamblea de los conversos? La gente de carne y hueso también puede ingresar en esa asamblea. Pero no puede entrar en el Reino de Dios. Por consiguiente, el Reino de Dios no es la Iglesia.

¿En el corazón de los hombres?

En la actualidad algunos piensan que el Reino de Dios es algún sentimentalismo etéreo o algo «establecido» en el corazón de los hombres. Si es así, entonces el Reino de Dios entra en personas mortales. Pero estas sencillas escrituras dicen que son los hombres (y las mujeres naturalmente) después de que ya no son de carne y sangre — sino seres resucitados con cuerpos compuestos de espíritu — quienes pueden entrar en el Reino de Dios. No entra en los seres humanos, sino que ellos entrarán en este Reino después de que sean resucitados en gloria — cuando ya no sean «carne y sangre».

¿Es el Reino «el dios en usted»? Absolutamente no. ¿Es acaso algo que nace dentro del hombre o que hasta ha entrado dentro de él? Se trata de algo en que el hombre puede entrar después de que «nace de nuevo».

¿Y qué del Imperio Británico? Bueno, yo he viajado por la mayor parte de las Islas Británicas, el Canadá y Australia. Todos sus habitantes son seres humanos de carne, hueso y sangre. Ellos sí entraron en el Imperio Británico — en realidad, ya no es imperio — pero no pueden entrar en el Reino de Dios en su presente estado de carne y hueso. Por consiguiente, el Imperio Británico no puede ser el Reino de Dios.

Pero alguien, quizás mal entendiendo la escritura, probablemente pregunte: «Bueno, ¿no dijo el mismo Jesús que el Reino de Dios “dentro de vosotros está”?» Desgraciadamente, existen algunas versiones de la Biblia que han traducido este pasaje de esa manera, pero se trata de una traducción errónea que ha hecho creer a algunos que el Reino de Dios es una emoción o sentimentalismo dentro del hombre.

¿En el corazón de los fariseos?

Examinemos esto. Tome en cuenta que si en realidad dice esto, entonces está contradiciendo todas las otras escrituras que le he citado. Si la Biblia se contradice, entonces no puede creer lo que enseña y usted no podrá tomarla en serio — y nada podrá probar en sus páginas.

Primero, ¿a quién le estaba hablando Jesús? Nótelo.

«Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque el reino de Dios está entre vosotros» (Lucas 17:20-21). Acabo de citar la versión de Reina-Valera, revisión de 1960, que traduce este versículo correctamente.

Jesús les hablaba a los inconversos, carnales, hipócritas y mentirosos fariseos. Fíjese, Él «les respondió y dijo» — habían sido los fariseos quienes le hicieron la pregunta. ¿Eran ellos miembros de la Iglesia? No, nunca lo fueron. Si alguien cree que el Reino es la Iglesia, y que el Reino estaba «dentro» de los fariseos, ¿estaba entonces la Iglesia dentro de los fariseos? ¿No es semejante creencia bastante ridícula?

Fíjese nuevamente en lo que exactamente dijo Jesús. Acuérdesese que la Iglesia aún no había sido establecida. Jesús no dijo «el Reino de Dios será establecido en sus corazones». Él no dio ninguna de las interpretaciones que la gente suele insertar en este versículo. Él dijo a los fariseos, «el reino de Dios está» — tiempo presente, ahora. Cualquier cosa que estaba diciendo que era el Reino de Dios, lo dijo en tiempo presente, no futuro.

Lucas originalmente escribió estas palabras en lengua griega. Las palabras griegas fueron traducidas al español en algunas versiones como «dentro de vosotros está». Pero la versión Reina-Valera, revisión de 1960 las traduce, «el reino de Dios está entre vosotros». La revisión de 1977 de Reina-Valera las ha traducido, «el reino de Dios está en medio de vosotros». El contexto indica que éstas son las mejores traducciones del idioma griego original.

Jesús no se estaba refiriendo a una iglesia que pronto iba a establecerse. No estaba hablando de sentimentalismos en la mente o en el corazón. Estaba hablando de su reinado como el Mesías. Los fariseos no le preguntaron acerca de una iglesia. Ellos nada sabían sobre el pronto establecimiento de la Iglesia Neotestamentaria. No hicieron ningún interrogante sobre un bello sentimentalismo. Ellos sabían por las profecías que se encuentran registradas en los libros de Daniel, Isaías, Jeremías y otros, que el Mesías pronto había de venir. Sin embargo, pasaron por alto las profecías de su primera venida como el «Cordero de Dios», que había de ser sacrificado por los pecados de la humanidad. Que tenía que nacer como bebé, crecer, ser rechazado y despreciado por ellos, tal y como se encuentra registrado en el capítulo 53 de Isaías. Únicamente se fijaron en las profecías de su segunda venida como rey conquistador con dominio absoluto como el cumplimiento del Reino de Dios.

Gobierno mundial

Jesús explicó a los fariseos, en Lucas 17:20, 21, cómo serían las cosas. Les dijo que no se trataba de un reino local o limitado sólo para los judíos. No se trataría de un reino más, entre los muchos reinos de los hombres, que puede ser visto y señalado: «Helo aquí... helo allí». Pero Él, el mismo Cristo, había nacido para ser el Rey de ese Reino, tal y como se lo dijo a Pilato (Juan 18:36-37). La Biblia emplea indistintamente los términos «rey» y «reino» (Daniel 7:17-18, 23). El Rey del futuro Reino efectivamente estaba entre los fariseos, en medio de ellos, cuando les explicaba estas cosas. Y en el lenguaje con que les habló, eso es precisamente lo que les dijo, como se encargan de señalar las notas marginales en algunas traducciones.

Jesús procede entonces, en los siguientes versículos, a describir su segunda venida, cuando el Reino de Dios regirá sobre toda la Tierra. Lucas 17:24 se refiere al relámpago que fulgura y resplandece, como también lo hace Mateo 24:27, describiendo su segunda venida para gobernar al mundo entero. En el versículo 26 nos dice que, como sucedió en los días de Noé, así ocurrirá cuando Cristo venga en gloria y majestad para ser Soberano mundial. Y el versículo 30 se refiere al día en que Él será revelado.

Claramente Jesús no dijo que el Reino de Dios estuviera entre aquellos hipócritas fariseos que le odiaban. Ni tampoco dijo que la Iglesia sería el Reino de Dios.

Ahora podemos continuar con los otros fragmentos bíblicos, y el significado del Reino de Dios se hace obvio.

Jesús explícitamente dijo que esos fariseos no estarían en el Reino de Dios. Dirigiéndose a ellos, les habló así: «Allí será el llanto y el crujir de dientes, cuando vosotros [fariseos] veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros estéis excluidos. Porque vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios» (Lucas 13:28-29).

El Reino de Dios es algo en lo que los hombres entrarán, cuando tenga lugar la resurrección de los justos. Y Abraham todavía no se encuentra allí (Hebreos 11:13, 39-40).

Todavía no ha llegado

Pero alguien pudiera preguntarse: ¿No dijo Cristo que el Reino de Dios estaba ya cercano? Sí, esto ya fue citado en Marcos 1:15. Esto, naturalmente, ha hecho que algunos interpreten equívocamente lo que Cristo dijo y lo que quiso decir con sus palabras. Así, algunos han dado por sentado que el Reino de Dios quedó establecido durante el tiempo cuando estuvo Jesús en la Tierra, por lo que suponen que ese Reino es la Iglesia.

Pero Jesús no dijo que el Reino de Dios hubiera sido establecido. Estaba siendo predicado, anunciado (Lucas 16:16). No dijo que ese Reino estuviera ya en la Tierra. Más aún: el mismo Jesús se encargó de corregir dicho error: «... prosiguió Jesús y dijo una parábola... por cuanto ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente» (Lucas 19:11).

¿Por qué Jesús contó esta parábola? Porque algunos, inclusive en aquella época, equívocamente pensaban que el Reino de Dios habría de aparecer inmediatamente, porque creían que ese Reino iba a ser la Iglesia.

Continuemos: «Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver» (versículo 12). Cristo es ese «hombre noble». Nos está hablando de su ascensión al trono de Dios su Padre, en los cielos. Note que Él iría allí para recibir un reino. Note también que Él habría de volver, después de haberlo recibido. ¡Pero Cristo aún no ha vuelto! Otras secciones de las Escrituras explican esto, y a ellas nos referiremos luego.

Por ahora, continuemos con la parábola que Cristo decidió contar, porque algunos hombres suponían que el Reino de Dios habría de manifestarse de inmediato, es decir, en aquel mismo primer siglo de nuestra era: «Aconteció que vuelto él, después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno» (versículo 15). Cuando Cristo retorne, todos seremos llamados ante el tribunal del juicio de Cristo, para rendir cuentas.

Pasemos ahora al versículo 17, donde se nos dice que aquel que había ganado diez minas recibió la autoridad para regir sobre diez ciudades. Y al que ganó cinco minas, se le dio potestad sobre cinco ciudades.

En esta parábola, se está hablando de la segunda venida de Cristo, y de cómo Él delega la autoridad para gobernar, confiriéndosela a los santos que se han convertido durante esta era cristiana, es decir, entre la primera y la segunda venida de Cristo.

Por consiguiente, esta parábola fue contada para hacernos ver con toda claridad que el Reino de Dios es un gobierno, en el sentido literal de la palabra, que será establecido cuando ocurra la segunda venida de Cristo, ¡y no antes! La Iglesia, por tanto, no puede ser el Reino de Dios. Pero la verdadera Iglesia de Dios va a ser transformada, por medio de una resurrección y de un cambio instantáneo de la mortalidad a la inmortalidad. Va a ser convertida en el Reino de Dios. La Iglesia, cuando todos sus miembros hayan sido transformados en seres inmortales, se convertirá en el Reino de Dios. Pero ahora, en estos momentos, todavía no es el Reino de Dios.

Los santos gobernarán

Leamos ahora la descripción de la forma en que Cristo recibió la autoridad para gobernar el Reino. Cristo es el hombre noble que fue al cielo para recibir su reinado y luego regresar.

Y hemos visto cómo el profeta Daniel habla del establecimiento del Reino de Dios, a la venida de Cristo, reino que consumirá a todos los gobiernos nacionales que existen en la Tierra y que regirá sobre todas las naciones. Esto se encuentra registrado en el segundo capítulo del libro de Daniel. Fíjese ahora en el capítulo 7: «Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre [Cristo], que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él» (versículo 13). Jesús continuamente se refirió a sí mismo como el «Hijo del hombre», a lo largo de todos los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Cristo subió a los cielos entre nubes (Hechos 1:9) y ascendió hasta el mismo trono de Dios (Marcos 16:19). Pero prosigamos:

«Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que nunca será destruido» (Daniel 7:14).

Toda esta narración es bien clara. Cristo ascendió hasta el trono de Dios en los cielos. Dios es soberano sobre la totalidad del universo. Esta visión nos muestra a Dios Todopoderoso, Padre de todos los resucitados que viven en Cristo, en el momento de conferir dominio a su Hijo. El dominio significa la autoridad soberana o suprema. Y a ese Hijo también le fue dado un reino. ¿Dónde ha de establecerse ese reino? La Biblia dice: «para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran». Los pueblos y las naciones que hablan diferentes lenguas están aquí, en la Tierra. Cristo, pues, recibió el dominio sobre todas las naciones, ¡sobre el mundo entero!

Importancia de la palabra «hasta»

Ahora le invito a que lea en su Biblia el versículo 21, capítulo 3, del libro de los Hechos. En el mismo se dice que los cielos recibieron a Cristo hasta — es decir, no permanentemente, sino «hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas». Restaurar significa restituir las cosas al estado que antes tenían. Y se está hablando de la restauración de las leyes de Dios, del gobierno de Dios. Es decir, de la restauración de la felicidad y la paz universal.

En el capítulo 7 del libro de Daniel, este profeta había experimentado un sueño y visiones. Había visto cuatro bestias salvajes. Fíjese en el versículo 16. La interpretación comienza en el versículo 17. Y ésta es la interpretación divina, no la mía: «Estas cuatro grandes bestias son cuatro grandes reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre» (versículos 17-18).

Note que se está afirmando que no sólo Cristo va a reinar, sino también los santos de Cristo, es decir, los verdaderos cristianos conversos, aquellos engendrados como hijos de Dios. ¡Ellos tomarán posesión del Reino de Dios! Ellos gobernarán con Cristo. Y el Nuevo Testamento afirma claramente que los santos conversos son coherederos con Jesucristo.

En ese mismo capítulo 7, el profeta Daniel se refiere a otra potencia. La cuarta bestia de su sueño — el cuarto imperio (el Imperio Romano) — es descrita como un animal de diez cuernos, lo que allí se explica (y también en el Apocalipsis 13 y 17) como diez «resurrecciones» del Imperio Romano, después de la caída de dicho Imperio en el año 476 E.C. Pero entre esas resurrecciones ocurridas después del año 476, surgió otro pequeño «cuerno»: un reino religioso que gobierna los últimos siete de los cuernos, es decir, los últimos siete reinos romanos revividos o resucitados. (Véase el versículo 20.)

Leamos ahora acerca de este «pequeño cuerno» — el reino religioso — en el versículo 21 : «Y veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos y los vencía, hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo, y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino».

Los santos — no ya seres de carne y hueso, sino seres inmortales — han de poseer el Reino a la segunda venida de Cristo.

El propio Jesús lo hizo saber así con absoluta claridad, pues es Cristo quien habla en Apocalipsis 3:21:

«Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono». El trono del Padre está en los cielos, donde Jesucristo se encuentra ahora, pero el trono de Cristo, en el cual los santos se sentarán con Él, es el trono de David, en Jerusalén (Lucas 1:32). Más aún: «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro... » (Apocalipsis 2:26-27).

No podemos conocer el TIEMPO

Después de su resurrección, en el monte de los Olivos, momentos antes de ascender al cielo, Jesús les explicaba a sus discípulos cómo recibirían el PODER inspirador y engendrador del Espíritu Santo de Dios, en el día de Pentecostés que se aproximaba.

Los discípulos querían saber si el Reino de Dios iba a ser establecido en aquel entonces. La Iglesia sí fue establecida en ese importantísimo día. Pero, ¿era aquello el establecimiento del Reino de Dios?

Los discípulos le preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?»

Jesús, una vez más, aclaró que la Iglesia no era el Reino de Dios.

«Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndola ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos» (Hechos 1:6-9).

La misión que Dios le dio a la Iglesia fue la de predicar su evangelio a todo el mundo. Los apóstoles habrían de recibir el Espíritu Santo, que los engendraría como santos — como cristianos —, situándolos dentro de la Iglesia de Dios. Esto les infundiría el poder necesario para cumplir la misión de la Iglesia. Pero ello no es equivalente al establecimiento del Reino de Dios. Cristo les dijo a los apóstoles que ellos no iban a saber en qué momento el Reino iba a ser establecido.

¿Qué quiso decir Jesús cuando les dijo: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones»? Ya Cristo había explicado esto en otra oportunidad, cuya reseña se encuentra registrada en Mateo 24:36, cuando estaba hablando acerca del fin de este mundo y de su segunda venida:

«Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre». Jesús se refería a su segunda venida y al establecimiento del Reino de Dios. Nadie, excepto Dios el Padre, sabe cuándo esto habrá de acontecer.

Sin embargo, aunque no sabemos, aun en la actualidad, el día o la hora de la segunda venida de Jesucristo, sí sabemos por las profecías en la Palabra de Dios, que el tiempo está muy cercano. Note en Lucas 21:25-32 que Jesús estaba preanunciando los acontecimientos mundiales, los que en el presente están conduciendo a la «angustia de las gentes» o naciones; a problemas y guerras alrededor de la Tierra: «confundidas... desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra . . . » — problemas mundiales como nunca antes han sido experimentados. «... Cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca».

Por consiguiente, los acontecimientos mundiales muestran que estamos en la mismísima generación final de este presente mundo malo y perverso.

Dos alternativas críticas

Los problemas de alcance internacional comenzaron en 1914 con la Primera Guerra Mundial. Hubo un receso desde 1918 hasta 1939. Ahora nos encontramos en el segundo receso, pero en la actualidad contamos con energía nuclear. Hay muchas bombas de hidrógeno almacenadas, con una potencia y volumen capaces de destruir varias veces toda la humanidad de este planeta. Hay otras armas destructivas en existencia, cualquiera de ellas con la capacidad de borrar toda vida humana de esta Tierra.

Renombrados científicos de fama internacional dicen que solamente un extraordinario gobierno mundial podría evitar la destrucción de este planeta. No obstante, los seres humanos no pueden o no están dispuestos a unirse para formar semejante gobierno mundial.

Ya es hora de que nos encaremos al duro, frío y existente hecho. La humanidad tiene dos alternativas: o existe un Omnipotente, Todopoderoso Dios que está a punto de intervenir y establecer el Reino de Dios para gobernar a todas las naciones con poder sobrenatural y supranacional para traernos paz — o toda la humanidad será destruida (Mateo 24:22).

Mas el reciente «receso» pronto terminará y empezará una Tercera Guerra Mundial nuclear — conocida en la profecía bíblica como la «Gran Tribulación» (Mateo 24:21-22). Pero Dios acortará ese postrero supremo conflicto mundial, y enviará a Cristo nuevamente a la Tierra como Rey de reyes y Señor de señores con el fin de que el gobierno divino sea restaurado en esta Tierra por el Reino de Dios.